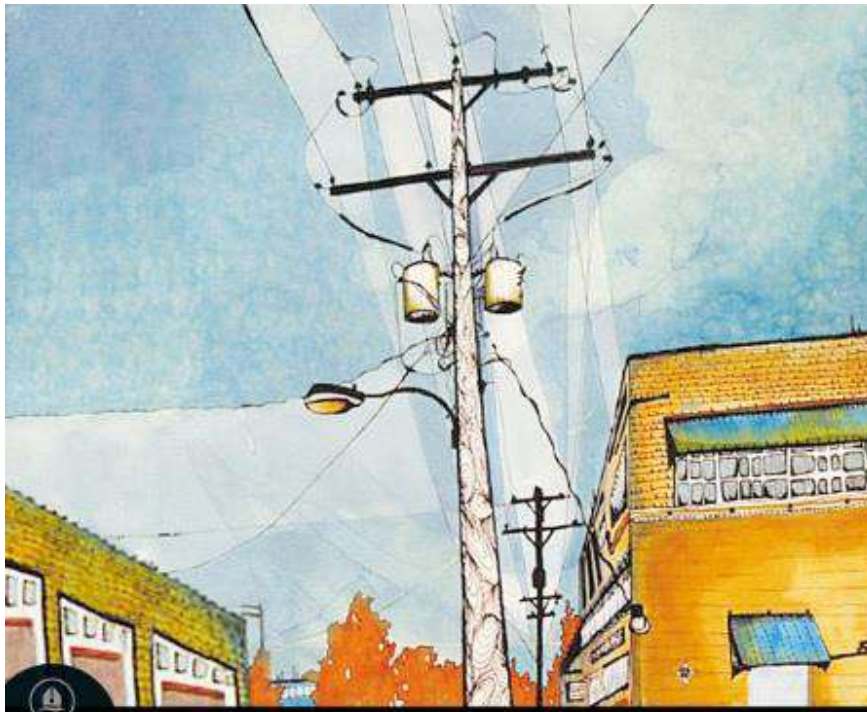

Miguel Sedoff

Estuve

Colección \ **Ciudad y orilla**

Miguel Sedoff

Estuve

Para Marta, todos los días.

Pelo corto

1

A él nunca le gustaron las mujeres con el pelo corto. Pelo corto, no melenita a lo Colón, corte carré o ese tipo de peinados modernos que levantan y esconden los pelos. No, pelo corto-corto, al estilo militar, con la nuca al aire y el cráneo como una cabeza de telgopor; aunque lo que más le disgustaba eran las mujeres que se afeitaban la cabeza y las posteriores y diferentes etapas de la vuelta de la cabellera a un largo normal.

No había razón para ese rechazo. Tal vez las características masculinas, el lejano eco de la homosexualidad, el apartamiento de su ideal femenino, o nada más que puro gusto. Todas estas razones y ninguna. Su formación y sus creencias no le permitían expresar nada que no fuera políticamente correcto, se encontraba cómodo en el equilibrio, las pasiones módicas, el reposo del compromiso inexistente.

No le afectaba la cercanía de, por ejemplo, los gays, los judíos o personas con malformaciones físicas, como sí a algunos amigos suyos del pueblo. A él no, era respetuoso de las diferencias, y siempre evaluaba con

tolerancia las conductas desacostumbradas o los elaborados disparates que alguna gente inventaba para diferenciarse de otra.

Pero lo del pelo era una cuestión que no podía resolver. Cuando veía una mujer con el pelo muy corto, cuando se podía ver el cuero cabelludo pálido debajo de la pelusa, o cuando, en un despliegue de sadismo, la mujer con un cráneo liso se dejaba una finísima cola de cabello que partía desde la nuca y llegaba hasta la mitad de la espalda, atada, por ejemplo, con un caracol en la punta, en esos momentos la repulsión lo inundaba y debía apartar la vista, silbar una canción (generalmente era "Danubio Azul"), toser o buscar el celular, haciendo la mímica de contestar un llamado inoportuno.

Nunca habló con nadie de esa obsesión, un poco porque le daba vergüenza hablar de sí mismo, otro poco porque no podía explicar en forma precisa qué le ocurría. No sabía si era un defecto, una virtud, una patología. Con el tiempo lo había metabolizado y lo consideraba como la reacción que otra persona tendría frente a una corbata amarilla o unos zapatos demasiado lustrados un domingo por la mañana.

La vida lo había llevado de una ciudad a otra, desde que había abandonado Pujato para estudiar en Rosario. No terminó la carrera de Ingeniería en Sistemas en la U.T.N. porque consiguió trabajo en una puntocom que había fundado su profesor de Estadística con tres socios más y que, en seis meses, había conseguido seed capital para abrir una sucursal en San Pablo.

Se fueron a vivir a San Pablo con otros dos compañeros de curso y allí trabajó demasiadas horas por día sin resultado aparente. Como todos, se enamoró de Flavia, la secretaria de la empresa, pero era demasiado puta para tomarlo en serio. Igualmente las relaciones eran cordiales, porque vivían todos en una especie de campamento, durmiendo en el piso de una de las oficinas porque no les alcanzaba para alquilar el departamento que les habían prometido, pero aún encandilados por el exitoso futuro como empresarios que habían ya disfrutado Steve Jobs y Bill Gates.

La aventura al final duró apenas 8 meses, cuando se dieron cuenta de que el dinero que les habían destinado los inversores había descendido dramáticamente en muebles, sueldos, logos y remeras. Cuando los inversores se dieron cuenta de que todo no era más que

un espejismo moderno, dejaron de mandar el dinero y a la semana siguiente, la puntocom cayó.

Su profesor había renunciado a la UTN y estaba desesperado, porque en el ímpetu inicial había puesto su casa en garantía por un préstamo que le había otorgado una financiera de calle Sarmiento y que ahora no podía pagar. Su mujer estaba a punto de dejarlo por eso y tal vez por otro.

Él no podía volver a la facultad, consideraba que era una etapa superada. Estaba agobiado por haber trabajado tanto y por el intenso estrés emocional que le había provocado compartir todos esos días con el resto de sus socios, sin disfrutar casi de vida privada.

De vuelta en Rosario, se fabricó un currículum bastante increíble, y por eso altamente eficaz, y lucró durante un año y medio con novatos empresarios que habían escuchado las sirenas de las puntocom un poco tarde y no querían quedarse afuera de un futuro que todos imaginaban exitoso.

Él les escribía Planes de Negocio prolijos y atractivos, diseñaba complicados diagramas de flujo de dinero y crecimiento exponencial del negocio para presentar a inversores fantasmas que supuestamente conocía y con

eso pagaba los gastos del departamento y la comida. Mientras tanto buscaba algún trabajo en serio, pero no le salía nada.

Como era previsible, ese rebusque también terminó y se fue a Mendoza porque uno de sus fracasados pero sensibles clientes le habían dado el dato de que se iba a licitar una red de energía mayorista y necesitaban técnicos en marketing.

Se presentó con el mismo currículum que usaba, pero no fue aceptado. Tuvieron la delicadeza de no ridiculizarlo, pero después de decirles que iba a aceptar cualquier cosa, consiguió trabajo como chofer de uno de los técnicos recién contratados.

El tipo era un porteño tristón, pero buen conversador, tanto que se hicieron amigos y compartieron un departamento que tenía la Consultora en el centro mientras preparaban la licitación. Los fines de semana iban a acampar a la montaña y conseguían lindas mujeres. El tipo logró acceder a una chequera oficial y se gastaron una buena plata en salidas, mujeres y alcohol.

Después de seis meses y cuando todo estaba listo para arreglar la licitación con un cliente de la consultora que

la organizaba, llegaron unos amigos del Presidente desde Buenos Aires y mágicamente apareció una empresa recién constituida en Uruguay que se hizo cargo del proyecto. El porteño y él se quedaron sin trabajo, pero le había gustado tanto Mendoza, que decidió recorrer un poco, comenzando con Tucumán.

Huyó espantado. No le gustó Tucumán, ni Salta. Menos Jujuy. Demasiada pobreza, demasiada naturaleza exótica y poco amigable. Extrañaba el ambiente humano y urbano, extrañaba andar a la pesca de mujeres, compartir un vino con un desconocido.

Nunca había querido ir a Buenos Aires, porque le parecía una ciudad demasiado grande, en todo sentido. Quería seguir siendo una persona.

Pero cuando se dio cuenta de que se estaba quedando sin opciones, transigió y con algunos llamados a sus contactos de la época puntocom consiguió trabajo como vigilador en una clínica. La empresa de vigilancia era propiedad de uno de sus ex clientes, a quien él le había preparado un Plan de Negocios muy exitoso que le significó una ganancia de casi 80.000 dólares el primer año, pero que se cayó, como todos, cuando se contrastó con la realidad.

El tipo no estaba resentido con él, contrariamente a lo que se podía suponer, tal vez porque había otra gente que se había portado peor y no tenía razón para echarle la culpa de su mala suerte, así que le hizo un favor y le consiguió el puesto de vigilador en una clínica de Palermo.

Él no tenía idea de armas, ni había hecho la colimba, pero igual aceptó. Por lo menos era un sueldo, por algo iba a empezar.

Le dieron una camisa amarilla con un bulldog bordado en el bolsillo, pantalón negro y una gorra que parecía de la Isla de Gilligan. El arma era pesada y le molestaba, calzada en su costado, pero como se la pasaba caminando, la equilibraba con la cintura y el peso se soportaba.

Un día escuchó detrás de una puerta una conversación entre dos mujeres y el tono y la voz de una de ellas lo excitó de una manera que nunca le había ocurrido. Una sorpresiva erección curvó sus pantalones y abrió un poco las piernas para disimular. Se quedó esperando, caliente como nunca, para conocer a la voz, mientras se imaginaba su cara, sus gestos, su presencia.

Salieron dos mujeres y una de ellas lo saludó educadamente. Era ella. Cerca de los cuarenta, flaca, elegante, linda sonrisa, perfume dulce, enfermera. Él quedó impactado y sintió por primera vez que podía enamorarse, aunque sintió también una instantánea molestia en el pecho.

Ella siguió con la otra mujer y dobló en el pasillo siguiente. Él la siguió para verla otra vez. En ese momento se percató del detalle que lo estaba molestando. Ella tenía el cráneo cubierto por una suave pelusa marrón. Era un caso patético de todo lo que aborrecía. Se quedó estático. La molestia lo atolondró y se recostó contra la pared. Palpó el arma, confundiéndola con el celular, y tosió.

2

Ella era una buena mina. Es más, en la intimidad se consideraba una flor de mina. Era honesta, un poco frágil, inteligente y capaz de amar. Creció con el convencimiento de que era mejor ser buena persona que parecerlo, aún en contra de las evidencias que la vida le fue entregando para que aprendiera. Y ella no aprendió.

Su educación sentimental fue azarosa, incorrecta y titubeante, y sus resultados, claramente desparejos.

La presencia de su madre la incomodó desde que se supo mujer. No era culpa de su madre, nunca lo fue. Era su responsabilidad haber entrado en una carrera en la cual siempre iba a perder. No era intención de su madre perjudicarla en su desarrollo femenino, al contrario, su preocupación siempre fue que ella consiguiera ser una buena chica.

Pero lo que a ella le incomodaba de su madre no era lo que hacía sino lo que era. Y su madre no podía dejar de ser esa presencia atractiva, femenina, rotunda y alegre que, se daba cuenta, gustaba a los hombres sin importar la edad.

Su madre disfrutaba de su atractivo, pero, que ella supiera, le era fiel a su padre. "La tilín-tilín" como la llamaba aun adulta su abuela, era inmanentemente mujer y eso era un milagro de la naturaleza que ella en su niñez admiró, en la adolescencia envidió y como mujer adulta aborreció.

Con la madurez todavía por estrenar, y habiendo terminado quinto año en la Bartolomé Mitre de Bahía Blanca, se decidió a estudiar Ciencias Económicas en

Mar del Plata para poner algunos kilómetros con su madre y buscar su propia voz. No tuvo suerte.

Los fantasmas habitan muy adentro y el cambio de escenario solamente los transforma un poquito, les da una pátina de lejanía que se destruye tan rápidamente como un papel al fuego.

Debutó sexualmente con un compañero con el que estudiaba, y el acto le pareció una formalidad, una afirmación de su calidad femenina, y nada más. Lejos estaba ese acto sudoroso y apurado del hito que iniciaría su libertad, que marcaría un antes y un después.

Quería aprender a disfrutar del sexo, pero ¿cómo lo iba a hacer si no había aprendido aún a disfrutar de una relación?

Abandonó la carrera a los tres años, y estuvo trabajando como secretaria de una inmobiliaria un año y medio hasta que retomó los estudios en un Instituto de Diseño Gráfico recomendado por la chica que trabajaba en la librería de la esquina, pero se sintió incómoda, como si hubiera vuelto a un aula de su escuela secundaria.

Debía haber adivinado, a esa edad, que la vida no iba a ir por donde ella había pensado. Pero se dio cuenta de ello demasiado tarde, como casi todo el mundo.

Mar del Plata la había enamorado, pero quedaba demasiado cerca de Bahía y necesitaba poner aún más distancia con su madre y por eso decidió probar cómo sería la vida en Buenos Aires.

Dejó un marido apático y futbolero, y se llevó a su hija de tres años con ella. Le habían prometido un trabajo en una clínica. Una prima hermana de su madre, que era jefa de personal, había pensado en un puesto de secretaria.

Su madre viajó a Mar del Plata para intentar hacerle desistir de esa decisión. Le dijo que no era fácil el cambio, que no tenía veinte años, que si ella fuera sola no se iba a oponer, pero no era lo mismo sola que con una hija que mantener.

Que mantener, siguió, y eso le dolió más que nada. Sabía que la escena que montó no tenía que ver con esa frase, que era el resultado del fantasma que la habitaba desde la menstruación, pero no pudo evitarla. Dañó todo lo que pudo a su madre con las palabras más inadecuadas. Su cara se transformó en una máscara de desprecio y consiguió que ella se fuera.

Después, y para dejar de parecerse tanto a ella, comparación que siempre la había molestado, se metió

en el baño y con una tijerita de uñas se cortó pacientemente el pelo hasta conseguir una triste melena que al rato desapareció con una Trac II.

Su cabeza blanca y rapada era repulsiva y ella se sentía con ánimo de ser repulsiva. No buscaría la condescendencia, la honestidad ni el buen trato. Iba a dejar todo eso atrás, con el apático y "vos sabes cuanto te quiero" de su marido. Estaba preparada para ser un poco más salvaje.

Esa tarde un colectivo de Plusmar que hacía la ruta Mar del Plata-Bahía Blanca chocó de frente contra un camión y murieron siete pasajeros. Ella sufrió un ataque tardío de pánico y pensó que la vida no podía reproducir tan burdamente una trama literaria y hacer morir a su madre luego de una discusión, tal vez de la primera discusión en serio para las dos, no, hacerla morir no, para cargarla de culpas por el resto de sus años.

El alivio que le trajo la noticia de que su madre no iba en ese colectivo ni en ningún otro, y que se había quedado en un hotelito a tres cuadras, la hizo reflexionar un poco más en lo que había pasado y consintió en que ella la acompañara los primeros tiempos en Buenos Aires.

Cuando se fueron a acostar, le dijo que lamentaba lo del pelo, pero su madre la alentó con una frase de ocasión. Otra vez la condescendencia, pensó, pero al instante dejó de pensar, iba a ser salvaje pero con lo que mereciera serlo.

A la semana estaban instaladas en la casa de la prima de la madre, la que le preguntó, nomás verla, si le estaban haciendo rayos, por la cabeza afeitada.

Nada que ver, le contestó, pero secretamente se rió del efecto que causaba. No había pensado que su apariencia iba a ser un problema para el trabajo, pero ella le dijo que iba a ser ayudante de enfermera y que con el uniforme iba un gorrito, una especie de cofia que podía disimular un poco su falta de pelo.

Igual es por unos meses, hasta que crezca, apostilló su madre.

Esa mañana era su primer día en la clínica. Estaba dentro de unos de los consultorios, aprendiendo el orden de algunas cosas de los jóvenes médicos junto con una de las chicas y cuando salió cruzó una mirada con el vigilador alto que había visto al entrar. A ella todos le parecían milicos, pero éste parecía un poco fuera de

lugar, como si hubiera mentido para conseguir este trabajo a la espera de otro mejor.

Él pareció sorprendido, como si la conociera de otro lado y ella vio en sus ojos una cualidad extraña, como la de alguien que está detrás de un vidrio espejado y se pregunta si del otro lado hay gente.

Siguió caminando por el pasillo con la chica y antes de doblar no pudo con el impulso de darse vuelta para mirarlo de nuevo. Vio que se llevaba la mano a la pistola y tosía.

3

El resto del turno fue confuso. Creyó verla, oírla en cada espacio que recorría, tosiendo y con la mano a centímetros del arma, hasta que el encargado le dijo que se fuera a su casa, que parecía enfermo. Él no se negó.

Un compañero, Navarro, le dio una palmada en el hombro y le dijo sonriendo que dejara de salir tanto de joda. Él también sonrió, pero su sonrisa lucía apenada y servil. Se cambió en el vestuario y dejó el uniforme en la taquilla. Sacó un cigarrillo del paquete que guardaba allí y lo fumó en calzoncillos, sentado en el banco. Miraba el humo que se perdía por el ventiluz pero su mente

seguía sin arrancar. Se sentía sin fuerzas, estático y hasta las decisiones mecánicas le parecían un esfuerzo innecesario.

Esa mañana no había vuelto a verla, pero era como si hubiera estado todo el tiempo frente a sus ojos. Se había dado cuenta tarde de que ella lo había mirado, y que también había dado vuelta su cabeza para volver a mirarlo cuando se iba. Era una muestra notoria de interés, pero él la consideró nada más que interés profesional, el tipo de curiosidad que a cualquier persona le produce otra con una conducta inesperada. Es como esa gente que se congrega frente a un edificio antes de que el suicida salte desde la terraza. Están esperando la muerte, el cuerpo destrozado y seguramente se decepcionarían si primara la cordura y el hombre se salvara.

Esa noche durmió gracias a una botella de vino tinto que tenía abierta en la heladera y al día siguiente no fue a trabajar. Suponía que iban a entender que estaba enfermo. El encargado lo mandó a su casa, él no se lo había pedido. Resuelto eso, se dedicó a lidiar con el recuerdo de ella.

Se quedó en su casa tres días, y salió apenas para ir al supermercado a comprar algo de comida.

Intentaba dormir la mayor parte del día y de la noche, porque cuando se encontraba despierto o desvelado, su mente trabajaba en forma independiente, dando vueltas alrededor de esa mujer, aceptando y aborreciendo esa pelusa que no llegaba a ser pelo, los ojos, el perfume dulce, su pequeño rostro al darse la vuelta. Se autoexigía una definición que, él lo sabía bien, iba a resultar imposible.

Sus temores, sus fobias, sus desgracias, estaban todas juntas y lo estaban empujando hacia algo desconocido que él temía más por esa cualidad que por lo que pudiera ser en sí mismo.

Llegó el fin de semana y fue a ver una obra de teatro gratis en el hall del Teatro San Martín. Sentado en la alfombra, entre gente entusiasta a la cual él se había desacostumbrado, se sintió tranquilo.

No entendió demasiado la trama, ni la necesidad de invertir los roles entre los hombres y las mujeres que parecía ser el tema de la obra pero le bastó estar allí para darse el alta. Mientras caminaba hacia su departamento, se convencía de que la crisis había terminado. El lunes

volvería a trabajar. Estaba preparado para seguir con su vida, a pesar de ella y su pelo corto, o tal vez con ella y con su pelo corto.

4

No fue a trabajar ni el lunes ni el martes, porque desde la tibieza de las sábanas consideró que aún no estaba en condiciones de enfrentarse a lo que aún no podía imaginar.

Le resultaba cómodo mantenerse en su departamento, ordenando cosas inútiles para no pensar. Sacó todos los fósforos de la caja de la cocina y los alineó en la mesa, uno al lado de otro, como íes infinitas. Luego hizo un caracol, una serpiente, cuadros y triángulos. Le gustó un triángulo doble perfectamente simétrico y lo dejó sobre la mesa, total podía comer sentado en el sillón o de pie en la cocina.

Luego buscó papelitos, boletos de colectivo, volantes de publicidad, tiras de cajas registradoras, post-it olvidados, cosas de esas y compuso un collage en la esquina más alejada del living.

Mientras lo hacía levantaba la vista y podía ver por un hueco el cruce de su calle con la avenida. Los autos

pasaban más rápido a la mañana que al mediodía. Se quedó cerca de cuatro horas contando frecuencias de colectivo, identificándolos por el color. Le gustó el collage y también lo dejó. Le pareció alegre, y le hizo acordar a las cosas que hacía cuando lo mandaban a la Escuela Municipal de Artes allá en Pujato.

El martes a la noche se compró dos botellas de vino y se las tomó despacio, mientras hacía papel picado con unos Clarín viejos que había amontonado en el bidet. Cuando tuvo una bolsa lo suficientemente llena, salió a la ventana y la tiró, lentamente, mientras saludaba imaginariamente a una multitud que lo ovacionaba a la distancia.

Los papelitos se fueron enganchando en las copas de los árboles, en los cables de teléfono, depositándose finalmente en el suelo, formando un nuevo estrato de basura en la ciudad, basura que se fue transformando hasta confundirse con la calle.

Consiguió dormir bien y el miércoles se levantó a una hora prudente, antes de las once, para llegar a tiempo al inicio de su turno, a las dos de la tarde.

Se afeitó con cuidado, pero no pudo evitar hacerse un

pequeño corte al borde derecho de la boca. Le quedó un punto oscuro.

Fue caminando al trabajo y aunque todavía tenía una leve resaca por el vino de la noche anterior, sentía que esa pequeña alteración en su estado de ánimo lo iba a ayudar a pasar el día.

Se presentó en la casilla de la guardia y Silva, que estaba de turno, se sorprendió al verlo.

–¿A vos no te habían despedido? –le dijo, a modo de saludo.

–No, dijo él, sin comprender la pregunta, mientras iba a los vestuarios a cambiarse.

Se estaba sacando el pantalón cuando entró Berlanga, el encargado y le dijo que no podía estar allí porque ya no pertenecía más a la empresa.

–¿Que pasó? –preguntó, sorprendido.

–Te despidieron macho, si hace una semana que no venís a laburar.

–Pero vos sabías que estaba enfermo, si hasta me dijiste que me fuera a mi casa.

–Sí, pero las cosas no son así, tenías que haber justificado la falta con un certificado médico.

–No tengo, además nadie me avisó.

–Me dijeron que te mandaron dos telegramas para que volvieras al trabajo.

–Yo no recibí ningún telegrama.

–Qué sé yo, macho, eso me dicen de Central, yo no te puedo dejar entrar a laburar, me cagan a mí también.

–Está bien, está bien, no te voy a traer quilombo a vos, pero ¿ahora qué mierda hago?

–Y qué sé yo, hacele un juicio, no sé…

–Pero no tengo abogado, ¿no puedo hablar con alguien?

–Acá no, si querés ir a Central allá está el negro Ruiz, el delegado, por ahí te da una mano. Decile que te mando yo.

Berlanga encendió un cigarrillo y lo miró, aburrido, ponerse la ropa de nuevo.

–Bueno, me voy entonces.

– Cualquier cosa…

–Sí, gracias.

Salió a la calle y se paró en la vereda, sin saber adónde ir. Creyó ver detrás de una de las puertas de vidrio a la mujer de pelo corto.

Fue un fugaz destello, casi como si una leve cortina se corriera sobre el universo, tanto que no pudo precisar si

había ocurrido o era el reflejo de un recuerdo que había quedado en su mente.

Caminó hacia la esquina. Quería alejarse de allí porque se estaba dando cuenta de lo que pasaba y había comenzado a sentirse un poco inquieto.

Ella, mientras tanto, se examinaba el largo de sus cabellos frente al espejo del baño de mujeres, en una costumbre que había ido adquiriendo en esos días. Ya no tenía imagen de enferma, y en unas semanas hasta podría volver a sentirse una mujer atractiva.

En dos o tres meses más iba a tener una melenita de lo más linda. Además, su hija estaba contenta con el cambio. Le gustaba Buenos Aires y aún más que la abuela estuviera viviendo con ellas. La llevaba a la escuela y la iba a buscar. Después comían juntas y salían a pasear por el barrio o a dar vueltas por algún shopping. Estaban lejos de su papá, pero gracias al teléfono se dieron cuenta de que esa ausencia no era tan profunda. Los miedos habían dejado lugar a módicas certezas.

Ella no sabía bien cuánto iba a durar la armonía, aunque sabía que iba a tener que disminuir el grado de su resentimiento con su madre porque habían pasado a

otra fase de la relación. Iba a ser bueno dejar de hurgar en la historia de las dos, para vivir mejor las tres.

La noche anterior, después de bañarse y mientras le secaba el pelo, su hija le había preguntado si se había dado cuenta de que con la abuela eran un equipo, un equipo de mujeres.

La amó por eso y después durmieron abrazadas.

San Bernardo

1

El perro se llamaba Moncho. Era un San Bernardo gordo, de 11 años de edad, casi ciego y asmático. Cuando tosía su cuerpo se estremecía tanto que hasta parecían caérsele algunos pelos. Atilio, su dueño, lo sacaba a pasear dos veces por día, antes del mediodía y antes de que anocheciera. Tenían un itinerario usual no muy extenso. Recorrían dos o tres cuadras, a veces por 3 de febrero hasta Maipú y de allí doblaban para Pellegrini, para volver a casa por Sarmiento. Se detenían muchas veces a descansar, sobre todo él, por quien Atilio tenía un cariño que iba creciendo con el tiempo. Después de todo, eran viejos los dos, le decía al oído mientras esperaba que el animal recobrara el aliento.

El gran animal, con su boca abierta y sus ojos nublados, era la imagen de la piedad. Y a Atilio lo ayudaba en sus tragedias diarias. Era un hombre solo desde que había muerto Fanny, su mujer, de cáncer de mama, o de vieja nomás, hacía casi cinco años. Su hijo mayor, Luciano,

era ingeniero civil, trabajaba en Salto Grande desde que se había recibido, y eso era mucho tiempo. La distancia al principio parecía poca, pero luego se acostumbraron a su ausencia. El del medio, Mario, era el más intransigente de sus hijos y había ingresado a la policía después de terminar la secundaria. Casi no tenían contacto, a causa de una torpe y desubicada discusión sobre los guerrilleros que habían tenido un fin de año. Su hijo menor, Jorgito, tenía una verdulería en Mitre y 9 de julio y Atilio consideraba que era casi la única familia que le quedaba.

Se había acostumbrado con el paso de los años a darle más valor a la cercanía y la preocupación diaria de Jorgito que a la atención exclusiva de un par de días y algunos llamados telefónicos de Luciano, a pesar de que, como primogénito, siempre tuvo un tratamiento especial por su parte. Sufría el distanciamiento con Mario porque lo consideraba injusto, injustificado, no podía entender que la relación entre un padre y un hijo pudiera ser afectada por la política, pero bueno, como le decía León, uno de los amigos con los que tomaba café en el bar de Montevideo y San Martín, si existen

juzgados de familia donde personas que se amaban se demandan, ¿qué queda para el resto, no?

Con Moncho solía pasar por la verdulería de Jorgito y, mientras hablaban, disfrutaba de las reacciones de la gente al verlo sentado hierático en la vereda. Los chicos lo acariciaban, le tocaban el pelo, le hablaban, aunque siempre con una mezcla de respeto y prudencia, como si esperaran una reacción agresiva acorde con su tamaño. Él solamente resoplaba, y se quedaba quieto. No sabía si lo disfrutaba, pero al menos no se quejaba.

En esa esquina lo vio por primera vez Ricardo. Pasaba con su ciclomotor por Mitre y le llamó la atención la mole de pelos estacionada frente a la verdulería. Dobló por Mendoza y dio la vuelta por Sarmiento para verlo de nuevo. Estacionó el ciclomotor a mitad de cuadra y, como de casualidad, caminó hacia la esquina. Se paró en el semáforo y lo vio. El perro era imponente. Bufaba y resoplaba. Un chico que le acariciaba la cabeza parecía un enano a su lado. Lo miró un rato más y después volvió a buscar el ciclomotor pensando en qué haría con un perro así.

Ricardo había dejado de ser una persona; era solamente un hombre desesperado. Lo habían echado de su trabajo en una metalúrgica de Echesortu por haberse querido robar un rollo de alambre escondido en el bolso. En la reunión que siguió al descubrimiento del hecho, lo confesó, creyendo que con eso se iba a salvar, pero la sonrisa de suficiencia del abogado de la empresa después de que lo ratificó en un acta le decía lo contrario. Ahora estaba desocupado, sin ahorros y con su mujer y la nena viviendo en casa de los suegros. Se le habían acabado las pocas ideas para encontrar trabajo y los amigos con suerte para contagiarlo, por eso no entendía la euforia que escupía la televisión, que hablaba de tasas de crecimiento, récords de venta en los shoppings y cosas así.

Encendió el ciclomotor y se fue derechito por 3 de febrero. Al pasar por la esquina volvió a mirar al perro. Seguía en la misma posición rodeado de niños y, mientras manejaba para el sur, iba buscando una idea en su cabeza.

Volvía por Entre Ríos, esquivando los autos estacionados en doble fila y los bocinazos de los colectivos. Iba tranquilo, pensando, haciendo cuentas.

Llegó a "Flete Corrientes" seguro de que, por la hora, iba a encontrar a Omar. Dejó la motito al lado del cartel de plástico destrozado por el granizo y lo vio adentro, hablando por celular.

Lo esperó soñando. Había ido a Bariloche en quinto año, con la promoción 1984 de Nuestra Señora de la Guardia. No tenía demasiados recuerdos, pero le parecía haberlo pasado bien por una cuestión de asociación, por lo que contaron otros de sus viajes, de las fiestas, Grisú, Cerebro y esas cosas. Si así había sido el viaje y él estuvo, seguro que la pasó bien. El tiempo ayuda a borrar los detalles que uno quiere olvidar.

La realidad era que él, de chico, era medio boludo, y casi nunca tenía plata para salidas, así que pasó la semana del viaje de estudios recorriendo como un turista raso, junto a Marcelo y Abel, las orillas del Nahuel Huapi. No tenía plata ni para una cajita chica de chocolates, así que las noches que todos iban a bailar se

quedaban en el hotel mirando tele o se paraban un rato en la entrada del boliche para mirar a las chicas. Por suerte un día antes de volver los llevaron a una fábrica de chocolates y ahí pudo probar algunos gratis.

Había encontrado una idea, más que idea, un sueño. Había aparecido en forma tan imprevista y rotunda que no podía dejar de admirarlo. En su sueño iba a volver a Bariloche y se iba a quedar a trabajar allá. Ya se imaginaba con el perrazo sacando fotos a los turistas. A diez mangos la foto, a diez fotos por día, cien mangos por día, tres lucas por mes, o más, si la cosa venía bien. Sin gastos. Comida para él y el perro. Decían en la tele que el sur estaba lleno de turistas extranjeros, así que seguramente la foto iba a ser más cara, en dólares. El perro lo tenía, iba a necesitar la cámara, pero si vendía el ciclomotor seguramente la podría comprar. Después allá iba a poder ahorrar y pensar en una casita para comenzar de nuevo, lejos de los lugares en los que había fracasado. Cuando las cosas estuvieran mejor la llevaría a Yoly y a la nena. Decían que el aire de allá era bueno para los chicos, así que Yesi iba a crecer bien entre los bosques, no en el medio de este quilombo.

–¡Ricky Martin!!!!

La voz de Omar lo trajo de vuelta.

–Omarcito, querido –dijo y se saludaron con un beso.

–Tanto tiempo Ricky, ¿qué hacés?

–Acá ando, tirando.

–¿La familia bien?

–Más o menos, me rajaron de la empresa y estamos viviendo con mi suegra. Es por un tiempo nomás, hasta que salga de esta.

–A la puta, ¿y entonces?

–Estoy con un laburo nuevo, igual. Ya me sale, la Yoly no sabe nada, pero ya está cocinado.

–Ah bueno, mejor.

–Che, vine porque mañana necesito que me hagas una gauchada, traerme algo del centro para casa.

–No creo que tenga historia, vos ves que no hay nadie, el laburo anda para el culo, ¿a qué hora?

–Yo te llamo, más o menos a la tardecita.

–Dale.

Ricardo se subió a la motito y volvió con una sonrisa a la casa de su suegra. Comieron arroz blanco con manteca y le dijo a Yoly que se iba a dormir temprano porque al otro día tenía una changuita. La nena le dio un beso y él le susurró en el oído palabras de fe, esas que los niños escuchan como en un lenguaje extranjero, deseando que se hagan realidad.

Después se encerró en la pieza y buscó arriba del ropero una de las cajas de zapatillas en las que guardaba sus cosas personales. Esparció el contenido sobre la cama y fue poniendo todo de nuevo adentro. Entre tarjetas de cumpleaños, recuerdos de primera comunión, entradas a bailes e invitaciones a cumpleaños de quince, encontró la foto. Estaba con Marcelo y Abel en cuclillas, con unos vasos de plástico en la mano y el lago a sus

espaldas. No había ningún San Bernardo, pero para él era igual.

Puso la foto bajo la almohada y se durmió sonriendo. Se vio más joven, más entero, con una sonrisa y amigos a su alrededor. Después se durmió y soñó con un lugar muy frío pero agradable, con un cielo lleno de estrellas como piedras preciosas en el lecho oscuro de un río.

3

Moncho ese día estaba desganado. A Atilio le parecía que estaba un poco triste y que extrañaba a Fanny tanto como él. Cuando le acariciaba el lomo abundante y miraba en lo profundo de esos ojos inmóviles le parecía encontrar una secreta complicidad de hermanos. Aunque así no fuera, aunque lo imaginara, le hacía bien considerar a Moncho como un hermano, como una parte inescindible de su vida.

El perro no parecía estar en un buen día, pero de todas maneras decidió sacarlo a pasear, sabiendo que eso era uno de los gustos de su vida. Le mostró la tira azul y él movió la cola, animándose con un breve ladrido.

Mientras tanto, Ricardo caminaba por Mitre, por 3 de febrero, daba vueltas para encontrar al perro. En eso lo vio doblando por Sarmiento con su dueño. Llamó a Omar. Le dijo que viniera por Mitre y estacionara cruzando 3 de febrero, pero que dejara la chata encendida por si venían los zorros.

El tipo entró en la verdulería de la esquina y el perro se apostó en su lugar de siempre, bufando y con una pequeña nube de insectos alrededor del hocico. Parecía más viejo o tal vez solamente estuviera enfermo.

Ricardo miraba por Mitre para ver si llegaba la chata de Omar, mientras se preocupaba por que el tipo saliera de la verdulería para llevarse al perro. Si eso pasaba, el plan se iba a la mierda.

Cuando Omar llegó, él le hizo señas de que estacionara la camioneta y caminó rápido hacia la verdulería. Se paró frente al perro, como para hacerle una caricia, y de un solo movimiento, lo alzó. Su peso casi lo tumbó. Trastabilló hasta la chata y lo tiró sobre la caja. Entró y le gritó a Omar que arrancara. Omar no entendía.

–¿Y los muebles? –preguntó.

–Estos son los muebles, boludo, dale rajá –gritó Ricardo.

Omar arrancó pero el tránsito era lento y apenas llegaban a Mendoza cuando se empezó a formar un tumulto en la esquina.

El viejo había salido con el verdulero y otro tipo y corrían por Mitre hacia ellos. Omar dobló por Mendoza y después retomó por Sarmiento, transpirando y puteándolo.
Bajaron por Montevideo hasta Juan Manuel de Rosas a todo lo que daban y doblaron hacia Pellegrini. Omar estaba que volaba, y le recriminaba no haberle dicho nada del perro, si no ni venía. Le parecía muy de hijo de puta lo que estaban haciendo. Pobre perro, dejate de joder, decía, sos un pelotudo, mirá en lo que me estás metiendo.

Ricardo le pedía que se callara y que se apurara. En el semáforo de Pellegrini tuvieron que parar y se les acercó

una chica en una moto que les dijo que el perro que tenían atrás estaba sangrando.

Omar cruzó Pellegrini y vio un cartel de una veterinaria.

–Ahí hay una veterinaria, yo lo dejo ahí, loco –gritó Omar, demasiado nervioso como para escuchar razones en contra por parte de Ricardo, pero éste asintió y comenzó a sentirse mal. Se daba cuenta de que algo había salido mal, o que tal vez todo estuviera mal desde el principio. La imagen del perro y las fotos en Bariloche iban desapareciendo como los otros sueños que había tenido en su vida y la realidad volvía a hacerse sólida a su alrededor. Sintió la sequedad en su boca y un ardor desconocido que le subía por la garganta.

No podía escuchar nada, pero la presencia de Moncho tirado en la caja comenzó a atraer gente. Ricardo se quedó al lado de la chata y comprobó que era cierto lo que le había dicho la chica. El perro sangraba por una oreja y parecía un viejo barco abandonado a la espera del desguace. Tal vez se había golpeado cuando doblaron en alguna esquina.

La gente miraba a Moncho y lo miraba a él, con miradas de compasión, tal vez porque creían que era su perro y que él también estaba sufriendo. Ricardo estaba sufriendo, pero no era por el perro, sino por su vida, a la que veía, lentamente, dejar el limbo de los sueños de progreso. Tanta gente alrededor, pensó, si estuviéramos en Bariloche, si tuviera la cámara, el perro, la oportunidad…

Un momento después llegó Omar con dos veterinarios.

–¿Vos sos Cossia? –le preguntó Ricardo a uno canoso, pensando que lo había visto en la tele. El tipo le dedicó una breve sonrisa y no le contestó.

–A ver –dijo el tipo–, Marcelo, ayudame por acá.

Los dos veterinarios levantaron con cuidado a Moncho, que tenía los ojos cerrados y parecía respirar con dificultad, y después de sacarlo de la camioneta, lo apoyaron en la calle. Omar paró a los autos y lo cruzaron en un respetuoso silencio. Ricardo fue tras ellos. Se estaba sintiendo peor.

Cuando lo ingresaron a un consultorio, él se quedó en la sala de espera, donde un chico acariciaba y le decía cosas al oído a un perrito parecido a una comadreja. Omar, cuando vio que el perro estaba adentro, le dijo que no quería más quilombo y se fue. Ricardo se quedó pensando en Bariloche, en la imagen de él y de Moncho con el fondo del lago, felices, sonrientes, sacando fotos a los turistas. Él era así, cuando una imagen se le pegaba en la cabeza no se le iba más aunque doliera.

Se recostó contra la pared mirando al techo. Estaba muy cansado, dolorido, vencido. Un rato más tarde llegó el dueño de Moncho, con el verdulero y otro tipo. Apenas entró, lo reconoció y se paró frente a él. Ricardo se enderezó despacio, con la vista baja y esperó un golpe, un insulto, un empujón, pero la tristeza que irradiaba el hombre era casi sólida. Su mirada era una pregunta.

–El perro está bien, dijo el doctor. Es un perro muy noble y seguro que va a salir de ésta. Parece que es un golpe nada más, como le pasa a tantos perros, inventó, para agregar algo a la conversación.

El hombre no parecía haberlo escuchado, estaba en otro lugar, al igual que él, pero el verdulero y el otro tipo lo llevaron del brazo al mostrador para preguntar por Moncho.

Ricardo los siguió con la mirada y antes de que cerraran la puerta dijo en voz baja:

–Disculpe don, no me di cuenta. Ando un poco perdido.

Mandarinas

Su padre tenía un Ford Fairlane verde con techo vinílico negro. Era viejo, amplio y ruidoso. En él había aprendido a manejar a los trece años. Cuando su padre le tuvo un poco de confianza, pudo usar el auto para salir a dar unas vueltas y así se convirtió en el chofer de las excursiones que hacían con sus primos en las siestas del invierno.

Esos días fríos y soleados, cuando todo el mundo se iba a dormir, él salía con el Fairlane y subían todos por el camino viejo que pasaba por atrás del Aeroclub hasta el Ocho y de ahí hasta Campo Ramón, donde estaba la chacra de su abuelo. La tierra era una nube roja que flotaba a su paso, anticipando su presencia ante la inmensidad silenciosa de los montes oscuros.

En la chacra no había gran cosa, algo de té, algo de yerba, un arroyito de agua cristalina y helada que discurría semioculto entre los pastizales y una cancha de fútbol irregular y poceada donde los sábados a la tarde la peonada perdía las horas hasta que se hacía de noche.

Pero para ellos era un lugar distinto, un lugar casi propio. Había algunas plantas de mandarinas, a unos mil quinientos metros de la entrada, escondidas entre los paraísos de un montecito y allí se dirigían cuando el invierno entibiaba.

Estacionaban el Fairlane adelante del galpón de acopio y de ahí caminaban entre el pasto irregular hasta las plantas. En el camino, siempre alguno de los perros de la Tate los toreaba, pero se callaba apenas los reconocía.

Cuando llegaban, lo primero que hacían era sacar las mandarinas más maduras y comerlas, dos, tres, cuatro seguidas, escupiendo las semillas lo más lejos posible y doblando las cáscaras para crear nubes de ácido traslúcido.

Después de la urgencia, trepaban por los caminos ocultos de las ramas hasta arriba, uno en cada planta, balanceándose con el viento y el movimiento de sus cuerpos.
Con el estómago lleno y la nariz impregnada de ese olor, satisfechos de la fruta pero con ellas en la mano no podían hacer otra cosa que tirarlas de árbol en árbol,

haciendo blanco en cabezas, cuellos, espaldas hasta teñir todo de ese color impreciso entre el naranja y el amarillo plantando en sus ropas ese olor que no se iría sino después de largas horas de lavado.

Entonces el silencio. Se estiraban en las ramas haciendo equilibrio y silbaban, gritaban hasta quedarse adormecidos escuchando los sonidos anónimos del monte. La celebración terminaba con los largos chorros de orina que bajaban entre las hojas hasta formar un charco oloroso y humeante en el suelo húmedo y colorado.

Antes de volver, juntaban bolsas para llevar a casa y corrían una carrera final hasta el auto.

La Tate, que los conocía desde que habían nacido y siempre parecía tener la misma edad, los despedía cerrando el portón, acaso aliviada por la partida. Ese día él salió de su casa para ir al banco a buscar una tarjeta. Era uno de esos días fríos y soleados del invierno misionero y mientras iba caminando tranquilo evocó como muchas otras veces las siestas en Oberá cuando

iban a la chacra del Nono a comer mandarinas con sus primos.

Habían pasado los años y muchos estaban lejos en la distancia o lejos en el contacto como él. No era nostalgia, se decía siempre, sino algunos buenos recuerdos.
Tenía noticias de ellos a veces directas, por algún llamado inusual, a veces por terceras personas, o tal vez reconociendo en alguno de sus hijos algún rasgo de su carácter. A veces pensaba que parecía tener todo el tiempo del mundo para volver a ver a los afectos de la infancia, pero en algún momento eso se iba a acabar. Se quedó esperando el semáforo para cruzar Mitre y en ese momento todo se oscureció y cayó. No volvió a recuperar la conciencia.

Unas personas que estaban cerca lo trataron de auxiliar y otra llamó a emergencias. Llegó la ambulancia y lo llevó al Madariaga. Un médico jovencito miró en su billetera y entre sus cosas encontró la tarjeta que Silvina le había puesto una vez con los contactos de su casa.

Silvina atendió la llamada con la cabeza en otra cosa. Un alumno le había contado algo muy personal y estaba en un dilema sobre si guardarse para sí la confesión o tratar de charlarlo con sus padres. Recién cuando cortó pudo ordenar las frases que le habían dicho. Que Oscar se había desmayado en la calle y estaba internado. Creyó escuchar que estaba en terapia intensiva, pero no recordó mayores precisiones. Sí que no estaba muerto. Eso no lo hubiera podido pasar por alto.

Los chicos estaban en casa y no tenía con quien dejarlos. Ana María, la señora que la ayudaba, se había ido al mediodía y sabía que trabajaba en otro lado por la tarde, así que no podría contar con ella. No tenían familiares cerca, lo que era algo que siempre la había perturbado, y todos los amigos con los que podía contar estarían trabajando a esa hora. Llamó igualmente a Laura y le contó lo que había pasado. Ella tenía que ir a la tarde al negocio, pero igual se llegó hasta su casa para quedarse con los chicos.

Silvina llamó un taxi y cuando bajó frente al hospital comenzó a darse cuenta de lo que estaba pasando. El enfermero que la llamó no quiso entrar en detalles

porque no podía decirle por teléfono que Oscar estaba muriéndose. Esas eran cosas que se decían cara a cara, pensó, aunque trató de animarse antes de entrar. Entró apurada pero con un poco de vergüenza no se animó a correr. Cuando le hicieron pasar a Terapia, sintió como el dolor acumulado en eses lugar la golpeaba como una piedra en la cabeza. Había gente llorando, gente con la mirada perdida, gente sentada en el piso con los ojos cerrados, rezando. Era un ambiente de resignación y despedida que parecía resistir a la esperanza.

Le indicaron donde estaba Oscar y se acercó a su cama, sorteando a una señora sentada en un sillón playero que rezaba un rosario con una estampita del Gauchito Gil en la mano.

El tenía los ojos cerrados y la cara serena. Parecía casi feliz, con los rasgos distendidos y la tersura de su piel en la que se adivinaba una sombra de barba.

Silvina lo saludó en voz baja, le dio un beso en la frente y, mientras le acariciaba la mejilla, no pudo aguantar más y comenzó a llorar en silencio, mirándole la piel

como si contuviera un mensaje secreto destinado solamente a ella.

Él no podía escucharla ni sentirla. Se encontraba en un lugar remoto, en una bruma blanquecina detrás de la cual apenas podía entrever imágenes, ruidos anónimos y pocos estímulos más.

En un momento esa bruma se abrió y pudo ver toda la escena. Vio su cuerpo tendido en la cama y a Silvina tomándole la mano. Le recordaba a alguna de las escenas religiosas que poblaron su infancia. Era María Magdalena. El consuelo al moribundo.

Silvina no sabía qué hacer y por eso no le soltaba la mano. Con la otra le acariciaba la mejilla mientras en silencio sollozaba pensando en ellos, en sus vidas, sus hijos, en si esto iba a ser definitivo. No quería pensarlo, pero estaba dando un temeroso primer paso para prepararse a una vida de mujer sola.

No sabía si la abrumaba el dolor de la pérdida tanto más que el dolor de continuar viva a cargo de su vida. Golpeó en silencio la cama y se sintió perdida, inútil y

vencida. Lo miraba buscando un movimiento de sus músculos, un parpadeo, un reconocimiento en ese rostro que seguía igual, quería decirle a todos lo injusto que le parecía que él se muriera así, sin avisar, sin darle tiempo para nada.

Oscar sentía el dolor de Silvina como un hecho casi físico, pero no encontraba la forma de conectarse con ella, de tranquilizarla, de darle un poco de serenidad.

No tenía nada nuevo que decirle porque en los veinte años que llevaban juntos se habían dicho todo. El amor que sentía por esa mujer era la savia que se desparramaba por todo su cuerpo, un líquido suave que le hacía bien.

Sentía que ella sufría, pero sentía también que él ya nada podía hacer por ella.
De repente sintió que algo lentamente cambiaba a su alrededor. La presencia física de Silvina ya no era tan fuerte, iba quedando su amor de consuelo en el final.

La bruma se fue haciendo más brillante. Las imágenes que podía adivinar desaparecieron y comenzó a sentir

un intenso olor a mandarinas. Descubrió así hacia donde se dirigía.

Silvia y Manuel

I

A ella le gustaba mucho mirarlo escribir. Él, acostumbrado a su mirada cuando escribía, casi no levantaba la vista y parecía ausente. Ella quería salvarlo de algo que él ignoraba y que estaba segura de que iba a ocurrir, mientras él solamente quería que ella lo admirara y por eso ponía todo su empeño en escribir algo que la conmoviera, algo que fuera definitivo, brutal, algo que la dejara sin palabras, sin aliento.

Era una forma de expresar su carácter. Obsesión y convencimiento, ella; puras formas y relajamiento, él.

Ambos habían fracasado en sus metas secretas, pero habían vivido juntos esos años, intentando encontrar el momento preciso en el que se hiciera la luz.

Su vida en común había sido mejor de lo que pudieran haber imaginado cuando lo decidieron, acaso agobiados por la intensa soledad, acaso con miedo a que la vida fuera corta y que no tuvieran a quién extrañar cuando murieran.

Manuel, al igual que Silvia, había dejado de creer en cualquier religión, aunque se guardó de creer en Dios, más por el perdón de los pecados que por la confianza en la pureza de sus acciones.

Ese día ella lo miraba escribir y a veces le alcanzaba un mate y después miraba el almanaque de Sancor que estaba sobre la cabeza de él, un paisaje verde y azul, vacas a lo lejos y un nene de sonrisa sana extendiendo un vaso de leche. La música no habitaba la casa, sólo el silencio y los ruidos minuciosos y apagados de sus pequeñas vidas.

Él seguía escribiendo y ella hacía esfuerzos para poder escuchar el camino de la punta de la birome sobre el papel aunque sabía que eso era imposible; se preocupaba por todo aunque no era necesario, a esa altura de sus vidas pocas cosas eran necesarias. Ella lo veía escribir y eso, pensaba él, le tenía que alcanzar hasta que le entregara lo que le había escrito.

Él, cuando escribía, a veces se quedaba inmóvil, con la vista baja, sin mirarla. Era cuando ella aparecía en el papel.

Después de mucho tiempo de reclamos y pequeñas discusiones habían llegado a un acuerdo. Él no le

mostraría nada de lo que escribiera hasta que considerara que estuviera en condiciones de ser leído. Ella juró no revisarle más sin su permiso la carpeta azul con elásticos donde él guardaba sus escritos.
Habían acordado eso hacía años y lo habían respetado, tanto, que los escritos de Manuel se habían convertido en un tesoro compartido, en una de las bases de su relación, en una especie de reserva de amor, paciencia y comprensión. Era el lugar de la esperanza compartida y también el de las armas para defender sus pasiones, tanto que a veces dudaban del destino de la carpeta, dudaban de que cuando, finalmente, él se las entregara, no fueran lo suficientemente felices o profundas o de cualquiera de las formas que hubiesen imaginado.

II

Manuel siempre buscó un amor que fuera eterno, y la mejor forma era que su propia vida fuera como esos buenos libros de relatos, en los que cada día se contaba una historia con final feliz.

Cuando conoció a Silvia, una chica de Venado Tuerto que compartía un par de materias con él en la facultad,

una breve descompostura sin motivo le dijo que era la mujer que estaba esperando. Él creía en el destino y, equivocado o no, se convenció de que un vómito inesperado, aunque desagradable y fuera de lugar, también podía ser una señal del camino hacia el amor.

Comenzaron a salir, inevitablemente, y se enamoraron como todo el mundo cuando tiene veinte años. La única razón era que a los veinte años uno tiene eso, veinte años, y nada más que una alegre nebulosa por delante.

Les gustaba apropiarse de los lugares a los que iban y dar la impresión de ser una pareja perfecta. Se comían la comida de la boca y era muy raro que ella, cuando estaba sola, no hiciera algún comentario que hubiera escuchado decir a él.

Él, por su parte, comenzó a cambiar su lenguaje de una forma silenciosa pero pertinaz, tanto, que había incorporado a su charla diaria algunos horribles diminutivos o palabras acortadas en forma infantil, una práctica que nunca le había gustado. Por eso cuando se encontraba diciendo "peli" o "celu", cerraba la boca de

golpe y se corregía inmediatamente, renovando la promesa de no reincidir.

Cuando iban a las peñas de la facultad, ella era de esas chicas a las que todos invitarían a bailar, por eso siempre parecía en el medio de algo con el vaso a medio llenar y una sonrisa delicada.

Él a veces jugaba a que no la conocía y la admiraba desde otro lugar, detrás de una columna o recostado contra una pared. La miraba como se mira a una desconocida con afán de conquistarla. Evaluaba sus ojos, la caída del cabello en sus hombros, el imperceptible movimiento de su espalda cuando sonreía, la torsión permanente de su cuello.

La miraba tomar del vaso y pasarse la lengua por los labios, fugazmente. La miraba cambiar de posición y de atención hasta que ella se daba cuenta de su ausencia y comenzaba a buscarlo con los ojos. Nunca dudaba. La emoción era casi violenta y no necesitaba otro vómito sorpresivo u otra pulsión desagradable para volver a enamorarse de ella.

A su único amigo Rubén, para graficar en forma definitiva cómo era Silvia, le dijo un día: *El otro día íbamos caminando por la plaza San Martín, por uno de esos caminos circulares que parece que no se terminan nunca, y yo le estaba contando algo que creía importante de la facultad y ella movía la cabeza en silencio, como escuchando, viste, pero bastó que un pájaro de pecho azul se descolgara por entre las hojas de un árbol para que ella sonriera al cielo y se olvidara de todo lo que le venía diciendo. Ella es así, nada le llama más la atención que las cosas que pueden volar.*

III

Un poco más tarde, Silvia se fue al negocio y Manuel se quedó solo, decidiendo, una vez más, que todavía no había terminado. Cerró la carpeta azul con los elásticos. Debía ir a retirar unos análisis al centro y decidió llevarse la carpeta con él para ver si el contacto le inspiraba la suficiente fuerza como para culminar el esfuerzo de años.

Le ocurría de vez en cuando considerar que era inminente el final, que las palabras que había terminado de escribir eran las últimas y que el tesoro, al fin, estaba

acabado, pero nunca sabía si esa oportunidad ya había pasado o estaba por venir, obligándose así a atesorar indefiniblemente sus escritos.

A veces se sentaba en un banco de alguna plaza y trataba de imaginar qué iba pensando la gente que discurría apurada. Trataba de relacionar las caras con los estados de ánimo, pero, salvo en los jóvenes y los chicos, sólo veía la misma expresión de desaliento y desánimo.

Se tomó un taxi en Ovidio Lagos y llegó hasta el centro acunado por la suave música de la FM que sonaba a sus espaldas. El taxista hablaba de algo y él contestaba con cortesía, pero no llegaban a mantener una conversación. Pagó y bajó en Córdoba y Presidente Roca y caminó, liviano, entredormido, hasta el Laboratorio. Retiró los análisis y en ese momento se dio cuenta de que la carpeta azul había quedado en el asiento trasero del taxi. Se había quedado dormido nomás, no había otra forma de justificar el olvido.

Estaba cerca de la radio, podía pedir que hicieran un llamado a los taxistas que hubieran encontrado una carpeta azul en el asiento de atrás, pero le pareció improbable. Tampoco iba a perseguir automóviles

negros y amarillos en la calle, no recordaba ni cómo era el taxi que había tomado.

Nunca había creído que las cosas perdidas alguna vez se encontraran. Así como los chicos perdidos no volvían más y vivían en fotos sin edad en el corazón de sus padres, las cosas que la casualidad o el destino nos hacían olvidar tampoco volvían.

Se sentó en el bar frente a la plaza y se puso a leer *La Capital*. Miró por la vidriera. Por suerte los análisis estaban normales y no tendría que hacerse otros. A su edad, le había dicho el médico, es mejor prevenir que curar. Pagó y salió al crepúsculo anaranjado de calle Córdoba. Estaba tratando de distinguir el sentimiento que le producía la reciente pérdida. Ansiedad, temor, alivio.

Se le abría un gran espacio blanco delante de su vida. En el camino decidiría de qué forma se lo diría a Silvia. Contaba con que ella lo entendiera.

Aguas abiertas

1

Alina lo había dejado por apático. Por poca cosa, por tibio también, pero la palabra, la actitud reclamada, era la apatía. Alina se lo explicó y él fingió entender y se mantuvo en su personaje de tipo sensible, comprensivo y humano. Ella lo estaba dejando, se lo explicaba con la emoción de una profesora cantando el himno a Sarmiento y él solamente asentía, carraspeaba, le tocaba la mano y sonreía, triste, pero comprensivo.

No sabía, no se le había ocurrido que Alina esperaba una reacción y que esa reacción no era la que estaba teniendo en ese momento. No esperaba buenos modales ni voces educadas. Esperaba que él la tomara del cuello y le gritara en la cara que la quería y que no estaba dispuesto a perderla, esperaba que él le rompiera de una vez por todas un corpiño con los dientes y le hiciera doler los pezones con sus mordidas, esperaba que cerrara la puerta del departamento y se guardara la llave dentro del calzoncillo. Esperaba experimentar dolor y placer, todo junto, todo mezclado y ardiente. Esperaba, en fin, algo de lo que Rubén era incapaz.

Él nunca quiso hacerle daño a nadie y menos a Alina. La respetaba. La quería, y si ella le decía que no era feliz con él, por el amor que se tenían, debía dejarla ir. Se lo dijo así, mirándola con adoración. A ella no le gustó el tono ni sus palabras, ella no era su madre, no era una amiga del alma, era su mujer, y el hombre, en determinadas circunstancias, pensaba, debía actuar como un hombre, puro y simple.

Cuando la charla pareció agotarse, ella se levanto y se paró enfrente de Rubén, mirándolo a los ojos. En esa mirada había puesto lo último de esperanza en la relación.

Ella lo dejaba porque ya no podía aguantar el ritmo cansino de sus días, pero si él hacía un mínimo gesto, cambiaba el matiz de su mirada o hacía algo inesperado, iba a caer de nuevo en sus brazos.

Él, en cambio, se sintió incómodo y, con esa sonrisita tan suya, le ofreció un café antes de irse. Ella pareció salir de un encantamiento y, desencantada, lo rechazó inventando que tenía que estar rápido en otro lado y se fue.

Se dieron un beso en la mejilla y él le dijo cuidate. Ella le dijo te llamo. Él cerró la puerta y salió al balcón para

verla irse. Apenas pudo adivinar el rumor oscuro de su cabello entre las ramas de los árboles. Estaba un poco triste pero tenía esperanzas. Ella lo quería y él le iba a demostrar que la apatía no iba a dominar más su vida.

Ya había oscurecido y se quedó en el balcón, mirando a la ciudad que rápidamente iba cambiando de forma y de humor. Pensaba en ellos, pensaba en la forma de hacer algo que hiciera retornar a Alina. Debía ser algo extraño, inesperado, algo que él nunca haría. Si elegía bien y esa elección terminaba en un dominio de ese algo, tenía una prueba palpable contra la apatía para enfrentar a Alina.

No se imaginaba nada, es decir, eran tantas las cosas que nunca había hecho que la elección se le tornó improbable. Deportes extremos, pasos de baile, teatro vocacional, militancia sindical, autoayuda natural, devoción religiosa. Los caminos eran infinitos y su idea pareció, de pronto, inoportuna y cruel, pero al segundo siguiente la solución apareció casi sin esfuerzo, como si siempre hubiera estado allí.

Iba a nadar. La natación era la actividad adecuada. No le gustaba el agua. Era friolento. Nunca fue deportista y por ello no tenía un cuerpo preparado para la actividad

física. No era paciente ni metódico. No tenía constancia ni le gustaban las actividades repetitivas. Todo eso iba a necesitar para practicar la natación. Era perfecta. Era como una gran escalera al cielo. Al cielo de Alina.

2

Después de averiguar un poco, recorrer lugares y evaluar costos, terminó decidiéndose por el gimnasio de la Universidad en calle Moreno. Como él era egresado los costos eran bajos y suponía que habría pocos niños, lo que lo tranquilizaba un poco.

Llegó con una malla y una toalla en la mochila y preguntó qué tenía que hacer. Martín, uno de los profesores del turno, le dijo que antes que nada debían evaluar su nivel para darle un grupo acorde. Es para que uno no se sienta menos que los otros, viste, le dijo, aunque al principio vas a ver que el resto nada más que vos, pero todo es cuestión de práctica.

Se tiró al agua, ligeramente caliente, y nadó un largo. Llegó algo sofocado, pero a Martín le pareció bien. Debía estar acostumbrado a nadadores desprolijos. Le dijo que estaba bien y mientras se secaba, le dio a elegir los horarios.

Preguntó en cuál de ellos había menos gente y se anotó.

Al día siguiente volvió, con una sunga negra, gorra de goma y antiparras oliendo a nuevo. La profesora lo presentó al resto del grupo. Con él eran cinco, dos mujeres y tres hombres. Ellos se conocían, pero lo recibieron bien, es decir, lo recibieron como se recibe a alguien en un grupo de natación. Hasta ese momento no había sabido que la soledad le había desarrollado el instinto de aceptación social hasta sobrepasarlo. Se sentía como un niño en su primer día de clases. La sensación de aislamiento y desprotección era tan fuerte como lo había sido cuarenta años antes, y eso le confirmaba que su cabeza no andaba demasiado bien.

Se dedicó toda la hora a evitar cualquier situación que lo arrojara al ridículo. Aguantó cuanto pudo el dolor de su espalda, escupió intermitentemente el agua que pugnaba por bajar por su garganta y cada vez que terminaba un largo, intentaba esbozar una media sonrisa canchera o miraba un punto inexistente en la medianera del fondo, haciendo la parodia de la concentración.

Nunca había pensado que la práctica de la natación requiriera tanto esfuerzo, como tampoco sospechaba que los dolores que iba a sentir no se limitarían a los

brazos, sino que su cuerpo entero sería un enemigo molesto los días siguientes.

Cuando terminó la hora, se retiró lentamente al vestuario y después de veinte minutos consiguió salir caminando. Se quedó esperando en la esquina hasta que un taxi lo llevó hasta su casa, a escasas ocho cuadras del gimnasio. Pagó y alcanzó a escuchar, antes de bajar, al taxista quejándose en voz baja de los viajes cortos y de la falta de monedas.

En el departamento no tuvo fuerzas para cocinar, apenas tomó algo de yogur y se tiro en la cama. Al día siguiente había quedado en ir con Claudio a Venado Tuerto para visitar a unos clientes de la cerealera en la que trabajaban. Le iba a avisar que no pasara, que se sentía mal. Iba a tener que tomarse el día.

3

Ese día durmió casi hasta las once, y se despertó sobresaltado por el desarreglo horario que estaba sucediendo. Siempre había sido una persona de hábitos previsibles. Se despertaba temprano y desayunaba frugalmente. No comía sino en los horarios adecuados y no le gustaba trasnochar.

Por eso, despertarse a las once de la mañana con las actividades de todo el resto de la gente desarrollándose sin él, le causó una cierta conmoción, pero también un placer desconocido.

Era un placer sentirse aislado, ajeno, solo con sí mismo y con su destino. Se puso a recordar la clase de natación del día anterior. No podía identificar aún el grupo en el que estaba, porque había gente que iba y venía y le había dado vergüenza preguntar. Pero aisló a cuatro. Un gordo que era ingeniero civil y había comentado que daba clases en alguna facultad, una flaca de unos cuarenta y cinco años, arquitecta, y dos estudiantes, una chica y un varón. Casi no había intercambiado palabras con ellos, y no atraerían demasiado como grupo de referencia.

Se levantó y se preparó un mate. Puso TN en la tele y después se dedicó a hacer zapping. Llamó Claudio desde Venado Tuerto para hacerle una pregunta y se quedaron hablando un rato sobre el tiempo y los precios de un chapista que les había arreglado la camioneta después de una tormenta de granizo.

Claudio le deseó que se recuperara y Rubén le mandó un abrazo.

Si quería, podía ir a la tarde a trabajar, pero técnicamente estaba con licencia por enfermedad y decidió aprovechar la tarde para caminar un poco.

Antes de salir, trató de recordar los horarios que le habían dado en el gimnasio y se hizo un ayuda memoria que pegó con imanes de rotisería en la puerta de la heladera.

Ya había probado la natación. Sabía que no le gustaba, que le dolía el cuerpo, que por momentos, cuando intentaba no desfallecer con el agua metiéndose en la nariz, se preguntó qué haría allí. Podía dejar de ir o podía seguir. No estaba Alina para decirle qué hacer. No había otra persona capaz de hacerlo. Estaba solo y lo que hiciera era su decisión. Se sentía liviano por ello. Miró la foto de Alina y él en Florianópolis que habían enmarcado y colgaba al costado de la biblioteca. Ella era su mujer. Iba a hacer algo por los dos. Iba a seguir yendo a nadar. A pesar de los dolores en el cuerpo, la natación le había dado un territorio nuevo por explorar, el territorio de las cosas imposibles, aquellas que soñamos cuando somos chicos y que recordamos con nostalgia antes de morir.

4

Durante todo el invierno fue consecuente con su promesa. Iba al gimnasio lunes, miércoles y viernes a eso de las siete de la tarde y se quedaba hasta cerca de las nueve. Nadaba las distancias que le ordenaba Martín y, en los intervalos muertos, charlaba con el resto del grupo.

Cayetano, el ingeniero, había sido deportista en la secundaria pero después se había dedicado al estudio y al trabajo, con lo que se condenó a la obesidad, de la que quería escapar para volver a ser el joven que fue. Pero quien lo viera sabría que eso sería imposible.

Cecilia, la arquitecta, no era separada. Era viuda casi reciente y la natación le servía de terapia, decía. Era más barato que la psicóloga a la que habían ido con su marido a hacer terapia de pareja hasta que un accidente en la ruta 9 se lo llevó junto a tres personas más. Era atractiva, suave, y su cuerpo parecía hablar en los pequeños pliegues caídos, en las pecas y manchitas de su espalda.

Los estudiantes eran callados y cultivaban una apariencia que buscaba el desdén. Parecían situarse a una distancia distinta cuando uno hablaba con ellos,

especialmente Mara, la chica, que estudiaba Derecho y que vivía con su hermana melliza en un departamento que sus padres les habían comprado cerca de Oroño y Santa Fe.

Mara era de Reconquista y tenía una belleza infantil que a Rubén lo turbaba. Le parecía un pecado fuera de lugar mirarle el culo cuando nadaban, y peor aún, desviar su mirada a las tetas cuando la miraba de frente. Ella no lo registraba y con eso parecía estar todo bien, pero se había convertido en el miembro del grupo que él más ansiaba encontrar cada vez que iba.

Ella tenía un novio, con el que la había visto en la vereda, y esa imposibilidad concreta de una relación, le daba un poco de tranquilidad. Al fin de cuentas, se desempeñaba mejor en la vida cuando alguien le decía qué hacer y adónde mirar.

A medida que pasaban los meses y acumulaban horas juntos, una extraña camaradería los incluyó. Se saludaban cuando llegaban y se esperaban en los vestuarios para entrar al agua juntos. Dos veces se quedaron después de hora a celebrar cumpleaños y un viernes fueron a una peña de la Facultad de Derecho.

A Rubén todo eso le parecía bien, pero le parecía mejor la cantidad de largos que podía nadar, el tiempo que podía permanecer en movimiento, la tonicidad muscular que había adquirido, el rítmico ondear de sus miembros cuando se sumergía. Había empezado a nadar por Alina, pero no habían vuelto a verse desde la noche de su cumpleaños, un mes después de la separación.

Rubén la había llamado al mediodía para saludarla y, sin pensarlo cayó a la noche con un ramo de flores y un CD de Gal Costa. Había más gente, amigos comunes sorprendidos por su presencia, desconocidos demasiado cercanos a ella. Se pasó toda la noche en un limbo relacional y esa confusión también incluyó a Alina, que después de un par de veces de dudar en la presentación, terminó por decir "Rubén, un amigo".

No fue una mala noche ni hubo escándalos, solo incomodidad, pero al final los invitados se fueron y ellos se quedaron, casi por costumbre, solos. Estaban bastante borrachos y se miraron con otros ojos. Cogieron en la mesa del living y gritaron, gritaron tanto que Rubén instintivamente bajó la voz, imaginando invisibles vecinos que escuchaban detrás de las paredes.

Después se metieron en la ducha y se enjabonaron entre besos y caricias. Alina lo mandó a la cama y él escuchó que vomitaba, pero ella se volvió a duchar y durmieron abrazados. Rubén, feliz por haber recuperado a Alina, Alina inconsciente de los hechos y sexualmente satisfecha.

Al día siguiente se despertaron a las dos de la tarde y ella hizo todo lo posible por tratarlo distinto, pero volvió a tratarlo como siempre. Él no tenía la fortaleza para reclamarle algo, no se atrevía a utilizar la noche pasada como antecedente de algo, se había quedado con las ganas de contarle lo de la prueba, lo de la natación, porque algo parecía roto, algo que no les permitía volver a hablar como lo habían hecho la noche anterior. O tal vez eso que estaba roto fue olvidado por un momento feliz que él malentendió.

Así que prefirió disimular, aceptar los sandwichitos húmedos que habían quedado de la noche anterior y unos mates lavados antes de irse. No volvieron a verse y él siguió nadando, buscando en la natación una respuesta al desprecio selectivo al que ella lo sometía.

Para el día de la primavera, los profesores organizaron un picnic en La Florida y Rubén fue. La pasó bien, tomó demasiado y terminó tocando "Canción para mi muerte" en la guitarra. Algunos dijeron que iban a correr la Maratón de aguas abiertas que organizaba la Municipalidad en noviembre y que la semana siguiente comenzaban una preparación especial en el río.

Rubén no consideró la idea sino hasta que la semana siguiente, Mara lo invitó. La relación con ella era extraña. Algunas veces parecía estar coqueteando con él, otras veces no le dirigía la palabra. Rubén había terminado por catalogarla como histérica y no tenía edad para soportar idas y vueltas adolescentes, pero ella lo invitó y él aceptó.

Ese día tuvo además, un condimento especial. Después de decirle eso, Mara se metió en el vestuario y Rubén se fue caminando para la pileta, pero volvió para ir a mear y la vio, sin el corpiño, asomándose por la puerta para decirle algo a una chica que estaba de espaldas. Él se quedó parado y no pudo disimular su mirada, pero ella simplemente le sonrió y cerró la puerta. Esa noche soñó con esa franja de piel blanca, casi transparente, que le cruzaba el pecho.

Dos días más tarde, estaban en La Florida precalentando. El día era soleado pero ventoso y Rubén estaba nervioso porque nunca había nadado en el río. Tenía temor de que la corriente se lo llevara, por eso escuchó con atención las indicaciones de los profesores sobre el canal, sobre qué hacer cuando un buque pasara, sobre los loquitos en Jet sky y demás posibles peligros del agua. Eran más de los que Rubén podía procesar, así que se puso a mirar la isla, allá a lo lejos, mientras era arreado hacia el agua.

Nadaron con la corriente a favor paralelos a la costa. Veía las cabezas cubiertas con los gorros y los brazos que se alzaban, rítmicos, desde el agua marrón, como si fueran un cardumen de animales extraviados en zonas desconocidas.

Cuando terminó, supo que iba a correr. Sentía haber llegado a un estadio superior, desconocido, de su actividad física. Nunca había experimentado la satisfacción de un logro con su propio cuerpo y eso lo hizo sentirse infantilmente orgulloso.

La rutina siguió, placentera y estimulante, hasta la semana de la maratón. Iban dos veces por semana al río y esos miles de metros que recorría en el agua marrón,

con la fila de edificios a su derecha como un horizonte de cartón, eran las mejores horas que recordaba de los últimos años.

El viernes anterior al día de la maratón, Rubén experimentó una extraña excitación, como la de los niños que descubren secretos del otro lado de una puerta. Para calmar un poco su ansiedad, se le ocurrió pasar por el departamento de Mara. Llegó cerca de las ocho de la noche y ella estaba estudiando con su hermana y dos compañeros de la facultad. Él se sintió cohibido por el evidente desinterés del resto de los presentes, pero Mara le dijo que la esperara en la cocina que ya estaban terminando.

Rubén se quedó mirando un partido de fútbol español hasta que todos, incluso la hermana de Mara, se fueron. Ella entonces le preguntó si quería comer algo y compartieron unos panchos. Rubén no había olvidado qué lo había traído, pero se sentía bien.

Cuando le dijo que se iba, ella lo miró de otro modo y vio, por primera vez, un reconocimiento, una invitación. Tendió la mano y fueron al sillón del living. Se besaron y él sintió que podía enamorarse de esa chica, pero no quería empañar una buena noche de sexo

con palabras complejas. Cogieron dos veces y después compartieron una ducha. Ella lo invitó a quedarse, pero él prefirió irse a su casa. Era demasiado para la primera noche. En la puerta él le dijo palabras dulces al oído y ella lo miró, asintiendo en silencio, acariciándole la nuca.

El sábado se despertó a las once. La maratón había comenzado a las nueve y ahora seguramente estaría terminando. Se quedó mirando el techo, mirando el reloj, con la cabeza embotada y el olor de Mara a su alrededor. Se quedó en la cama hasta la tarde. Alguien lo llamó al celular y durante la tarde le entraron unos cuantos mensajes, pero decidió apagarlo. Había fracasado. Al final de todo, no era una gran cosa, no se lo había dicho a nadie y por eso nadie le podía reprochar no haberlo cumplido. Se sintió vencido, infeliz, profundamente solo.

Se levantó recién al día siguiente y decidió que no era domingo, que era sábado. Armó su bolso y se fue en bicicleta hacia La Florida. Era temprano, estaba fresco todavía y se iba cruzando con los chicos que salían borrachos de los boliches ribereños. Se metió en la playa y tiró la bici. Se sacó la ropa y la dejó en un montoncito

debajo de la rueda delantera. Se quedó en sunga. Se puso el gorro y las antiparras. Se movió un poco y se metió en el agua. Estaba más fría de lo que recordaba. Iba a terminar lo que había empezado.

Comenzó a nadar, primero en forma pausada, luego a un ritmo vertiginoso pero regular. Al principio le pareció que no lo iba a lograr, pero se sentía fuerte y confiado, hasta que el oleaje producido por un buque de carga y después una isla formada por camalotes lo alejaron de la costa y alteraron el ritmo de sus brazadas.

Le sobrevino una gran fatiga, como si hubiera estado agazapada a la espera de un momento de flaqueza. Su cuerpo parecía haber olvidado los mecanismos necesarios para mantenerse a flote. El agua oscura le inundaba la garganta y un pánico silencioso lo paralizó, acalambrándole los músculos.

Pensó en el comienzo de todo esto, que parecía tan lejano y trató de recordar el camino que lo había traído hasta acá, recordó la cara de Alina, pensó en la absurda confrontación consigo mismo que había distraído su vida en esos últimos meses y si había valido la pena, si ella iba a saber, cuando lo encontraran, qué había hecho, y lo más importante, por qué lo había hecho.

Pensaba en todas esas cosas mientras se hundía, en medio de los camalotes, con la mirada fija en los edificios de la costa que lentamente desaparecían.

Gordos

1

Él era gordo, pero cuando se miraba al espejo, se decía que estaba gordo. La diferencia semántica no era casualidad. Para él, no significaba lo mismo un estado constante y general de obesidad (soy gordo), que el estado transitorio y, por ello, absolutamente superable, de estar gordo. El estar gordo era una circunstancia de la vida, era como un lugar al que se había llegado por un camino equivocado, pero que tenía el camino de vuelta esperándolo, mientras que el ser gordo era una característica constitutiva de su personalidad y por ello, difícilmente superable.

Esta estrategia de abordaje de su problema, novedosa y un poco infantil, pero en su caso, exitosa, le había sido aconsejada por un compañero del Banco que iba a un grupo de Gordos Anónimos que se reunían los martes a las 9 de la noche en la Parroquia Stella Maris de calle Pellegrini. No había mejorado demasiado en la balanza yendo a hablar de su compulsión por la comida, pero al menos se sentía acompañado por otras personas que se encontraban en el mismo infierno social.

Si hubiera nacido en Massachusetts, en Connecticut o en cualquier colonia inglesa desperdigada por el inmenso mundo no tendría ese problema semántico.

Podría usar simplemente el verbo to be para referirse al adjetivo gordo y esa sensación de permanencia o transitoriedad no existiría. Le permitiría sentirse mejor, tal vez.

I'm fat. Estoy gordo, soy gordo, era lo mismo. ¡Qué simplificación lingüística, qué placer semántico!

También le haría sentir mejor vivir en otro lugar, y a veces pensaba que debía hacer como mucha gente y mudarse a los Estados Unidos, a buscar su propio sueño americano, más cercano a la aceptación social de la obesidad que a la diferencia de dólares por hora que podría ganar estacionando los autos de los ricos en los hoteles de Miami. Allá, intuía, los gordos eran muchos más, y parecía que a todos les iba bien, que la vida tenía un lugar para ellos.

Había cantantes famosos, actores y políticos gordos, pero gordos-gordos, más aún que él y sin embargo vivían su vida en forma aparentemente normal, porque pasaban los años y seguían gordos, sin atisbos de

haberse sometido a una dieta o a la receta mágica de una intervención quirúrgica.

Otro gordo amigo del grupo de la parroquia, que había viajado a Disney en el ’95, le había contado que en Sears tenían talles de toda la ropa, talles gigantes, como hasta el 80. Tal vez exageraba un poco, pero se había traído jeans, remeras de los Sharks de Miami, del ratón Mickey de los estudios Universal en talle XXXXL y le juró que había como dos x más. También compró shorts, bermudas (no sabés cómo se usa allá, con una remerita de piqué queda de primera, le decía) y otra ropa de colores estridentes. Él, le dijo, que era un simple 64, conseguiría ropa espectacular.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una moza, que le dejó la coca light en la mesa con la mayor descortesía que se podría practicar. Él, sorprendido, igual le dijo gracias, pero ella se había dado vuelta. Miró su reloj. Roxana debía llegar de un momento a otro.

Se sirvió la coca y miró a las otras mesas. Una pareja tomando un café. El hombre anotaba algo en un papel y la mujer acomodaba los sobrecitos de azúcar y edulcorante en el cenicero. Dos viejos leyendo el diario y comiendo un tostado. Un solitario escribiendo en un

cuaderno de escuela. Tres chicas estudiando. Era media mañana ya y Roxana debía llegar de un momento a otro.

El espejo del fondo le devolvía su imagen, pero la inquietud que le causaba ahora había desaparecido. Había hecho esfuerzos por adelgazar, seguro que sí. Se sentía con experiencia en ello, pero como se recordaba en la intimidad, era un soldado derrotado con honores en la batalla contra la obesidad.

Había probado las dietas más creativas que salían en las revistas, había hecho planes con nutricionistas, se había comprado libros con recetas mágicas, había hecho ayunos que seguían los ciclos lunares, había consumido propóleo y pastillas de distinto origen y escaso éxito. Con ninguna de esas acciones consiguió demasiado. Los kilos que tenía al terminar la secundaria eran casi los mismos que padecía ahora, solamente que se habían caído y formaban blandas bolsas por todo el cuerpo.

Su mejor época fue justo después de la separación con Mercedes, su única mujer, una mujer que lo quiso por lo que era y con la que la gordura no tenía la presencia que tenía en sus otras relaciones. Ella nunca lo llamó gordo, y tampoco era gorda. Se había enamorado de él como se

enamora la gente a veces, sin condiciones y le hizo sentir que el hecho que él fuera gordo tenía la misma importancia de que ella tuviera el cabello teñido. Y no era porque ella era gorda, no, ella era no solamente hermosa, sino también flaca, era la mujer con la que cualquier gordo con la autoestima alta podría haber soñado.

Y él la tuvo y ella lo había querido hasta que lo dejó de querer. Así de simple. Por más que le buscara la vuelta, ella fue tan clara en el principio como en la despedida y se lo explicó pacientemente mientras él asentía, comiéndose los mocos y lagrimeando con la vista baja. Iban a seguir siendo amigos, le aseguró, siempre podía contar con ella. Pero él no la quería como amiga, le dijo, no podría vivir así y, por supuesto, la vida se la llevó.

Todavía recordaba con vergüenza la imagen de la despedida. Él, como un niño pequeño, lagrimeando, dando lástima, llegando a la súplica como único argumento para que ella no se fuera. La imagen misma del desconsuelo.

Pero ella le dijo que le iba a hacer bien, que eran adultos, que la vida le iba a traer una buena mujer. Él tuvo unos días sin calma hasta que se dio cuenta de que

era definitivo, que estaba solo y creyó, como un iluso, que se le abría un mundo de posibilidades, cuando en realidad se le estaba cerrando.

Creyó, también, que para aprovechar esas posibilidades debía mejorar su imagen, porque la imagen lo es todo, como decían los publicistas. Si había sido capaz de enamorar a Mercedes, sería capaz de hacerlo con cualquier otra mujer. Había siete mujeres por cada hombre y él ya tenía la experiencia necesaria para salir a buscar la mujer de su vida.

Recurrió entonces a soluciones drásticas. Hizo ayuno, fue todos los días dos horas al gimnasio, y cinco días a la semana se dedicó a recorrer el circuito aeróbico del Parque Urquiza. A veces tomaba sólo líquido 48 horas seguidas, si comía algo sustancioso tomaba inmediatamente un diurético para que la grasa no se asentara, se acostaba temprano.

Pero las noches se hacían largas y monótonas, la televisión era basura, y no se animaba a salir todavía, se sentía aún inseguro. Había gastado plata en un par de visitas a un departamento con chicas pero no le gustó. Hubiera preferido gastarla invitándolas al cine y a tomar un café, pero ellas no eran de esas chicas. Tuvo noches

extrañas y desesperantes, noches en las que sus sueños estaban llenos de by-pass gástricos y aspiradoras gigantes de grasa que lo dejaban fino como un eucalipto. El esfuerzo no fue en vano, porque bajó casi 9 kilos en dos meses. Después de pesarse, se miró al espejo y le pareció todo un triunfo. Hasta había empezado a notarse el ombligo. Se felicitó y se decidió a ir por más, ya que había llegado hasta ahí, pero la voluntad no fue suficiente y al día siguiente por una tormenta, el otro porque se quedó dormido, el tercero por una despedida de soltero en el trabajo, dejó de tener el control y recuperó lo que había perdido a una velocidad que lo asustó.

Había vuelto casi al punto de partida y reconoció que el error había sido pensar que los 9 kilos eran suficientes. Maldijo el momento en que se pesó y se paseó desnudo frente al espejo, felicitándose en voz alta, observando su figura más esbelta.

Debió haber dejado pasar más tiempo para evaluarse, pero era demasiado tarde para recomenzar. Estaba otra vez en su peso anterior y la voluntad para adelgazar lo había abandonado, había dejado de ser su obsesión,

tanto que hasta dejó de soñar con la aspiradora de grasa que lo dejaba fino como un eucalipto.

2

Un sábado a la tarde se le ocurrió ir al centro a ver vidrieras, de aburrido nomás, y terminó en una librería ojeando unos libros de desnudos. Se enteró de que en el salón de arriba iba a tocar un grupo y subió. Se sentó en el fondo esperando que comenzara y al rato se fue llenando de gente el lugar. Con el recital iniciado, llegó un grupo ruidoso de cuatro o cinco mujeres y se acomodaron donde pudieron. Una de ellas se sentó a su lado y tuvieron que correrse para poder entrar. Ella también era gorda como él y le sonrió cuando se pudo acomodar.

Al final del recital, y cuando bajaban las escaleras, ella le preguntó qué le había parecido. Él, que iba midiendo los escalones para no caerse, se sobresaltó pero le contestó algo que debía haber sonado bien porque siguieron hablando. Se quedaron a tomar un café en el bar de la librería y se despidieron prometiéndose volver a verse. Cuando llegó a su casa se felicitó por no haber

perdido la esperanza y pensó que las mejores oportunidades llegan sin buscarlas.

Roxana era parecida a él como todos los gordos, en un punto, son parecidos. También era gorda, pero era tan femenina que aun gorda era elegante y seductora.

Ella sabía que era gorda, no gordita, como trataba de suavizar él, pero lo tomaba con menos dramatismo que otros. Tenía una resignación casi religiosa con su cuerpo y a él le sorprendía que ella, pudiendo aborrecer al mundo real por toda la belleza desperdiciada en otros cuerpos, no tiñera su vida de resentimiento y amargura.

Después de un tiempo de salir se enamoraron y formaron una linda pareja de gorditos, como se llamaban en la intimidad. Él se sentía a gusto y después de unos meses, se mudó a su departamento de calle Salta. Tuvieron que reforzar la cama, y ese día compartieron alegres las cargadas del carpintero.

Roxana era cajera en una perfumería de calle Rioja y siempre se traía muestras gratis de perfumes y cremas, con lo que, si cerraba los ojos, conseguía una imagen sofisticada y publicitaria de la mujer que tenía al lado.

Como era entusiasta y desinhibida, lo llevó a bailar a lugares donde él siempre se había sentido incómodo. No

podía dejar de pensar en la mirada de los otros cuando veían una pareja de gordos como ellos bailando salsa. Se sintió a gusto, sí, en una peña del Club Brasilero de calle 9 de julio, pero era porque todos eran tan feos y estaban tan borrachos que ellos no desentonaban, ni tampoco había gente que les pudiera prestar atención.

Ella comenzó a decirle que lo amaba. Y que era feliz con él. Que la vida les había dado la oportunidad de encontrarse y le regalaba tarjetitas con frases de amor que compraba en una librería de la vuelta del trabajo.

Él era afectuoso pero luchaba con la incomodidad. No sentían lo mismo, pero él se cuidaba de decírselo. La obesidad lo había dotado de un tacto mayor al del común de la gente, pero algo andaba mal en su mundo y no era ella. Sabía, en el fondo de su cabeza, que lo que lo molestaba no era Roxana, sino la imagen que daban los dos, gordos, rotundos, frente a la mirada de los otros.

Le parecían cercanos al patetismo, desesperados náufragos que encuentran a su alma gemela, igual de desesperada y disfuncional para hacer frente a las olas del mar social. Sabía también que eran suposiciones suyas de cómo lo verían los demás, porque muy pocas

veces sintió en verdad lo que intuía, aunque, ahora recuerda, un día un chico en el Parque España los señaló con el dedo y se los mostró a su madre, que sonrió, él no supo si por condescendencia con su hijo o con ellos dos. Él le hizo una mueca y el ademán de dispararle al chico con una pistola formada con sus dedos, pero pese a su ánimo jocoso, se sintió mal.

Se sirvió otro trago de la coca y la sintió tibia y demasiado artificial, como todos los alimentos dietéticos a los que había acostumbrado su paladar. Le venían a veces ganas de vomitar pero se reponía. Y Roxana debía llegar de un momento a otro.

Miró otra vez el bar. Todos estaban en sus cosas y esa extraña impersonalidad del lugar público mantenía al murmullo de voces por debajo del volumen del televisor sintonizado en TN en el fondo.

Roxana entró y él notó que el ambiente del lugar se alteraba un poco como en cualquier bar cuando entra una persona, se dijo. Alguno se dio vuelta a su paso, alguien levantó la vista del diario, el murmullo descendió un grado su volumen. Ella pasaba entre las mesas sonriendo, haciendo revolear su cartera inmensa entre las cabezas y con ese bamboleo que a veces le

resultaba atractivo y otras ridículo. Al llegar a la mesa le estampó un beso en la boca y le dijo:
–¡Que hacés, mi alfajor grandote!

3

Roxana agradecía tener una personalidad distinta a la de su madre. El exceso de peso no le había quitado un centímetro de autoestima y se sentía a gusto no solamente con su cuerpo, sino con su vida.
Su madre, al contrario, consideraba que había fracasado al no criar a una barbie sino a una gordita. Nunca se lo había dicho a su hija, porque pensaba que los padres debían guardar sus frustraciones muy adentro para no pasárselas a los hijos, pero ese estado de ánimo hacía que la relación con su hija nunca hubiera sido lo intensa que había soñado cuando se enteró de que iba a ser madre de una nena. Ella confiaba en que la crueldad inherente a los niños no dañara en demasía a su hija y que las conductas y maneras aprendidas en el hogar fueran suficientes para soportar ir por la vida con ese cuerpo.
Cuando era bebé y ya padecía de obesidad genética, como se la había diagnosticado una pediatra muy joven

que atendió su parto en el Sanatorio Italiano, su madre se ocupó de averiguar con nutricionistas la forma de educar a su hija en el buen comer, como ella decía. Pero a pesar de los esfuerzos y de la comida especial y supuestamente de bajas calorías, Roxana se fue convirtiendo en una gordita, simpática y con una cara redonda de cachetes inflados.

En la adolescencia se había arreglado con su vida bastante mejor que muchos otros. Había sido una buena alumna, había salido elegida la mejor compañera del curso durante los cinco años de la secundaria en el Liceo Avellaneda y siempre tuvo disposición para la ayuda y solidaridad con sus compañeros, no por sentirse inferior e inspirar lástima, sino solamente por tener buen corazón.

Sus profesores la trataban con cariño y ese microclima escolar, que ella creaba a su alrededor como un dinamo silencioso e invisible, le hacía creer que podría resolver las cuestiones de la vida diaria fuera de la escuela.

Es decir, por más que todos la quisieran, que fuera la mejor alumna y mejor compañera, que todos la buscaran para armar algún proyecto, no dejaba de ser la gordita y, por eso, sus experiencias afectivas siempre

fueron nerviosas, apuradas, insatisfactorias, por no decir sencillamente degradantes en algunas oportunidades.

Sabía que algunos chicos pensaban que por ser gorda nadie se la iba a coger y por eso se ofrecían en cualquier momento como magnánimos caballeros de la edad media, para regalarle un momento de placer a la gorda que seguramente tanto lo necesitaba. Algunos, en vez de saludarla, simplemente le decían "¿Querés coger?" y se reían.

Ella no contestaba o escupía al suelo mirándolos a los ojos, pero cuando estaba sola muchas veces deseaba que las cosas no fueran tan enredadas, que ella no se viera obligada a estar siempre a la defensiva y que pudiera, sí, disfrutar de ese momento y ese golpe de semen como cualquier chica, pero que luego ello no fuera utilizado en su contra, como si fuera inadmisible que ella sintiera deseos y amara.

Por eso y otras derivaciones de la crueldad adolescente nunca tuvo novio.

Terminó la secundaria y se anotó para estudiar Analista de Sistemas en un instituto terciario, y se recibió, como no podía ser de otra manera, a tiempo y con un buen promedio, pero no consiguió trabajo. Eso no la

preocupó demasiado, ya que se había dado cuenta, tarde, de que no le iba a gustar trabajar frente a una pantalla en resto de su vida.

Al año siguiente su padre murió, y con él la seguridad económica en la familia. Su madre nunca había tenido la necesidad de trabajar, era una gran ama de casa, como decía siempre tras alguna discusión con su padre, que si él le hubiera pagado el sueldo de una doméstica por todo el tiempo que había trabajado tendría auto y vacaciones.

Pero eran esas cosas que se decían en la calentura discursiva y Roxana nunca las tomaba muy en serio, como no tomaba muy en serio nada de lo que le dijera su madre.

La falta de su padre sumió a su madre en un estado de desconsuelo y desorientación que apenaba a cualquiera que la conociera. Su madre se sentía incompleta, sola, infeliz, sin futuro a la vista y absolutamente inútil para colaborar en la subsistencia económica de la familia, salvo para cebar unos mates.

Roxana, en cambio, y gracias a que su autoestima la había galvanizado aun de las opiniones equivocadas de su madre, decidió dejar el luto en casa y salir a buscar

algún trabajo para que la vida doméstica no se resintiera.

Con su simpatía compensaba la abrumadora presencia física y así pudo conseguir trabajo en una mercería de calle San Luis, y después de que la dueña no aprobara un comentario jocoso sobre una clienta, fue promotora de nichos de una Mutual, vendió celulares y planes de salud y hasta recorrió los colegios ofreciendo juguetes didácticos, pero los trabajos la iban dejando a pesar de su empeño y buena voluntad.

Terminó como cajera en una perfumería de la peatonal y allí conoció a Lucas, el primer gordo de su vida. Ella no lo llamaba gordo, y nunca lo haría. No le gustaba jugar con fuego.

Él traía los pedidos del mayorista en un carro de metal que debía hacer circular cuatro cuadras por la peatonal y luego una cuadra y media por la angosta vereda de calle Laprida. Venía dos veces a la semana y ella debía chequear que todo estuviera bien.

Al principio hablaban obviedades, del tiempo, de Tinelli y cosas así, pero entre los dos comenzó a generarse una leve atracción, un juego de reconocimientos leve y banal que tuvo su clímax el día en que él le dijo que tenía dos

entradas para ver a Los Palmeras en Sportivo América y comenzaron a salir.

Ella se enamoró por primera vez y creyó que el amor iba a ser eterno. No le daba vueltas al asunto, era una gorda feliz porque tenía una pareja y hacía cosas que hacían las parejas.

Pero el idilio terminó demasiado pronto. Lucas dejó de venir a la perfumería un día porque lo habían trasladado al depósito de zona sur y los llamados se hicieron más espaciados, hasta que todo acabó por la fuerza de la ausencia más que por la decisión de alguno de los dos. Ella se preguntó entonces si no se había enamorado de un espejismo, de la idea del amor, si su intensa necesidad de ser una mujer amada no le había jugado en contra y la había hecho chocar con la indiferencia habitual de las relaciones pasajeras. Ella confiaba en que no fuera así, porque temía no tener una segunda oportunidad, aunque, se consoló, esa sensación la debería sentir cualquier persona después de un desengaño amoroso.

Su corazón había quedado demasiado expuesto y utilizó las mismas defensas que usaba contra su madre para

defenderse de los hombres. Su autoestima la iba a salvar y ella sería una gorda sola y feliz.

4

Cuando Rolfi conoció a Roxana le pareció que estaba preparado para iniciar otra relación. No sabía cómo, pero sentía que finalmente había logrado superar el dolor del abandono de Mercedes y que tenía frente a él la primera oportunidad de probar. Una breve luz de felicidad los bañó por un tiempo, pero la potencia de esa luz iba a decaer pronto, tanto que no iba a darse cuenta sino cuando no hubiera más remedio. Que es lo que siempre ocurre.

Y ahora, en el bar, Roxana estaba sentada junto a él y le contaba una bronca que había tenido con una clienta y otras cosas del trabajo, dibujando con los dedos, como hacía siempre, en una servilleta mientras hablaba, pero él ya había chocado con la inquietud, y estaba desenfocado de la charla y de ella, había dejado vagar su mente por el pasado porque ya no estaba a gusto con ella.

Había visto a Mercedes unos días antes en un semáforo. Ella iba manejando su Gol y no lo vio, pero se sintió

cercano a ella, tanto que caminó hacia el auto para saludarla, pero el semáforo se puso verde y la fila de autos comenzó a moverse. Él se quedó parado con un pie en el cordón, mirando cómo el baúl del Gol se alejaba por Ovidio Lagos hacia el sur.

Él interpretó ese encuentro inesperado y casual como una premonición, y su ansia de reiniciar la relación comenzó primero como una idea, pero el paso de las horas la fueron transformando en una certeza que debía perseguir.

Si el destino existía, ese día le había dado una señal. La presencia de Roxana había desaparecido de su cabeza, y, tristemente, se dio cuenta de que no la tenía en cuenta ni aún para producir celos en Mercedes en el caso de que lo quisiera hacer.

La gorda no produciría nada en nadie. Tal vez los dos juntos producirían lástima en las almas sensibles y nada más. Recordó cómo los había mirado un chico en la cola del supermercado, extasiado por la inmensidad de sus cuerpos, los miraba como si ellos fueran tristes animales fuera de su ámbito natural.

Esa noche decidió iniciar un plan de reconquista de Mercedes, lo que también lo obligaba a dejar a Roxana,

pero, por supuesto, a Mercedes no volvió a verla, ni tuvo la entereza de sorprenderla con un llamado, por lo que aún estaba a tiempo de dejarlo ahí, de que todo fuera un mal momento más de su vida, pero él se empecinó a seguir con una insensata esperanza, como si verla sola certificara que no tenía pareja y que tal vez lo extrañara.

No iba a ser capaz de saberlo si no la buscaba, pero le parecía indigno aparecer de pronto como un mendigo de afecto. Debía ser una casualidad, un momento de reconocimiento instantáneo y efectivo, que los convenciera de una vez y para siempre que eran el uno para el otro. Debía estar preparado para ese momento, se estaba preparando, y caminaba sin descanso buscando el Gol blanco por los lugares donde sabía que ella se movía.

Pero en este momento estaba Roxana frente a él, entusiasta e ignorante de sus pensamientos. La observó como si no la hubiera conocido nunca y le produjo una profunda lástima. Ella le había contado que era gorda desde chica, lo que a él no le había sucedido, y para mitigar su culpa por hacer lo que estaba destinado a hacer, trató de imaginarla sufriendo la crueldad de sus

compañeros de la primaria, sus lágrimas de impotencia ante la ropa hermosa que dejaría de usar en los cumpleaños de quince, su resignación ante la soledad de los encuentros.

No iba a poder explicarle nada sin que pareciera un terrible hijo de puta. No se sentía capaz de enfrentarse a preguntas y cuestionamientos, y menos a contar algún porqué. No podía decirle, justamente él, que la dejaba por gorda. Sería penoso y gratuito.

Miró el reloj y vio que ya eran cerca de las siete. Mercedes salía a esa hora de la oficina y, si iba en auto, debía pasar por Sarmiento y Zeballos para ir a su departamento. Estaba a solo dos cuadras. El entusiasmo por el posible encuentro lo había sobrepasado y practicaba mentalmente frases casuales para llevar adelante el encuentro sorpresa.

Alargó la mano y apretó la de Roxana. Su calor lo llenó de presagios y le estranguló la garganta. Ella lo miró, divertida y le hizo un guiño con el ojo. Él, sonriendo, con otro guiño, le dio un beso en el dorso y le dijo chau.

Se levantó y se fue. Ella se había quedado en medio de una explicación contable y casi no lo vio salir en un fugaz segundo por la puerta vaivén. Reaccionó a lo que

estaba pasando y se levantó de improviso, pero tiró las tazas al piso. Una moza de la mesa de al lado se dio vuelta y trató de ayudarla, pero ella quería salir de ahí. Recordó entonces que no habían pagado y se resignó. Se sentó de nuevo en la silla, sin importarle que estuviera mojada de soda y abrió la cartera. Buscó cambio para pagar y se detuvo con los billetes en la mano al darse cuenta de lo que estaba pasando. Dejó la billetera. Sacó un pañuelo y lo apretó fuerte. Levantó la cabeza, suspiró y cerró los ojos.

Hijos

"No tenemos hijos" era la frase que usaban. La decían al unísono, o uno de ellos se adelantaba al otro, que lo aprobaba con una leve sonrisa. Lo decían en un tono apenas distinto, pero notorio, al que venían utilizando en la conversación cuando alguien hacía la pregunta. Era una forma de cerrar toda posibilidad de acercamiento al tema.

A veces, debían recurrir al "No *queremos* tener hijos", pero eso ocurría de manera esporádica, en una conversación demasiado íntima, aquellas en las que las parejas amigas han llegado al punto en que pueden dejar de hablar de los demás y pasar a hablar de sí mismos, o demasiado exasperante, por ejemplo, el reclamo de algún familiar que considera a los hijos la única justificación del matrimonio y a ellos como personas irresponsables y egoístas, inmaduros por pretender seguir viviendo una suerte de adolescencia eterna y sin compromisos.

Llevaban doce años de casados y esa decisión conjunta los había unido mucho más que cualquier otra que pudieran haber encontrado. No se trataba de impedimentos físicos, hormonales, enfermedades hereditarias ni disfunciones sexuales. Ellos consideraron al principio de su relación que no era el momento para tener hijos, que iban a ir mejor por la vida sin esa responsabilidad, tal vez por eso se consideraban mejores que aquellas personas que, cediendo a los valores ancestrales de la familia y la descendencia, traían hijos al mundo para después ignorarlos, agobiarlos con sus malas conductas y condenarlos a la infelicidad, las fantasías religiosas o un recorrido inacabado entre las diversas etapas de la ayuda psicológica.

No, ellos eran más sinceros. No querían tener hijos, y el paso del tiempo y cada encuentro con las parejas que sí los tenían acentuaba aún más la decisión. Podían encontrarse en el pasillo de algún supermercado, ellos dos eligiendo cuidadosamente las compras y los padres con hijos en un estado de aceleración y cansancio permanente, o en el shopping, como resignados perseguidores de pequeños irascibles. Cuando se trataba

de invitaciones a comer, el encuentro seguía las mismas pautas, fuera quien fuera el anfitrión del momento. No se podía escuchar música adulta, había siempre un televisor con dibujos animados encendido en algún lugar y las conversaciones eran caóticas, entrecortadas y poco satisfactorias. Los anfitriones debían levantarse en forma alternada y a veces ambos a la vez, para mediar entre furibundos ataques de celos, resolver gritos, reclamos y llantos varios, todo dentro de un clima de sonrisas forzadas y encogimiento de hombros, al estilo de "qué se le va a hacer, son chicos".

Marcelo era arquitecto y Lucía, traductora. Él había formado con dos ex compañeros de facultad una pequeña empresa constructora y se dedicaban a reciclar casas antiguas, o demolerlas para construir edificios de mediana calidad y diseño elemental, pero que dejaban una ganancia importante gracias a la gente del campo, que eran sus principales clientes.

Ella trabajaba en su casa para una editorial especializada en ciencias médicas de Buenos Aires y traducía artículos y estudios diversos que luego se publicaban en las revistas de los Colegios profesionales

o en las de publicidad de los laboratorios farmacéuticos. Era un trabajo anónimo y bastante bien pagado y siempre que la veía no dejaba de agradecer a Sandra, del Colegio de Traductores, haberle conseguido ese trabajo.

Trabajaban tranquilos en ocupaciones que disfrutaban, ganaban el dinero necesario para vivir bien, no estaban atados a horarios de terceros ni sujetos a la disciplina de una relación de dependencia, y eso colaboraba con la sensación de libertad y serenidad que era el estado natural de su pareja.

Él se consideraba un arquitecto con un gusto refinado, pero construía cajas de zapatos verticales. Tenía utopías profesionales, sí, como la de ser contratado para hacer la reforma de alguna de las inmensas casas que había en Fisherton o en la barranca de La Florida, pero eso aún no había ocurrido, por lo que se conformaba con seguir jugando a diseñar con el Autocad y a guardar en una carpeta que llamó "Mis ideas" las ideas geniales que algún día iba a construir. Ella, a su vez, disfrutaba perfeccionando su inglés con las series del Warner Channel, mientras programaba viajes conjuntos. Tenían

la particularidad de estar siempre recordando el último viaje y proyectando el siguiente.

Habían viajado por todo el país, en auto y en colectivo. Fueron a hoteles cinco estrellas y también a campings democráticos y aislados. Recorrieron New York en zapatillas, se dieron el gusto de ir a San Francisco, Praga, Lucerna, Florencia, San Petersburgo. Tenían una biblioteca especialmente dedicada a los álbumes de fotos de sus viajes. Todos estaban etiquetados con fechas y lugares recorridos, y en casi todos Lucía había puesto comentarios al lado de cada foto. Le gustaba ese gesto y era, además, una buena forma de pasar el tiempo.

A veces, cuando él la veía absorta y feliz rellenando etiquetas, solo a veces, se preguntaba si los recuerdos que iban sembrando serían para alguien más y que no desaparecerían cuando ellos murieran, pero era una duda que lo incomodaba y decidía, normalmente, dejarla pasar.

II

Una noche habían sido invitados a comer un asado a la casa de Tomás y Laura, amigos de Marcelo desde los

tiempos de la facultad. La velada fue particularmente enojosa y tensa, entrecortada, con temas de conversación que se iniciaban y apenas al momento desaparecían en la vorágine del hogar.

La causa, como siempre, las desigualdades que planteaban en el discurso y la camaradería la presencia de los hijos, en este caso, los tres de sus amigos, aumentados por dos amigos del varón que habían venido a dormir y se dedicaron a percudir la pared del fondo a pelotazos y una amiga de la hija mayor, casi adolescente, y por principios antipática, herida en su amor propio y cargada con un maltrato y soberbia acorde a su edad.

Terminaron los dos viendo álbumes de fotos que Tomás tuvo la deferencia de dejar en una pila sobre el piano, mientras ellos se encargaban de ordenar a sus hijos y sus amigos hasta que se hizo demasiado tarde para retomar el interés por el encuentro.

Esa noche después de coger, mientras ella se daba una ducha y él hacía zapping en la televisión desde la cama, Marcelo se puso a pensar en los hijos de sus amigos y en

el resto de los chicos que andaban dando vueltas por la casa.

Lucía estaba escandalizada por el quilombo que hacían y por la dependencia que generaban en los padres. No tienen vida propia, le dijo, y era cierto, era su frase de cabecera, pero él había sentido un cierto cosquilleo, como si su reloj interior le avisara que se avecinaban tiempos distintos.

El iba a cumplir en dos días 35 y Lucía a fin de año, 36. Recordaba declaraciones de médicos en programas de televisión acerca de los riesgos de la maternidad después de los 40, comenzó a plantearse el tema solo porque sabía que si lo quería hablar con Lucía debía hacerlo muy convencido.

Sus pensamientos vagaban sin sentido y lo llevaron a las cosas de su padre que tenía en el estudio. Su vieja máquina fotográfica Canon reflex, los binoculares con uno de los lentes rajado, la lupa que utilizaba para leer ahora que estaba llegando a los últimos años de su vida, las fotografías de sus parientes en Europa, rostros serios y redondos que lo miraban desde papeles sepia.

Si tuviera hijos, se dijo, planteándose una hipótesis nueva, si los tuviera tal vez su vida podría ser recordada por ellos de la misma manera, y eso fuera algo bueno. Tal vez el tiempo de no tener hijos estaba terminando y podía pasar a la fase siguiente, a la de construir una paternidad y un legado.

La naturalidad con que se acomodó a la idea le dio la pauta de que se había ido formando en su cabeza con el tiempo, que estaba esperando allí y ahora era verbalizada.

El agua de la ducha dejó de caer y su mente todavía vagaba por esas ideas cuando Lucía lo salpicó con el pelo mojado. Le gustaba sacudírselo como un perrito, y así lo hacía cada día de su vida. Después se lo secaba con una toalla y un par de minutos con el secador de pelo.

Se puso la bombacha y un camisón casi transparente por el uso. Se acostó a su lado y él apagó el televisor. Ella se movió y le contó que hacía unos días le estaba dando vueltas en la cabeza hacerse una ligadura de trompas para dejar de tomar las pastillas, porque Marchissio, el

ginecólogo, le había dicho que la toma prolongada podía afectar su organismo.

Marcelo escuchó a Lucía con su habitual tranquilidad, pero no pudo evitar una mueca de sorpresa por la noticia. Despegó sus ojos del techo y suspiró. Se enderezó y se sentó en la cama, recostado contra el respaldar. Lucía parecía, a veces, la chica de la que se había enamorado. La tomó de la mano y él la siguió escuchando, haciendo todo lo posible por que sus ideas no lo traicionaran.

III

Lucía se hizo la ligadura de trompas y Marcelo, dos meses más tarde, y después de mucho meditarlo, decidió hacerse la vasectomía. No había tenido la valentía de hablar con Lucía de sus dudas sobre la paternidad. Tenía miedo de perderla, aunque le parecía un rasgo tortuoso de su vida tener que elegir entre ella o los hijos. Decidió poner un punto final al tema. Era un acto de fe en su relación, relación que venía así, sin

hijos. Si no estaba demasiado convencido, hizo lo posible para que las dudas aparecieran solamente en los instantes que precedían al sueño.

Al año siguiente decidieron conocer Asia y se prepararon para un viaje que duraría 3 meses. Irían a China, Japón y Vietnam del Sur. Volvían a ser solo ellos. El futuro parecía tan inmenso que ambos se miraban y deseaban más estar uno con el otro.

A la semana de su partida, Pedro, el padre de Marcelo tuvo un accidente cerebro vascular y quedó parapléjico. Tuvo la suerte de que el desvanecimiento le ocurrió en el palier del edificio mientras charlaba con Evelio, un vecino con el que solía jugar a las bochas en el Parque Urquiza. Evelio llamó a ECCO y lo acompañó en la ambulancia hasta el Británico, donde estuvo con él hasta que se hizo muy tarde y regresó a su casa.

A la tarde siguiente lo fue a ver después del trabajo y se sorprendió de que Marcelo no estuviera. Preguntó a la enfermera y ella le informó que nadie lo había ido a ver, así que buscó la guía y lo llamó, pero solamente pudo dejar un mensaje en el contestador. Como había que

hacer los trámites de OSDE, la enfermera le dio los papeles y él se encargó de presentarlos. Volvió al Sanatorio y se quedó un rato acompañando a Pedro, pero se hacía tarde otra vez. Se le ocurrió, antes de salir, sacarle la llave del departamento a ver si encontraba alguna otra forma de contactarse con Marcelo. Se sintió un poco mal por eso, pero se autojustificó por su deseo de ayudar.

Esa noche entró al departamento y encontró un número de celular anotado en la heladera, pero lo pasaba inmediatamente a la casilla de mensajes. Al día siguiente fue hasta el departamento y le pasó una nota por debajo de la puerta. Ya no sabía qué hacer, y en el trabajo le comentaba a sus compañeros que Marcelo era un desamorado, que siendo el único hijo y con un padre tan anciano, era inconcebible que no estuviera ubicable. "Cualquiera puede tener un accidente o enfermarse y el tipo ni se entera, andá a saber por dónde mierda anda y el viejo muriéndose", terminó.

A la semana siguiente en el Sanatorio todavía esperaban que algún familiar viniera a hacerse cargo para darle el alta, pero ante la ausencia de Marcelo, el médico

autorizó a Evelio a llevar a Pedro a su casa. Fueron en una ambulancia y la persona que dejaron en el departamento no se parecía en nada a la que lo había abandonado una semana atrás.

El enfermero lo ayudó a acomodar la cama para acostarlo. Pedro tenía un solo ojo abierto y babeaba, con medio cuerpo paralizado y Evelio se quedó mirándolo, sin saber si comprendía algo, si lo reconocía, si había alguien aún dentro de ese cuerpo.

No sabía qué hacer y no podía irse a su departamento, ni estar tranquilo sabiendo que Pedro estaba solo y sin cuidado a unos metros. Seguía llamando a Marcelo desde la desesperanza, preocupado porque no le parecía que esa fuera su obligación, lo había hecho hasta ahora porque era buena persona y porque le daba lástima que el pobre viejo estuviera solo, pero algo le decía que no estaba bien, que no podía seguir haciéndolo.

Le parecía una situación injusta porque o se hacía cargo o Pedro moría. Evelio era mozo, trabajaba en El Cairo desde hacía más de 40 años, y no estaba en situación de cuidar a otra persona, pero el dilema era demasiado

fuerte, no tenía corazón para dejarlo solo en esas condiciones. Tenía que hacer algunos arreglos, pero no lo podía dejar sin amparo.

Como Pedro no podía valerse por sí mismo, Evelio le consiguió una señora para que lo cuidara. Elba venía todos los días desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde y se encargaba de limpiar el departamento, cocinarle algo y darle la comida en la boca. No quería cambiarle los pañales, porque no era enfermera, le dijo, pero iba a conseguir una señora que lo hiciera. Evelio salía a las tres y se venía corriendo hasta el departamento donde le esperaba la primera tarea del día, que era cambiarle los pañales a Pedro y limpiar un poco.

Cuando lo hacía cantaba un tango para adentro, o hablaba con Pedro como se habla con un perro pequeño. Le hacía comentarios que había escuchado de los clientes del bar o le contaba algunas anécdotas de su infancia en Baigorria, siempre se escuchaba su voz, pero Pedro no parecía reconocerlo ni parecía estar allí.

Después de dejarlo en la cama, limpio, se iba a su departamento y se bañaba. No tenía demasiado para hacer durante el día, pero le gustaba escuchar la radio y leer el diario o las revistas que la gente se olvidaba en las mesas y que se turnaban con sus compañeros para llevarse.

Después, a eso de las ocho, volvía al departamento de Pedro para ver cómo andaba. Pedro seguía respirando y Evelio recorría el lugar mirando las cosas y buscando dinero, porque estaba pagando cosas de su bolsillo a la espera de que Marcelo volviera. Pero Pedro no tenía nada oculto, solamente algunas cosas de oro, seguramente recuerdo de su señora, guardadas en un cajoncito interno de la cómoda del dormitorio.

Evelio entonces se sentaba en el living y encendía el televisor. A veces se quedaba dormido y lo despertaba una urgente intuición de que algo malo estaba pasando, pero iba al dormitorio y se encontraba con el mismo cuadro. Antes de irse repetía la misma rutina. Cambiarle los pañales, limpiar como pudiera las cosas, dejar todo lo mejor posible, darle las buenas noches a Pedro y rogar por que al día siguiente Marcelo apareciera.

Una noche decidió quedarse a dormir porque, sin querer, se había acostumbrado a la nueva situación. Trajo la ropa que iba a usar al día siguiente y se acostó en el otro dormitorio. No tenía sueño, así que se puso a charlar, contándole a Pedro anécdotas del bar. Le contó que había conocido a todos los famosos que habían pasado por Rosario porque siempre se daban una vuelta a conocer al bar. Él era un poco tímido pero se había sacado fotos con algunos, se las sacaba un chico que era fotógrafo de La Capital y las guardaba en su casa, alguna vez se las iba a traer. Se había hecho amigo, sí, del Negro Fontanarrosa y los otros muchachos, "el Negro era un capo", le decía, demasiado canalla nomás, ja, se rió, yo soy lepra, pero siempre nos llevamos bien.

Habló hasta quedarse dormido y al día siguiente lo despertó Elba. Se había retrasado para ir al bar. La mujer estaba tan sorprendida de su presencia como él, pero se limitó a hacer su trabajo. Evelio llegó tarde, y le ofreció al encargado quedarse un rato más para compensar. Trabajó todo el día afectado por el cambio en su rutina y pensando en cómo Elba lo estaría tratando a Pedro.

A la tarde volvió y limpió a Pedro. Se hizo un mate y se sentó al lado de la cama a contarle el día. Se le ocurrió traer el televisor del living para dejarlo con alguna compañía cuando se fuera, así que lo instaló en un rincón del dormitorio y se quedó mirando un partido hasta cerca de la medianoche.

Ya había mudado un poco más de ropa de su casa y se había instalado definitivamente en el departamento. Había dejado de llamar a Marcelo y la situación se había estabilizado. Con Elba se llevaban bien, y con Silvana, la enfermera que venía a ayudarla también. La chica era bastante simpática, y un día les dijo que parecían novios. Él se ruborizó, Elba no.

Un día tuvo que pedir un adelanto en el trabajo porque no le alcanzaba la plata para los pañales y unos remedios que le había pedido el médico que trataba a Pedro y cuando volvió se le ocurrió hacer una revisión más profunda del departamento a ver si encontraba algo de dinero, porque se estaba preocupando por el futuro. Ya había descontado inconscientemente que Marcelo no regresaría, tal vez estuviera viviendo en otro país, o

incluso hubiera muerto y él se había hecho la idea de cuidar a Pedro todo el tiempo que fuera necesario.

Así fue que sacó la ropa de los placares y la puso sobre las camas, abrió cajas de zapatos, sacó cajones de los muebles, todos los libros de las bibliotecas, que iba revisando uno por uno a ver si dentro de alguno no había billetes, papeles, cheques. Revisó los bolsillos de los trajes y los abrigos, el interior de los zapatos, las latas de la cocina, pero la búsqueda fue infructuosa.

Demoró cuatro horas y cuando terminó, se asustó de lo que vio. Si tenía la mala suerte de que llegara a aparecer Marcelo nada de esto le iba a parecer bien. Estaría en una situación difícil de explicar, cualquiera que no lo conociera lo primero que pensaría era que se había aprovechado de la enfermedad de Pedro para robar.

Se apresuró entonces a guardar todo en su lugar, en una febril actividad que lo mantuvo despierto hasta casi la madrugada. Cuando al fin terminó, descubrió que se estaba equivocando, que no debía ir más allá del lugar al que había llegado.

Había sido un espejismo, Pedro no era su familia ni su amigo, era solo un vecino al que la casualidad había cruzado en su vida y que él se vio obligado a ayudar.

Se volvió a su departamento con sus cosas a cuestas y al día siguiente no fue a trabajar. Llamó para dar parte de enfermo y se quedó todo el día dando vueltas, pensando en Pedro y su soledad, en Pedro y su hijo ausente, lo que también era pensar en él y su soledad, en él y los hijos que nunca había tenido.

A la tarde sonó el teléfono y lo despertó de la siesta. Era Marcelo, el hijo de Pedro. Había estado de viaje en Asia y recién había llegado. Le dijo que había encontrado la nota debajo de la puerta. Evelio le explicó lo de la descompostura de su padre y él le dijo que iba a llegar en un momento.

Evelio se levantó y se cambió. Lo esperó en la puerta del departamento. Marcelo entró con su llave y se paró frente a la cama de su padre con una mirada ausente. Le acarició la cabeza y se dio vuelta hacia él. Le preguntó quién lo estaba ayudando. Evelio le contó en pocas palabras lo que había hecho, la búsqueda de la señora

que lo cuidara, las atenciones, los gastos, los problemas con OSDE y demás cuestiones, cuidándose de no parecer ansioso o exigente en la búsqueda de una compensación por el trabajo hecho.

Marcelo lo escuchaba pero pensaba en otra cosa. Cuando terminó de hablar le agradeció, y le dijo que lo que le pasó a su padre era una desgracia para todos. Evelio asintió, algo incómodo, por sentirse incluido.

Después se sentó en la cama e intentó hablar con su padre, pero él no se movió.

–¿Siempre está así? –le preguntó a Evelio.

–Sí, desde que lo trajeron del hospital, sí, a veces parece fijar la vista pero nada más.

Marcelo sintió la caída de un peso sobre su cabeza. No estaba preparado para esto.

–Mirá, Evelio –le dijo–, yo por el trabajo estoy mucho tiempo afuera, vivo lejos, en un departamento chiquito, mi mujer trabaja allí, no tengo lugar para nada…

–Sí –dijo Evelio, sin entender bien hacia dónde se dirigía la conversación.

–Se me ocurre que él está bien acá, en su casa, y que vos lo cuidaste tan bien, que, no sé, me gustaría que lo siguieras cuidando, que le hagas compañía.

Evelio no entendió al principio la pregunta, después cayó.

–Un sueldo, decime –dijo Marcelo– qué sueldo te parece.

No supo qué contestar. Marcelo le preguntó entonces más lentamente, como si se dirigiera a un niño pequeño, cuánto le pagaban en el Cairo. Él le contestó y Marcelo le ofreció la mitad, más todos los gastos. Todos, incluida tu comida si tenés que quedarte a comer o a dormir, le dijo. Y las señoras esas que vienen a limpiar también, yo me hago cargo de todo.

Evelio estaba sorprendido por la oferta y se dio cuenta de que sonreía con una estúpida alegría, como si todo fuera una gran sorpresa de cumpleaños. Aceptó, no tanto por el dinero, que no necesitaba, sino porque no

quería perder el precario equilibrio espiritual que había conseguido con Pedro.

Marcelo entonces le estrechó la mano y le palmeó la espalda. Después dijo que si todo estaba bien él se iba porque tenía un montón de cosas que acomodar del viaje. Evelio le dijo "andate nomás, sabés donde encontrarme".

Marcelo se dirigió al auto con la imagen de su padre inútil y desvalido en la cama. Poco podía hacer para relacionarla con la imagen vital que tenía de él y con la cual lo había dejado. No soportaba ver la decadencia de la vida ni el lento marchitarse frente a sus ojos de esa persona que había querido.

Encendió el auto y se metió en el tráfico. Sonrió, recordando que Lucía le había encargado dejar las fotos a revelar y comprar los álbumes necesarios para guardarlas y las etiquetas para comentarlas. Se iba a poner contenta con lo de su padre. Evelio parecía un buen tipo, y eso que casi ni lo conocía. Hasta se lo veía contento acompañando a su padre.

Suspiró mientras cambiaba de emisora y pensó que tal vez todos estuvieran haciendo lo correcto.

Post-it

Betty era de Diamante. Cuando terminó la secundaria se fue con su amiga Jorgelina a estudiar el profesorado de Física a Paraná. Allá vivieron en un departamento de pasillo cerca del centro que se convirtió, con el tiempo, en el lugar de reunión de otros estudiantes que venían de los pueblos.

Ellas eran chicas lindas y simples, con la honestidad y buena fe de las personas criadas en familias que cuidan a sus miembros. El temor de los padres de Betty porque su hija viviera sola en otra ciudad, aunque fuera a tan pocos kilómetros, se fue disipando con el tiempo, cuando vieron que su hija avanzaba en sus estudios e iba madurando como persona.

Cuando se recibieron, Betty volvió a Diamante y Jorgelina consiguió un puesto en una escuela católica de Victoria. Dejaron de verse, pero estaban en contacto por teléfono o Messenger. En Diamante no tenía muchas oportunidades como profesora de Física, así que para aprovechar el tiempo, ayudaba a su padre en el negocio, una distribuidora de pollos, huevos y verduras.

Todo un año pasó Betty trabajando con su padre y buscando otro trabajo. No era fácil. Debía irse del pueblo pero no sabía adónde. Su padre le preguntó si no se quería ir a Buenos Aires, que él la iba a ayudar como cuando estudiaba, pero la incertidumbre y la lejanía no la seducían.

Cerca de fin de año, Jorgelina le contó que iba a haber una vacante al año siguiente en la Escuela Normal porque la profesora titular de Física se iba a jubilar. A ella le habían ofrecido el cargo, pero como estaba trabajando en la escuela de las monjas no le daban los horarios. Betty viajó entonces a Victoria a ver qué podía hacer.

Se reunió con el Director de la Escuela Normal, una persona afable y dispersa, y en esa reunión hablaron más de la historia de la gente que él conocía y ella no, que del cargo. Finalmente, le dijo que si quería el cargo él la podía nombrar interina hasta que se abrieran los concursos de ingreso, que nadie sabía cuándo iba a ocurrir, "viste cómo son estas cosas en la provincia", le dijo, con un amago de sonrisa.

La primera semana de clases los profesores organizaron un asado en la casa de la profesora de Historia, el primero de una serie de encuentros sociales que eran muy comunes en la escuela. Allí conoció a Alejandro, el profesor de Educación Física, y se gustaron al instante.

Alejandro era un atleta y a ella, que se consideraba una intelectual negada para cualquier deporte, la atrajo inmediatamente su presencia y su aura en la escuela. Los varones lo adoraban, era canchero con las chicas y siempre lo invitaban a viajar a Bariloche con los chicos de quinto año. Había salido con todas las profesoras solteras y con más de una alumna de quinto, pero todo se le perdonaba por su forma de ser. Tocaba la guitarra y con el profesor de Música hacían un dúo cómico vestidos de mujeres que se presentaba en todas las fiestas de la escuela y, en el verano, en un bar del centro.

Betty, a su manera, era una belleza. No se pintaba y todo lo que se ponía le quedaba bien. A Alejandro le gustó más que las otras y consideró que tal vez fuera el momento de tener una relación en serio.

El noviazgo fue muy corto y feliz. Betty, recién llegada a la ciudad, encontró en Alejandro, además de un novio atractivo, un motivo para quedarse. Alejandro, por su parte, un poco cansado de las chicas que ya conocía, se dejó llevar por la novedad y por el extraño atractivo de Betty, una persona a la que aún no conocía.

Se casaron en febrero del año siguiente, unos días antes de que comenzaran las clases, así podían estar presentes todos los profes. Hacía un calor de infierno y tomaron cerveza hasta las ocho de la mañana. Había venido casi toda la escuela y nadie se quería ir. Iba a ser el momento más feliz de su matrimonio, pero ella aún no lo sabía.

Se fueron a vivir a una casa cerca de la plaza. Alejandro siguió con su trabajo en la escuela y, al año siguiente, puso un gimnasio con un colega y comenzó a viajar dos veces a la semana a Rosario para asistir a un curso de Director Técnico de fútbol.

Ella siguió con su trabajo en la Escuela mientras la maternidad se lo permitió. Su primera hija nació un año más tarde. María Belén era una bebé adorable y

disfrutaron de ser padres jóvenes y de la novedad de un primer hijo.

Cuando la nena cumplió un año, un atraso le hizo darse cuenta de que estaba embarazada de nuevo. Alejandro no tomó la noticia como la de la nena, pero igual se alegró. Estaba preocupado por la plata, le dijo, nada más. Los meses siguientes decidió seguir trabajando para no dejar de ayudarlo en la casa, pero se le hacía difícil atender a la nena, la casa y el trabajo, y aguantó lo que pudo hasta unas semanas antes del parto.

Después de tener a Pablo, las cosas se complicaron porque el nene tenía un problema respiratorio que la obligaba a darle oxígeno cada dos o tres horas. No podía dejarlo a cargo de nadie y decidió renunciar a su empleo. Pensó que lo que ganaba, al fin de cuentas, era muy poco y creyó que con eso ayudaría a la casa porque también dejaron de tener a la chica que cuidaba a María Belén.

A Alejandro no le gustó esa decisión. No se lo dijo nunca, pero no le gustó porque iba a entrar menos dinero y eso lo complicaba. Sólo al principio de la

relación había dejado de salir con otras mujeres, pero después de la novedad y del casamiento volvió a ver a antiguas novias y nuevas conocidas.

En Rosario tenía una pareja y la ayudaba con el alquiler del departamento, así que sin el sueldo de Betty le iba a resultar un poco más difícil justificar ese pago. Él le decía que era la cuota del Instituto San Martín donde estudiaba, pero esa excusa en algún momento iba a terminar. Como siempre, siguió confiando en que las cosas algún día se arreglarían solas y decidió seguir con las historias.

Cuando Betty quedó otra vez embarazada tuvieron una fuerte discusión porque él no quería tener más hijos. Le dijo que ella era una descuidada, que no era cuestión de traer pendejos al mundo así como así y cosas del mismo tono. Habló otra vez, indignado, de la plata, de lo que sería tener que mantener una boca más en la casa y que con su sueldo no iban a ir a ningún lado. Le reprochó, finalmente, que hubiera renunciado a la Escuela sin consultar su opinión y que no hubiera pensado en el futuro de su familia.

Ella se sintió tan avergonzada y culpable que le preguntó, lo más serena que pudo, si quería un aborto, si con eso iba a sentirse más tranquilo, pero él no le contestó y se fue al gimnasio. Esa noche dejaron de dormir en la misma cama y con el pretexto de que era el último año en el Instituto, Alejandro se pasaba en Rosario de miércoles a sábado.

Betty debía quedarse sola en la casa, embarazada y molesta, con los dos chicos a los que adoraba pero que la presionaban tanto con su sola presencia que le hacían exponerse a lo peor de su paranoia y depresión. Se fue convirtiendo en una copia desvaída de la que había sido. Las compañeras de la escuela casi ya no pasaban por su casa, a ella le costaba salir y encima el embarazo no buscado le parecía cada día más innecesario y opresivo. Sus hijos eran pequeños, apenas tenían dos años de diferencia entre ellos y ella se sentía cada vez más incompetente para hacerle frente a la maternidad.

Cerca de los siete meses del embarazo, su madre vino a quedarse unos días para hacerle compañía y ayudarla con los chicos, pero no fueron suficientes. Se ofreció a quedarse con ella hasta el parto, y a Betty no le pareció

adecuado, así que se volvió a Diamante preocupada por el aspecto y las conversaciones con su hija, pero después, ya en su casa y lejos de ella, atribuyó todo a las derivas emocionales del embarazo y siguió con su vida tranquila a la espera del nacimiento del nuevo nieto.

Alejandro cada día la trataba peor, estaba de constante mal humor y pasaba el menor tiempo posible en casa. Llegaba a bañarse y salía, pasaba días enteros casi sin hablarle, se quedaba hasta tarde en el gimnasio los días que no pasaba en Rosario y ella no sabía ya más que hacer para que se quedara.

Un día discutieron porque ella le pidió que la ayudara con los chicos, que se quedara más en la casa, que estaba casi por parir y lo necesitaba. Él le hizo promesas, se quedó dos días ayudándola y volvió a su rutina. Unos días más tarde discutieron otra vez por lo mismo y él terminó pegándole una cachetada que le dejó una aureola rosada en el pómulo. Betty pensó, esa noche, que su relación ya no tenía retorno, pero iba a esperar a que él se fuera, porque no tenía fuerzas para tomar ninguna decisión, no en ese momento. Prefería

ser una mujer abandonada a tener que pagar los altos costos afectivos de echarlo del hogar.

Alejandro siguió en la casa como si nada hubiera pasado, pero sólo por comodidad para evitar buscarse otro lugar para vivir. Ella cocinaba, lavaba la ropa y hacía el resto de las cosas necesarias para que la casa pareciera un hogar normal a los ojos de sus hijos y él se hacía cargo de los gastos. Se preguntaba a veces si esa no sería la vida de la mayoría de las personas después de años de matrimonio, un pequeño infierno doméstico con islas de amor en el medio de un océano de intolerancia.

Cuando nació Nicolás tuvieron una inesperada semana de alegría que giró en torno al pequeño bebé, y ella se permitió pensar que lo peor había pasado y que podrían ser de una buena vez una familia, pero fue un espejismo, apenas un reflejo final de algo que nunca había existido entre los dos.

Después de la novedad, la rutina volvió al hogar. Alejandro volvió a viajar a Rosario y a quedarse hasta casi la medianoche en el gimnasio y ella, sola,

absolutamente superada por las exigencias maternales. Su vida le parecía un camino sin destino y limitaba su angustia viendo crecer a sus hijos y pensando que ese crecimiento era de por sí una esperanza. Se decía que era satisfactorio que sus hijos crecieran bien gracias a ella, pero no se engañaba, era una forma de disfrazar el triste transcurso del tiempo.

Cerca de fin de año, cuando el menor estaba aprendiendo a caminar, Alejandro se olvidó el celular en su casa y Betty, aburrida, solitaria y paranoica, se dedicó a revisarle sus mensajes de texto con una urgencia recién aparecida, pero inmediatamente se arrepintió. Hay cosas que no se pueden volver atrás y lo conocido no se puede olvidar. Lo que encontró la hirió profundamente, porque confirmaba sus sospechas hasta el extremo de hacerlas certezas insoportables.

Cuando él volvió esa noche del gimnasio, Betty, con el celular que había olvidado esa tarde en la mano, lo echó de su casa. Él no pudo o tal vez no quiso, tal vez simplemente no le importó, explicarle, excusarse, pedirle perdón. Se fue mansamente, recogiendo algunas cosas en un bolso y saludando a los chicos con un beso.

Ella se enteró al día siguiente de que no eran solo los mensajes de Esther, también era una hija de Esther con Alejandro, una hija de casi tres años.

Esa mañana se había animado a hacer la llamada que la iba a terminar de humillar. Cuando atendió, Esther se sorprendió de que una mujer le dijera que era la esposa de Alejandro. O era cierto y él le había ocultado que era casado, o era una muy buena mentirosa. Como sea, ella estaba en Rosario y Betty no tenía ánimo ni reservas emocionales como para buscar alguna otra confirmación de lo que la mujer le decía, ni interrogarla acerca de su relación con Alejandro, de si la hija de la que ella hablaba era hija de Alejandro, ni aún llegar al reproche o el insulto. La mujer también parecía alterada, la mujer parecía la engañada. Era una llamada fútil y una futilidad sin fin se derramaba por su vida.

Cuando cortó, luego de un diálogo del cual no recordaría nada, se puso a sacar la cuenta del tiempo que Alejandro llevaba saliendo con esa mujer y se quedó sin aire. Era incomprensible, era brutal, las metáforas perdían su sentido si intentaba explicar como se sentía.

Una de sus últimas amigas, hacía unos años, había visto a Alejandro con una alumna en el auto, cerca de la costanera. Se lo contó con la solidaridad que a veces practican algunas mujeres cuando ven a otras dirigirse sin protección hacia un abismo, pero Betty desechó el comentario con una frase de cortesía. No hablaba de sí misma y de su pareja en esos términos porque su autoestima no le permitía reconocer que ya en ese tiempo era una pobre infeliz.

En la intimidad estaba convencida de que Alejandro salía con otras, aunque nunca había imaginado la posibilidad de que él tuviera otra familia, es decir, era posible, hasta entendible, que él saliera con otras mujeres, como creía que lo hacía la mayoría de los hombres casados, como un hecho casi sobreentendido en algunos matrimonios, pero el sostenimiento de una familia igual a la que tenía con ella era una situación imposible de asimilar.

Se quedó en la cama casi todo el día. Nadie la llamó, nadie vino a verla. Solo se levantó para darle de comer a los chicos y jugar un rato con el bebé. Cuando el nene se dormía, ella se recostaba a su lado y miraba la pared. Se

sentía tan sobrepasada por la situación, era todo tan sórdido y vergonzoso que no podía pensar en ello, así que su vida real se transformó en una mancha oscura en los límites de su percepción mientras ella repetía las rutinas diarias para que sus hijos, al menos, tuvieran atención y ella pudiera dejar de pensar adonde se dirigía.

Pasaron unos días y pudo al fin contarle a alguien lo que había pasado. Su hermano menor, Raúl, la llamó desde Diamante para ver cómo estaban los chicos y ella lo dejó mudo con la noticia. Hablaron casi media hora y el tono de súplica de su voz doblegó a Raúl, que desde ese día la llamó todos los días al celular hasta que consiguió un permiso en la empresa y se fue a pasar unos días a Victoria.

Cuando llegó, encontró a su hermana pálida y con una semisonrisa permanente en la cara cuando hablaba, con la mirada apuntando a un lugar indefinido al costado de su cabeza. Lo abrazó y se quedaron unos momentos quietos. Ella estaba dura y parecía haber tomado algo. Sus sobrinos más grandes estaban en la escuela, pero el

bebé dormía y aprovecharon para sentarse en la cocina a tomar unos mates.

Hablaron de los chicos, de los vecinos, de los viejos amigos de Diamante. Raúl se esmeró en animarla con una conversación sobre su trabajo, sobre los recorridos que hacía por las plantaciones de naranjas en Chajarí y por el tipo de gente que encontraba. Le contó los chistes y cuentos que se sabían de memoria, le contó que Coca, la vecina, nunca terminaba de morirse, que cuando venía a quejarse de sus dolores su papá le seguía haciendo el chiste de darle la soga para que se colgara y cosas así.

Le preguntó cómo estaba y ella le dijo que un poco mejor. "Mañana voy a estar mejor que hoy, no tengas dudas", le dijo, pero la triste sonrisa de su cara era la misma.

A la tarde, y para que ella descansara, su hermano llevó a los chicos a la plaza que estaba a tres cuadras de la casa y después les compró chizitos y unas cocas en un quiosco. Caminaron un poco más hasta la Costanera y

se entretuvieron haciendo sapitos en el agua. Cuando comenzó a oscurecer volvieron a casa.

Betty estaba en la cocina, comenzando unos mates, con la televisión puesta a todo volumen. Raúl le dio un beso y como vio una pila de platos y enseres apilados a un costado de la mesada, se puso a lavar las cosas y ella le dijo "gracias, disculpame, es que no me ordeno demasiado todavía".

Se sentaron en el living a tomar mate y, mientras los chicos miraban televisión, Betty se fue quedando dormida en el sofá. Raúl hizo silencio y escuchó a sus sobrinos, a los ruidos acostumbrados de un hogar extraño, a la pesadez de la angustia de su hermana. Nadie que la hubiera conocido pensaría que esta mujer derrumbada en un sofá había sido alguna vez una de las chicas más alegres que nadie hubiera conocido.

Se levantó y comenzó a recorrer la casa, que no conocía. Cuando llegó al dormitorio de su hermana, se encontró con algo inesperado.

Al principio le pareció que era un empapelado algo extraño, pero cuando prestó atención, se dio cuentas de que las paredes estaban cubiertas de post-it de todos los colores y tamaños.

Los había amarillos, fucsias, verde limón, anaranjados. Todos tenían algo escrito. La letra grande y esbelta de su hermana, que él tanto conocía por haber querido imitarla cuando era chico, había dejado su lugar a garabatos casi infantiles.

Se acercó más para leer lo que decían. Eran mensajes de aliento y estaban firmados por muchas personas distintas, aunque la letra era la misma.

"Vamos que podés", "Hoy puede ser un gran día", "Mañana es mejor", "Vos valés mucho" y cosas así. Se detuvo a leer todos los post-it. Muchos se repetían, algunos tenían caritas sonrientes, otros un signo +.

En ese momento escuchó la voz de Betty que lo llamaba y, antes de que pudiera salir de la habitación, la encontró parada en la puerta, muda. Él se dio cuenta y la miró. Ella había comenzado a temblar.

Raúl se acercó y la estrechó en un abrazo fuerte, en el viejo abrazo de oso que practicaban cuando eran chicos, a ver quién aguantaba más sin quejarse. Pero ahora ella no lo abrazaba, ni le apretaba la espalda con las uñas, sino que parecía haberse encogido entre sus brazos. Ella se refugió en su pecho y cerró los ojos. Por eso no pudo ver las lágrimas que le corrían a él por las mejillas mientras leía otro "Vamos que podés" en la pared opuesta.

Ella no quería ser mamá

Magdalena no quería ser mamá, pero igual quedó embarazada. Un poco por la insistencia de su pareja, otro poco por la de sus padres y su reclamo de un nietito, ella, la mayor, la profesional independiente, la mina que se le plantaba hasta al gordo portero del edificio al que todos temían, ella, por fin iba a ser mamá.

En su adolescencia había leído libros que habían producido todo el daño posible a su idea de mujer y la habían condenado a vivir a una indescontable distancia de la vida tradicional de cualquier mujer de Cañada de Gómez.

Intentó que su madre leyera a Simone de Beauvoir, pero ella no estaba acostumbrada a los libros, le contestaba. Entonces Magdalena, con entusiasmo adolescente, le leía párrafos elegidos mientras su madre cocinaba o planchaba. Su madre la escuchaba como quien escucha la radio porque, al fin de cuentas, era su hija y ella la amaba, pero era la única de las dos que se daba cuenta de la profunda contradicción entre la lectura y su

contexto, aunque no se lo decía a Magdalena para no mortificarla aún más. Confiaba en que se diera cuenta sola.

Magdalena, en tanto, analizaba con lo que suponía objetividad la relación de sus padres. Su madre le cebaba mate a su padre, su padre la mitad de las veces se dirigía a ella a los gritos, su madre siempre preparaba la comida y la ropa del Gordo y nunca le contestaba, al menos verbalmente, ni tampoco se quejaba de su destino. La conclusión sobre la sumisión y el descontento de género era obvia.

Daba por descontado, entonces, que su madre no se divorciaría nunca de su padre por su falta de voluntad, por miedo, por vergüenza. En los pueblos, en esa época, la gente no se separaba, el matrimonio era hasta la muerte aunque el precepto cristiano no fuera acompañado por conductas semejantes. Y su madre era, a sus ojos, una mujer infeliz, relegada a las tareas de ama de casa y sin posibilidad de un destino diferente al de todas las mujeres de pueblo. Al menos ella, pensaba Magdalena, nunca aguantaría a nadie como su padre, no serían iguales, gracias a Dios, pensaba.

Iba a ser diferente y esa diferenciación estaba comenzando. La paradoja era que la diferencia con su madre era inversamente proporcional a la felicidad que sentía con esa diferencia. Es decir, ella quería ser feliz, pero estaba convencida de que la manera de serlo no era la de su madre, que era feliz, pero de una manera equivocada. Ella iba a ser feliz de una manera distinta, sin ser sumisa ni explotada, menos aún la representante de un papel milenario de reproducción de la especie.

Antes de terminar quinto año ya había decidido irse a estudiar Letras a Rosario, junto con Mili Graciano, su amiga desde el Jardín. En la Facultad se sintió en su lugar, conoció a gente que imaginaba que existía en otros lugares y de a poco fue modelando su personalidad en contra de la de sus padres y para eso dejaba pasar largas temporadas sin volver de visita.

Creía que era feliz de la manera que debía serlo. Dueña de sus opiniones, dueña de su vida, dueña de sus relaciones. El pequeño detalle de que aún dependía de sus padres para vivir fue una incomodidad que solucionó cuando se recibió y comenzó a trabajar en el Liceo Avellaneda. La modesta libertad económica le

permitía hablar con sus padres de igual a igual, y, si bien el paso de los años la había hecho más consecuente con sus ideas, también la había hecho más humilde para reconocer que su madre, de otro modo, era realmente feliz.

Se enamoró de Daniel, el profesor de Matemática, un tipo tranquilo y tolerante con su dinámica de mujer aguerrida. Ella creía que era porque era un colgado de los números, y que por eso no registraba algunos aspectos de su conducta, de sus reacciones. En realidad Daniel sabía cómo tratarla y se cuidaba demasiado de sus reacciones. Había conocido antes a mujeres como Magdalena y creía estar preparado para disfrutarla. Al final, la relación iba tan bien que decidieron irse a vivir juntos.

Al tiempo vinieron sus padres de visita y después de una larga charla sobre vecinos, política y parientes, les preguntaron cuándo se casaban. La pregunta había sido casi trivial, consecuencia lógica del rumbo que había tomado la charla. Ella contó hasta tres antes de responder. No tenía sentido reaccionar, ya había hecho

suficiente. Simplemente sonrió y dijo que así estaban bien.

Pero un día, meses más tarde, todo su equilibrio ideológico explotó. Las contradicciones comenzaron a partir del momento en el cual el Evatest le dio positivo y Daniel le dio un abrazo de oso que casi la dejó inconsciente.

Iba a ser madre, a cumplir, a su pesar, con el mandato ancestral de reproducir la especie, ese mandato contra el cual había luchado toda su vida adulta. No sólo estaba molesta por el embarazo, sino tal vez por la forma accidental en que se produjo. Le causaba más indignación no haber decidido el embarazo que el embarazo en sí mismo.

Vivió el embarazo amargada y solitaria, en un serrucho emocional que todos explicaban por su estado, como si se tratara de una grave enfermedad incurable de la cual no se pudiera hablar, pero que a ella se le antojaba cruel e inmerecida.

A medida que se acercaba la fecha del parto tuvo que dejar las clases, lo que la puso peor. Su vida no era la misma fuera del ámbito escolar, donde se sentía contenida y completa, un lugar donde era alguien a quien respetaban, una mina de carácter, una profesora jodida. Afuera era apenas una futura mamá, una mujer gorda a la que algunos caballeros daban el asiento en el colectivo, a la que las viejas paraban en la peatonal para tocarle la panza y preguntarle si sabía si era nena o varón. Se había hartado de la banalización de su estado, pero no podía hacer nada, era algo social e inmanejable y con su cuerpo solo ya tenía demasiado.

El nacimiento de Celeste evitó una caída más profunda en la depresión y la llenó de una breve y explosiva felicidad, acompañada por una sensación de armonía familiar con sus padres y con Daniel. El sorpresivo acercamiento sin condiciones a su madre se produjo tal vez por la nueva química de su cuerpo o la sensación de pérdida que sintió cuando se tocó la panza y la encontró vacía.

Una noche, mientras Celeste se saciaba de sus tetas, su madre le contó detalles de la relación con su padre que

ella ignoraba. Le contó de las empleadas que habían tenido cuando ella era chica y que habían pasado por la cama de su padre, o mejor dicho, que su padre había pasado por la cama de esas mujeres. También de la época en que su padre iba a las carreras de cuadreras y perdía lo que no tenía, o cuando tuvieron que entregar el tractor cuando vino el abogado del banco a cobrar un préstamo impago. La charla fue larga, llena de detalles y profunda, y Magdalena no supo qué decir.

Ella sabía que su padre no era el padre fantástico que ella idolatraba de niña, pero lo que nunca había imaginado era que su madre había elegido cómo vivir su vida. A su manera, había hecho lo mismo que ella buscaba con tanto afán. Muy a su pesar, tuvo que reconocer su valor, pero se guardó de decírselo. Esa noche su madre se recostó en su hombro y se quedaron dormidas hasta que Celeste las despertó para volver a comer.

Después de unos días su madre volvió a Cañada y la carga de la maternidad y los requerimientos constantes de la bebé la volvieron a angustiar, tanto, que deseó, por primera vez, volver el tiempo atrás y ser esa mujer

solitaria contra el mundo que había sido alguna vez. Solitaria y feliz, creía.

Contaba los días que le quedaban para volver a la escuela y cuando lo hizo ganó un poco de tranquilidad y trató de volver a ser la mujer que era antes. Pero era imposible. Celeste crecía y ella era su madre. Daniel la ayudaba, pero solamente era el padre.

Cuando tuvo edad suficiente, comenzó a llevarla a un jardín de infantes, donde la dejaba entre llantos, tirones de pelo y gritos, y del cual se iba con una carga de culpa que cada día era mayor.

En la escuela se comportaba como la que esperaban que fuera, pero el papel era solo eso y la ponía incómoda, le faltaba el fuego de la discusión, la malicia femenina que tanto explotaba en la sala de profesores cuando era soltera.

Padecía físicamente la relación con su hija. No quería parecerse a su madre, pero no sabía cómo ser distinta. Se sentía culpable por dejarla llorando en el jardín, y por dejarla con Elisa a la tarde para ir al centro o a tomar un

café con alguien. Temía que alguna vez su hija se volviera en su contra y le reprochara haber sido una madre ausente.

Pero un día todo eso cambió. Cuando llegaron al jardín, Celeste se separó de ella y le dio, resuelta, la mano a la señorita. Entró caminando, sin mirar atrás.

Magdalena se quedó extasiada por el cambio y decidió quedarse un momento mirándola con sus compañeritos. Vio entonces la mirada de su hija, dura y sin alegría. Era una mirada que decía, "está bien, mi madre me abandona, no me quiere a su lado y yo me voy a aguantar las lágrimas, me voy a quedar acá depositada hasta que me venga a buscar". Era una mirada triste, resignada, cargada de reproches, que la atravesó como una flecha.

Se sintió peor y comenzó a sollozar mientras se iba hacia la calle. No podía parar de llorar y trató de buscar en qué momento su vida se había torcido tanto que la había convertido en una mujer que nunca había querido ser.

She´s leaving home

Había dejado de creer en Julio. Cuando se lo dijo, con la seriedad que acostumbraba utilizar antes de una discusión, seriedad que él consideraba infantil, por supuesto que se rió de ese comentario. Le contestó que para él no era necesario que ella creyera todo lo que le decía, porque todo lo que le decía era cierto.

Después siguió hablando sobre la infalibilidad del Papa, la confianza en la pareja, el vos y yo somos una sola persona y el papel del hombre en la historia humana para concluir que ella no podía desconfiar de él porque él estaba imposibilitado para mentirle, porque mentirle a ella sería como mentirse a sí mismo y él detestaba el autoengaño. Después, para dar por terminado el tema, le acarició la cabeza, como se acaricia a una mascota, y encendió el televisor para ver a Tinelli.

Ella se fue a la cocina empujada por las risas que salían del televisor y se puso a hacer la comida murmurando respuestas a los argumentos de él, pero siempre resultaban livianas y previsibles, tanto que él las consideraría, como siempre, infantiles.

Su situación no cambiaba y ella no se sentía con fuerza para hacerlo. La noche anterior había sido horrenda, casi trágica. Aún le dolían las palabras y el desprecio con que se las dijo. El origen de su encono era el papel que él jugaba en la pareja, el lugar del macho incuestionable y ella el de la mujer sometida a los placeres que le ofrecía su marido. Él hacía todo a su modo, aun las cosas más insignificantes, y no quería que ella siquiera opinara. Se creía con derecho divino sobre ella, y cada vez que cogían le preguntaba si le gustaba. Ella, como no cogía con otro, le aseguraba que sí, pero esas declaraciones sinceras eran utilizadas por él hasta el hartazgo para refregarle el cumplimiento de su papel masculino y para que le pusiera una nota que nunca podía ser menor a ocho.

Antes, al principio de todo, cuando él era el tipo de experiencia y ella la chica que quería vivir, eran más compinches. Ella tenía la autoestima por el cielo y se consideraba una mujer independiente, atractiva y capaz de elegir con quién estar, tanto que lo eligió a él, veinticuatro años mayor, solo por decir lo hago a mi

manera. Julia le dijo que no se buscó una pareja sino otro padre, pero ella no se tomó en serio el comentario.

Ahora ella no le creía más, y esa noche se sintió peor que nunca, sintió por primera vez el desprecio al que él la sometía y cómo, en el sillón, y mirando Tinelli, sin hacer otra cosa que permanecer inmóvil, ocupando un espacio y respirando el mismo aire, podía hacerla desaparecer.

Para esa época estaban en proceso de separación, una separación muy conversada, en la que todo parecía claro pero que nunca se definía. Ella ya no tenía más ganas, no, no tenía más energía para gastar en la pelea, la discusión, los reproches, la ira, ni en posteriores reflexiones sobre lo ocurrido entre los dos, en esas agotadoras sesiones nocturnas mirando al techo y con los ojos a punto de caerse, revolviendo heridas, buscando explicaciones para terminar en un polvo pequeño y casi carente de ningún sentido más que el de dar por finalizada la tertulia y permitirle dormirse sin culpa.

En esos últimos días lo único que los unía era la voluntad de separarse y por eso, los detalles, las enumeraciones y demás corrimientos afectivos eran constantes y perjudiciales. Julio dejaba pasar los días a la espera de algo que los volviera a enamorar. Prefería la comodidad de las discrepancias conocidas al temor desconocido de un futuro en soledad.

Ella tenía la certeza de que él no se iba a ir nunca del departamento a pesar de haberle prometido un montón de veces que si ella se lo pedía se iba de su vida, y por eso, la mañana siguiente, en lugar de irse a trabajar, avisó que estaba descompuesta, llamó a un amigo médico para que le preparara un certificado y se fue a recorrer inmobiliarias.

Para la tarde había tomado más decisiones que en los últimos tres años. Había señado un departamento por Corrientes y Pellegrini porque dos amigas del trabajo le habían prometido las garantías. Julio volvía del negocio después de las 8 y ella lo recibió como siempre, aunque con la serenidad de haber tomado una decisión y con la templanza de no contársela. Algo de su vieja autoestima volvía a circular por su cuerpo.

Él llegó nervioso, dijo "qué día de mierda" y se metió en el baño. Desde adentro le contaba algo de uno de los viajantes que lo había querido cagar con un pedido y repetía, se repetía, que él tenía más de cuarenta años en esto y que ningún pendejo pelotudo lo iba a cagar.

Cuando salió, la encontró mirando Telenoche. No tenía hambre y él, desde la cocina, le preguntó con una afectada voz amorosa con qué lo iba a sorprender. Ella le dijo solamente "Rotisería Sagitario", ahí está el teléfono, pedite lo que quieras, no tengo hambre. A él no le gustó la opción, porque no comía nada de rotiserías y le dijo que iba al bar de la otra cuadra a picar algo.

Volvió cerca de las doce y ella ya estaba acostada, pensando en la decoración de su nuevo departamento. Cuando él se metió en la cama, lo dejó hacer y disfrutó lo que pudo de su apresuramiento. Después fue igual que todas esas noches. Él se dio vuelta y comenzó a roncar y ella encendió el televisor.

Los días siguientes pasaron en medio de un extraño encantamiento, como si las cosas que sucedían fueran

asunto de otra gente, como si ya nada la pudiera conmover. Ella dejó de discutir por cuestiones que ya no valían la pena, escuchó las primarias opiniones políticas de Julio sobre los socialistas con cara de compartirlas y moviendo afirmativamente la cabeza, se esmeró un poco más de lo habitual en la cocina e introdujo el vino en las comidas.

Él no hablaba de su relación, si la mujer estaba en la casa estaba todo bien, por eso tenía la seguridad de que ella al fin había capitulado y que iba a nacer una nueva etapa de su relación, marcada por la aceptación de su modo de ver la vida, una mujer de su casa como su madre, como su abuela. Él no hacía un análisis de la situación, porque no tenía la capacidad de hacerlo, sino que se miraba en su padre, en la relación de su padre con su madre para orientar la suya.

–Si mi viejo fue así toda la vida con mi vieja y mirá lo felices que son –le decía siempre a Guadalupe cuando quería discutir. Ella siempre se quedaba con las ganas de preguntarle si él veía suficiente felicidad en la vida de su madre, pero nunca se animaba.

El miércoles siguiente la llamaron de la inmobiliaria para avisarle que estaba todo bien con las garantías, que podía pasar a retirar las llaves y a hacer el depósito. Ella colgó y se quedó inmóvil, con un ligero cosquilleo detrás de las rodillas. Agradeció haber estado sola en el departamento. Iba a hacerlo, al fin, iba a dejarlo, ya habían decidido por ella muchas veces, y si se equivocaba, bueno, iba a ser por su propia decisión.

Esa noche cocinó para Julio lasagna y compró un buen vino tinto. Después de comer se bañaron juntos y cogieron bajo la ducha. Lo hicieron otra vez antes de dormir y al día siguiente ella se la chupó antes de levantarse e incluso dejó que le acabara en la boca, ante su placentero estupor. Él la abrazó fuerte y la besó como alguna vez la había besado. Le dijo "¿viste cómo nos queremos?" Ella recordó un poquito del placer, del amor que le había tenido, como una ráfaga de un viento helado en pleno verano. Una insomne nostalgia de las cosas que nunca pasaron, del amor que nunca existió la turbó un momento, pero él ya estaba, apurado, vistiéndose para ir al negocio.

Desayunaron con café y tostadas y él se despidió con un beso al salir para el trabajo, diciendo algo sobre lo que iban a hacer esa noche. Iba cantando un tema de los Decadentes.

Ella escuchó el motor del auto hasta que se perdió entre el resto de los ruidos habituales. Se levantó y armó los bolsos con la ropa que más le gustaba. Iba a dejar un montón de cosas, pero en este momento eso no era lo importante. Puso algunos libros, unos discos, fotos y cartas viejas. Un mantel, un mate y un perrito de porcelana.

Encendió el equipo de música y puso Beatles. Dejó en loop "She's leaving home" y salió tarareándola. Daba igual. Julio era incapaz de advertir cualquier sutileza. Paró un taxi. Las llaves del departamento nuevo parecían arder en su cartera. Siguió tarareando. "She's leaving home, bye, bye…"

Monedas

Ella es pequeña y no le das la edad que tiene. Tiene un tono de voz que a cualquiera le recuerda a la infancia y una manera peculiar de esconderse entre la gente que puede convertirla en un recuerdo aún antes de conocerla. Aunque pensándolo bien, tal vez sea más parecida a un recuerdo, a esa chica que se ha amado por primera vez y que quedó grabada con una sonrisa eterna en las fotos escolares.

Se separó sin estridencias de un marido que antes fue primer novio y, dicen sus amigas, lo hizo porque no le quedó otro remedio. La descarada infidelidad de él ya era insostenible, aun para ella, y un resto de dignidad la llevó a aceptar con resignación lo que otras consideran un derecho, y a cuestionar el equilibrio de un mundo en el que sentía cómoda porque no le demandaba decisiones.

La obsesión nunca había sido un rasgo de su carácter, pero, después de Andrés, comenzó a coleccionar monedas. En su casa acumuló bolsas de tela oscuras llenas de monedas apiladas en un mueble como quien

almacena una enciclopedia. Todos los días se detenía un momento frente a las bolsas y las levantaba, una por una, para sentir su peso, para sentir la consistencia, el objeto, la presencia del metal frío y silencioso, sin saber por qué, sin la necesidad de buscar una explicación de algo que le hacía bien.

Un día de visita en su casa, acompañado por un amigo común y por intereses dispersos que tenían que ver, creo, con su ex marido, ella nos mostró su colección.

Nos sentó en la mesa del living y fue ordenando las bolsas en un semicírculo a su alrededor, como si fuera una ceremonia. Después abrió, en forma aleatoria, las bolsas y fue sacando de ellas las monedas. Había monedas de tamaños y colores distintos, plateadas, doradas, sucias, y ella, pacientemente, comenzó a explicarnos de dónde venía cada una de ellas.

Las conocía a todas, y cualquiera podía notar cómo cambiaba su percepción del mundo con esos pedacitos de metal entre las manos.

En eso se detuvo y me preguntó, mirándome fijamente, "¿no son hermosas?".

Y yo me quedé en silencio, asintiendo con la cabeza, sin responder nada. Era incapaz de ver lo que ella veía en las monedas. La belleza es de una subjetividad que asusta.

Paternidad

Su padre había muerto y Lucho supuso que debía hacerse cargo del entierro. Era el hermano mayor pero tenía apenas veintitrés años. Demasiadas cosas juntas para hacerse cargo de golpe. Por suerte su tío Ignacio, uno de los cinco hermanos de su padre, entendió sus silencios y se puso al frente de todo. Presentó los papeles en la mutual y se hizo cargo del resto de la organización del velorio. Cuando Lucho vislumbró todo lo que se había evitado, se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo era un velorio porque en su familia nunca le habían dado importancia al culto a los muertos.

Su madre estaba triste, pero parecía que la muerte era casi un alivio, que ella consideraba que la etapa con su padre había terminado, felizmente, y estaba haciendo los ajustes para comenzar a vivir el resto de su vida. No sabría decir si sus padres se amaron, si fueron en verdad una pareja como las que el imaginario popular le había enseñado. Vivían juntos y él, como hijo que ha sido criado en una familia silenciosa y renuente a las expresiones de afecto, daba por supuesto que se amaban y eran felices el uno con el otro.

Pero no ver a su madre llorar tirada sobre el cajón, no verla descompuesta de dolor o cegada por las pastillas le causó una molesta impresión. Al fin de cuentas era la viuda, y en términos del espectáculo, era la figura principal de una obra titulada velorio. Los hijos, ellos, eran actores secundarios. Todos venían a saludarla, a consolarla. A ella primero. A él y a sus hermanos después. Una caricia, un apretón de manos, un abrazo cariñoso de gente que nunca fue cariñosa ni cercana le parecían una escenificación innecesaria, pero no podía evitarlo. Su padre tenía muchos amigos, muchos más de lo que él suponía y había mucha gente que en verdad lo quería.

Nunca fueron una familia que exteriorizara los sentimientos, más bien todos disimulaban cuanto podían su falta de práctica afectiva. Tampoco habían tenido antes una muerte en la familia. Él creyó que el impacto iba a ser tan profundo como para romper todas las estrategias de contención de la afectividad que durante tanto tiempo habían practicado. Se equivocó. Su madre susurraba con algunas amigas mientras preparaban termos de café en la cocina, su hermano Leo

se había ido a la casa de un amigo porque tenía partido de básquet en el club y su hermana Brenda hacía tiempo en su habitación, esperando que viniera alguna amiga para no estar sola recibiendo los saludos de gente desconocida.

Se sentó entonces al lado del cajón, en el intento de articular una disculpa privada por el escaso respeto de su familia ante la muerte y trató de recordar cómo era su padre, cómo era en verdad, no como su madre decía que era.

Miró de reojo el cuerpo tendido en el cajón. La cara, serena, le resultó por un momento extraña. Era porque le habían quitado los anteojos que había usado desde chico. Sus anteojos tenían mucho aumento, dentro de unos marcos negros de plástico muy gruesos. Cuando debía concentrarse para algo se los sacaba y los sostenía con una mano. Después invariablemente los limpiaba con un pañuelo que siempre llevaba y soplaba, sí, le pegaba un soplido que sonaba como una descarga, y se los volvía a poner. Le parecía un detalle desafortunado llevarlo a la tumba sin algo tan constitutivo de su personalidad.

No usaba anteojos de sol, ni tenía especial cuidado en guardarlos en un estuche, aunque una vez, en un viaje a Brasil, se compró dos cristales oscuros que se aplicaban con dos pequeños ganchos, sobre el marco de sus lentes de siempre, de manera tal de dar la impresión de que eran lentes de sol con aumento. A ellos les resultaba ridículo ese aparato sobre sus anteojos, pero él se los ponía igual.

Cuando elegía su ropa, mostraba un arraigado gusto por la inexpresividad de los colores desvaídos, como si los beiges o grises lo ayudaran a pasar desapercibido. No sabía por qué, cuando era niño, consideraba que estaba en la frontera de lo ridículo, tal vez por la secreta comparación con los padres de algunos compañeros del colegio, o por su propia ansia, de una idea general de lo que sería un "padre genial". Le costaba comprender por qué se ponía esos pantalones de tela grises o marrones, esas corbatas finitas y de colores tan opacos y nunca usaba, por ejemplo, un jean. Nunca entendió que su interés por la ropa o por el arreglo personal era meramente instrumental, es decir, lo justo y necesario como para salir a la calle y ser uno del montón.

Tampoco pudo pensar en esos momentos en que tal vez el dinero no alcanzaba, o que en su familia habían sido criados así, personas con dos mudas de ropa para diario y una muda de ropa de domingo. Era una frugalidad intensa que él y el resto de la familia nunca entendió ni practicó.

El velorio era en su casa, en el living. Apoyaba su espalda contra la pared que daba al laboratorio, una habitación con un pequeño baño que parecía estar separada de todo. Siempre estaba cerrada y su actividad era nocturna. Su padre, era fotógrafo y allí hacía su trabajo. Para él era "El laboratorio", como si en el lugar se escondiera alguna cadencia mística y personal.

La oscuridad le daba un aspecto misterioso, era un territorio extraño, en el que estaba absolutamente prohibido encender luces, salvo la luz roja que permitía ver el revelado de las fotos o la azul que usaba para arreglar rollos de película, empalmarlos o acomodarlos en las reveladoras sin que se velaran.

A su padre le gustaba la música clásica y todas las noches en que trabajaba en el laboratorio escuchaba

Radio El Mundo. Muchas veces Lucho se dormía escuchando, como si esa música fuera la banda de sonido de una película propia. Su padre terminaba de trabajar muy tarde y siempre se levantaba temprano, antes que todos. De niño, nunca lo vio acostarse antes ni levantarse después que él. Era como si su presencia viva, despierta, estuviera dando vueltas por la casa todo el día.

Él recordó lo que fue el laboratorio para su infancia. Su padre consideraba a la fotografía como una rama más del arte. Siempre contaba que sus primeras fotos le salían redondas. Él lo creía, aunque tal vez no fuera cierto, porque la idea de que una foto fuera redonda cuando tenía, a la fuerza, que ser cuadrada, era casi mágica.

Muchas noches Lucho lo acompañaba, se sentaba en un costado de la mesa que usaba para revelar y lo veía pasar, cuadro por cuadro, los rollos de película por el papel. Primero lo enganchaba en la ampliadora, y luego encendía la luz para encontrar el negativo que buscaba. Después ponía el papel fotográfico en una escuadra donde quedaba fijo y con un interruptor encendía la luz,

contando hasta siete, nueve o diez, según fuera la intensidad del negativo. Cuando apagaba la luz, Lucho se quedaba ciego por un segundo, con pequeñas luces que le daban vuelta a los flancos de sus ojos, y no alcanzaba a ver cómo él sacaba el papel de la escuadra y lo colocaba en el líquido revelador que guardaba en botellas marrones de ginebra Bols. Entonces él encendía la luz roja y miraban cómo la fotografía se iba formando en el papel hasta que a él le parecía suficiente. Tomaba la foto con una pinza de plástico y la colocaba en otra cubeta con líquido fijador y por último, las ponía sobre una palangana con agua para que se limpiara todo rastro de elementos químicos.

Cuando hacía eso, a veces le tocaba la pierna o le preguntaba "¿Está bien?" y era suficiente.

Había noches en las que se levantaba para ir al baño y entredormido se quedaba escuchando en la puerta a su padre trabajar. Lo escuchaba hablarse, o hablar a quién sabe quién, tararear algo, moverse. Muchas veces Lucho volvía a la cama, pero otras entraba lentamente al laboratorio y se quedaba en silencio viéndolo trabajar hasta que él se daba cuenta y le preguntaba si se quería

sentar. Estaba convencido de que siempre se daba cuenta cuando alguien estaba dando vueltas, pero se hacía el distraído porque le gustaba sentirlos cerca.

Sin darse cuenta había comenzado a lagrimear. Estaba a tono con el momento y por eso no se incomodó por ello. Sabía que estaba llorando por su padre pero también lo estaba haciendo por su infancia. Su tío Toto lo tomó del hombro y le dio un beso en la oreja y él cerró los ojos. Otra gente estaba alrededor y todos hablaban muy bien de su padre. Era una persona que había conseguido hacer amigos verdaderos, o al menos eso le parecía. Y también le sorprendía la intensidad del dolor por la pérdida que demostraban esos amigos y sus hermanos. Reconsideró, en ese momento, algunas objeciones que le había hecho en vida a su padre, como si todo lo que había relatado su madre fuera exactamente lo contrario.

Se disculpó con su tío y salió al patio. Caminó hacia la puerta de atrás del laboratorio y entró. Se quedó inmóvil, mirando las paredes cubiertas por largas estanterías hechas con tablas de madera apoyadas sobre soportes metálicos. En ellas seguían ordenadas las hileras de botellas de ginebra Bols, esas de color marrón

oscuro, con etiquetas hechas por su padre. Él siempre escribía con una fibra negra y las etiquetas tenían solo números y fechas, como parte de un mecanismo de organización propio y misterioso.

No se animó a moverse. Todo estaba en su lugar. Sobres chicos y transparentes para fotos carnet, sobres apaisados de papel madera para las fotos 9 x 13, sobres un poco más grandes para las excepcionales 13 x 18. Tenía tres cajones en su escritorio, y en ellos había, además de los sobres, cajas de papel de revelar, algunas revistas de fotografía y fotos, cientos de fotos o pedazos de ellas, muestras buenas, oscuras, manchadas, pedazos de fotos escritas en el dorso con claves que parecían secretas.

Ahora, a la luz del sol, parecía un lugar demasiado pequeño para albergar tantos mundos de fantasía. Tal vez fuera porque, como dicen algunos, los niños tienen una noción distinta del espacio que los adultos.

Cerró la puerta y la habitación se oscureció. Encendió la luz roja que estaba en la pared opuesta y la reveladora más grande. Buscó en los estantes algunos negativos de

los tantos que su padre guardaba. Colocó una tira en la máquina y vio que era una serie de fotos sobre la inauguración de una escuela. La sacó y buscó otra. Un cumpleaños de quince. Otros eran fiestas infantiles, una carrera de embolsados, un acto en la Escuela 185, una carrera de autos en el circuito, fotos carnet, retratos artísticos de familias vestidas para la ocasión.

Siguió buscando en los estantes y encontró una caja con su nombre. Decía, con la letra reposada que él tan bien conocía, escrita en fibrón negro indeleble, simplemente Lucho.

La caja era una de las grandes, era de camisas Van Heusen y tenía la tapa con un plástico transparente a través del cual podía ver una gran cantidad de rollos de negativo prolijamente archivados.

Sacó los negativos. Todos los rollos tenían una cinta de papel madera alrededor donde se podía leer su nombre y una fecha. Comenzaba con el día de su nacimiento y llegaba hasta casi los doce o trece años. Tal vez hubiera otra caja, pero a él le parecía difícil, porque a esa edad

su padre ya casi no le sacaba fotos porque él no se lo permitía, le parecía de niños pequeños.

Fue pasando los negativos. Fotos de su infancia. Era un bebé dentro de un canasto de mimbre, un bebé en brazos de su madre, de su abuela, de sus tías. Un niño en las posiciones clásicas que su padre hacía posar a los cientos de niños que habían pasado por su estudio. Sentado de tres cuartos perfil aguantando la risa, apoyado en el elefante gris veteado, con un dibujo de Pluto al fondo.

Buscó papel en los cajones del escritorio y se puso a hacer copias de las fotos. Las fue eligiendo al azar, hasta que todos los rollos que estaban en la caja terminaron esparcidos a su alrededor. Se encontró entonces con una cubeta repleta de fotos oscilante a su derecha. Las fue sacando con la pinza de plástico y las pasó por la secadora, una máquina con un inmenso rollo de acero que giraba bajo un chorro de calor. Las fotos, cóncavas y calientes, caían sobre una bandeja como desde un precipicio. Se recostó en el sillón y encendió la radio. Buscó música clásica, pero no la encontró. Se quedó sentado, en silencio.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero cuando salió ya era de noche. Recordó entonces que las noches de verano eran las que más disfrutaba andar por el laboratorio, porque siempre salían con su padre a estirar las piernas a la oscuridad de afuera, tan profunda como la de adentro, entre el ruido de los sapos en la cuneta y los grillos del pastizal. El cielo siempre estaba blanco de estrellas y daba gusto mear en el pasto y ver el humito que se levantaba en el rocío tenue que lo cubría.

Estiró los brazos y miró hacia arriba. El manto blanco de estrellas lo mareó. Se bajó el cierre del pantalón y comenzó a mear, hasta que del pasto comenzó a subir un humito blanco que se evaporó en segundos. Lucho sonrió, satisfecho con la noche y con su padre. Se subió el cierre y volvió al velorio.

Inevitable

Estuvimos quince años juntos y después nos separamos. Nos habíamos conocido en enero del 97 en Villa Gesell. Yo trabajaba en la distribuidora de repuestos de mi papá y ella era Maestra en un Jardín de Infantes. No nos dimos mucho tiempo después de haber dejado de buscar y para fin de año estábamos casados. Teníamos veintidós años.

Durante diez años no pudimos tener hijos, aunque los exámenes y análisis que periódicamente nos hacíamos no encontraron problemas de fertilidad en ninguno de los dos. Será algo psicosomático, aventuré yo una noche, pero no era una buena explicación sobre lo que nos separaba. Ese año, casi de casualidad, volvimos a ir a Villa Gesell y en marzo nos dimos cuenta de que Lucía estaba embarazada de Mara. La llegada de un hijo siempre produce un cambio en cualquier pareja y la nuestra no fue la excepción. En nuestro caso olvidamos algunos agravios y durante tres años tratamos de ser felices. Dos semanas después del cumpleaños de Mara decidimos separarnos. Ella se quedó con su madre porque yo creía, en ese momento, que las madres debían

ser quienes criaran a sus hijos y los padres quienes debían salir al mundo procurando sustento y protección.

Para esa época, todavía hablábamos como personas, no nos habíamos convertido en partes de un juicio de alimentos y tenencia, no habíamos tenido que internarnos en los estudios de nuestros abogados a bucear en nuestros recuerdos para encontrar hechos comunes que pudieran ser interpretados en nuestro favor, no habíamos tenido que comenzar a odiarnos, a imaginarnos como enemigos, a vencer y destruir.

Éramos muy chicos cuando nos conocimos y, lo reconocíamos, nos habíamos apresurado con el matrimonio dejando de lado experiencias de la soltería que terminamos añorando, como si las oportunidades desperdiciadas o las personas que nunca pudimos conocer nos hubieran asegurado la felicidad eterna. La presencia de Mara había sido una manera feliz, pero culposa, de dilatar las decisiones, aunque en un momento parecíamos haber estado de acuerdo en la solución, ya que cuando yo tenía decidido irme y buscaba la forma de decírselo, ella me echó.

Después que no le respondiera una pregunta sobre lo que debía comprar en el supermercado o que la respuesta fuera brusca, descortés o directamente insultante, no recuerdo, dijo que no aguantaba más la relación, que estaba cansada de ser ignorada y me dijo que me fuera. No me lo pidió, ni me dio explicaciones o justificaciones, simplemente me lo ordenó porque, dijo, iba a ser lo mejor para la nena. Yo busqué algunas cosas, me volví a la casa de mis padres, pero lo repentino de la decisión me había dejado casi vacío, así que después de un silencio de tres días, la llamé por teléfono.

Ella me atendió como si no hubiera pasado nada, hasta parecía estar esperando esa llamada. Hablamos todos los días durante una semana y después todo se terminó.

El lunes ella me dijo que después de echarme se había sentido bien, que era algo que estaba deseando desde hacía mucho tiempo, pero que ahora se sentía mal, confundida, perdida, como una nena chiquita. Que no estaba acostumbrada a estar sola. Yo le contesté que todos cuando estamos solos podemos perdernos, pero ella insistió en que era distinto, que cuando uno es chico

está perdido de un modo especial, porque sueña con encontrar el mejor camino de salida, tiene la esperanza de ver detrás de la línea del horizonte algo mejor, pero ahora se sentía perdida irremediablemente, como todos los demás.

Me repetía que no me quería más, y yo le contestaba que seguía enamorado, que no tenía rencor sino tristeza. También decía "cómo me pudiste hacer esto" y "yo nunca lo pensé viniendo de vos", pero no me dijo a qué se refería. Cortamos los dos llorando y prometiéndonos amor como si recién nos hubiésemos conocido.

El martes ella me dijo que había ido a visitar a Alejandra y se había quedado toda la tarde recordando cosas de cuando eran chicas. Cuando volvió rebuscó entre sus cosas hasta encontrar su álbum de fotos del cumpleaños de quince. Lo tenía en la falda cuando atendió el teléfono. Entonces me habló de su adolescencia. Me dijo que era muy ingenua y por eso la recordaba como una serie de acontecimientos mágicos, unidos uno con uno de tal manera que ella se sentía parte del universo y capaz de bajar las estrellas. Vos sos

varón, me dijo, no sabés lo que significa que te hagan una fiesta de quince…

Ahora quería recuperar esa alegría, dijo, pero no podía. Miraba fotos. Dónde se habrá ido esa chica, me preguntó, dónde se van las personas que fuimos.

–Yo era alegre, un cascabelito –decía mi viejo, y no me puedo recordar, no puedo situarme en el lugar de la alegría y la despreocupación, será la edad o ¿qué nos convierte en estas personas que somos hoy?

Yo no tenía respuestas, pero le canté "Aquellas pequeñas cosas", de Serrat, que sabía que le gustaba. Cuando terminé me mandó un beso y cortamos. Yo no había traído fotos de nosotros dos y me sentí mal por eso.

El miércoles atendió el teléfono Mara y tuve que esperar que ella saliera del baño. Nos entretuvimos haciendo variaciones sobre las ocho palabras que ella sabía. Yo le canté la del brujito de Gulubú y ella tomó el teléfono para contarme que había dormido mal, muy mal y que

estuvo todo el día con miedo. Miedo a qué, pregunté, no sabía, no sabía, solo miedo.

Me contó que cuando era chica tenía miedo de no poder amar, de no poder estudiar, trabajar, hacer lo que soñaba, de no gustarle a otra persona y de quedarse sola por el resto de su vida.

–Sola no te vas a quedar, dije, estoy yo, está Mara. Y nosotros nos amamos, dije, tuvimos la suerte de poder amar.

–Tiempo pasado –me contestó–, pero igual, nuestro amor fue lo más cerca de otra persona que estuve.

–Sí, fuimos amantes y amigos.

–¿Estás seguro? ¿Vos me conocés? –dijo–. Si tuvieras que elegirme un recuerdo antes de morir, ¿cuál elegirías?

Yo me quedé en silencio y luego de escuchar nuestras respiraciones por casi un minuto, ella dijo:

–¿Entendés ahora cómo me siento?

El jueves no estaba de buen humor. Había tenido que faltar al trabajo porque la señora que cuidaba a la nena no había venido y había estado todo el día encerrada en la casa. No tenía ganas de hablar y me escuchó un rato divagar sobre una película que había visto en la trasnoche. Ella me interrumpió para decirme que cuando uno es más chico, cree que la vida va a comenzar después de algo. Al cumplir los quince años, después de hacer el amor por primera vez, después de terminar la secundaria, después de las vacaciones, después de conseguir el primer trabajo, algún día, después. Pero de pronto tenés treinta y cuatro años y te das cuenta de que tu vida no tiene un comienzo, pero sí un final, y te preguntás cuándo comenzó, dónde está todo ese tiempo que antes tenías para vos.

Yo le conté que había salido a tirar la basura y al dejar las bolsas me di cuenta de que no iba a haber nadie en casa cuando entrara. Tuve la sensación de estar recorriendo un camino en un solo sentido, de haberme dado cuenta de que ya no era un "joven prometedor" y me pregunté adónde iba a ir ahora que lo sabía.

–Nadie sabe adónde va a terminar –me dijo–, estoy para la mierda y no tengo ganas de hablar.

–No es cuestión de tirar todo a la mierda, ni de perder la fe –le dije, contradiciéndome deliberadamente.

–No es lo que me acabás de decir, ¿cómo podés confiar en vos mismo –me preguntó–, si todos parecen confiar solo en una persona distinta de la que sos?

–¿A vos a veces también te parece que no tenés todo lo que te merecés, sino apenas lo único que no pudiste evitar? Que lejos están esos días en que las cosas parecía que iban a mejorar nomás amaneciera.

Después de eso cortamos sin decirnos buenas noches. Nunca hablábamos así, pero era tarde, estábamos lejos y las decisiones parecían definitivas.

El viernes me preguntó si todavía estaba enamorado de ella. "No", tuve que contestar, consciente de estar mintiendo, pero para no hacer más profunda mi fragilidad. Ella, en cambio, dijo que sí, pero que ya se le iba a pasar. Además me dijo que ya no soportaba a toda

la gente que andaba alrededor, que si por ella fuera se iría a vivir al campo.

–Todos parecen tener algo para hacer, algún negocio para concretar, alguna relación para iniciar, alguna persona para abandonar, todos tienen algún pequeño asunto entre sus manos, lo suficientemente importante como para no fijarse en lo que vos hacés y en eso te acordás de tu vieja, pensando que vos pensabas cosas que ella nunca había pensado. ¿Te parece que a Mara le pasará lo mismo?

Corté.

El sábado tardó en contestar el teléfono. Me dijo que se había tirado en el sofá y se había quedado dormida. Casi no hablaba, sólo pude escuchar su sonrisa cuando le pregunté sobre el potus y el canario.

–Están bien, todos estamos bien gracias a Dios –dijo.

La nena dormía. El silencio se iba haciendo más extenso.

–Tuve días mejores –dijo finalmente–. Hoy estoy así porque no puedo dormir. No sabía lo larga que eran las noches cuando estás asustada. Las chicas del jardín se portan de diez, no puedo decir nada, pero es como si estuviera cayendo todo el tiempo, o sea, nadie me exige demasiado, todos entienden, me hablan por teléfono, vienen por casa, hacen lo que pueden.

–Al menos tenés con quién hablar.

–Sí, aunque a veces el exceso de atención me hace sentir una pobre mina. Me envicié con mirar fotos viejas y por eso tengo la que sensación de que siempre las cosas fueron mejor antes, ¿no?

–Eso es apenas un lugar común, estás vulnerable, nada más.

–Yo cuando era chica quería ser aviadora y bombera. Y algo me separó de esos sueños. No me digas simplemente mi sexo. Algo, todo lo que viene de Dios para abajo, es decir, todo lo demás.

–¿Qué es todo lo demás?

–No sé cómo explicarte bien, está lo que vos querés ser cuando sos chica de un lado, y del otro todo lo demás que te pasa por arriba

–¿Y ahora que querés ser?

–Aviadora y bombera, ja, ja.

–No me dijiste que perdiste esos sueños por todo lo demás. Los sueños no pueden desaparecer, se quedan quietos en algún lugar, como un tesoro escondido.

–Alguna gente, los más vivos, se dan cuenta de que no los perdieron y los sacan a brillar al sol. Otra gente, como yo, nos damos cuenta demasiado tarde y aunque sabemos dónde están, no tenemos fuerza para ir a buscarlos. Aparte de todo eso me siento bien, en serio –dijo relajada.

Yo me acordé de una canción que decía "olvidate del mapa cuando quieras, pero nunca te olvides del tesoro" y se la recité de punta a punta.

–Gracias –me dijo–, no me acordaba de esa.

El domingo quise pedirle perdón. Le dije que nunca había querido convertirme en una compañía indeseable. Me doy cuenta de que dejé de sentir muchas cosas, de que en la vorágine de la paternidad, el trabajo, la adultez, dejé que mis sentimientos flotaran fuera de mí hasta que se confundieron con el aire y se fueron a algún lugar y yo ni me molesté en protestar. Creía que la vida era así, que todo era igual, nuevo peldaño, nueva estación, a ver cómo vamos ahora. Todo iba a recomenzar después. Ella dejó que yo hablara dando vueltas sobre lo mismo y después le pasó el teléfono a Mara para que me diera las buenas noches.

El lunes a la mañana nos vimos en el estudio de su abogada, una petisita morocha que trataba de caer bien pero no lo lograba y yo había ido con Jorge Zabonni, un amigo de mi familia.

Nos saludamos torpemente en la sala de espera, con un beso casi al aire y con un apretón de manos inconcluso. No podíamos mirarnos y le pregunté por Mara. Estaba en el Jardín, me dijo, la llevó Anita.

Jorge me leyó el escrito del acuerdo de separación que había redactado la petisita y mientras lo hacía yo la miraba, pero ella se refugió en su silencio, jugando con la tapa de su celular.

Mientras escuchaba los precisos términos del escrito, recordé lo que nos habíamos dicho por las noches y supe que nunca volveríamos a hablar así, que a partir de ahora estábamos obligados a cumplir o todo iba a entrar en el terreno de la sospecha, de la duda, de las pruebas y las pericias, en el terreno de las estrategias humanas que adoptamos para seguir viviendo sin que el peso del mundo nos aplaste.

El traidor

1

Víctor había decidido no volver a la Argentina por razones lógicas de supervivencia, pero con el tiempo esas razones se transformaron en la consecuencia de la cristalización en el lugar más profundo de su memoria de esos años que le dejaron los recuerdos más terribles.

La muerte de Mónica, su compañera, después de una detención de rutina, había roto la fibra esencial de su equilibrio político y lo había puesto de frente a una violencia demencial que nunca podía haber imaginado.

Él entendía, como combatiente, lo que era morir por un ideal, morir en la lucha, por eso nunca aceptó que la muerte de ella fuera tan rastrera, tan vulgar, el simple pasatiempo de tres cabos primeros que lo único que querían era cogerse a una mina y se divertían con el cuerpo ajeno como si les perteneciera, como si en las leyes de su universo el lugar de Mónica fuera el de una cosa que estaba para usarla hasta tirarla.

Su muerte fue el aviso para que su instinto de conservación se impusiera a la disciplina política y lo obligara a dejar todo para escapar lo antes posible a cualquier lugar. En ese momento no evaluó la decisión, tal vez pensando que lo iban a entender, subestimando la gravedad de lo que estaba pasando, y se convirtió en el primer sospechoso de la traición.

No tenía lugares para elegir, ni amigos a los que recurrir y por una serie de casualidades terminó en México, donde al menos se hablaba el mismo idioma, hacía calor y a los exiliados argentinos los rodeaba un hálito de resistencia romántica que los beneficiaba.

No tenía nada claro, sólo que debía irse y evitar que la muerte lo alcanzara también. Cuando se fue prometió volver para vengar la muerte de Mónica.

Para el fue una retirada táctica, pero para los que se quedaron, su partida era la prueba palpable de la traición y desde ese día quedó en el recuerdo de todos como el entregador.

La última imagen que tuvo del país fue el brillante cuadriculado de una ciudad gigantesca dibujada en el cielo nocturno, recorrida por vías blancas de neón que marcaban las avenidas, y las palabras de despedida de su madre en los oídos.

Después, un intermedio de atontamiento a cuarenta grados bajo cero, hojeando revistas extrañas, tomando café y mirando las nubes deshilacharse por la ventanilla del avión.

Los apurados contactos de última hora le permitieron encontrar al llegar al D.F. un lugar para quedarse, el que tomó con la precariedad que le dictaba el convencimiento inicial de que en cualquier momento estaría en un avión de vuelta.

Los primeros días no podía desprenderse de nada, vagaba por esa ciudad tan extraña, inmensa y contaminada, haciendo planes, imaginando acciones espectaculares, contando los muertos que iba a tener en su haber, enumerando a los compañeros que lo iban a acompañar en la operación, mientras se desesperaba por noticias del país.

Y las noticias no eran buenas, muchos que se habían ido a México, aquellos que no podían olvidar todavía, se reunían y comentaban lo que iba pasando.

La situación parecía empeorar para el campo popular, decían, y aunque algunos pensaban que iba a haber adelantamiento de elecciones, otros, como él, creían que iban a venir otra vez los militares.

Cuando lo que había intuido se produjo y los militares tomaron el poder se dio cuenta de que sería muy difícil volver, de que la venganza se estaba volviendo imposible, de que la distancia se convertiría en el único remedio para su dolor.

Todos los días trataba de pensar en otras cosas, pero terminaba llorando, por él, por Mónica, por los compañeros. El sabor de la derrota se le había metido dentro del paladar y, en ese momento no lo sabía, pero no lo abandonaría jamás.

Estaba frente a una vida sin regreso, y lo que era peor, sin Mónica. La pequeña luz de esperanza, la secreta

ilusión de volver triunfante a ese país del sur tan lejano comenzó a esfumarse.

Tuvo que pensar en otro futuro, enfocarse, pensar en comer, en dormir, en vestirse, tuvo que aprender a pensar en él como ser humano individual y no como el brazo ejecutor de alguna revolución.

Al tiempo, y gracias a que su desgraciada fama no había tenido tiempo de trascender, consiguió un empleo en la Universidad Autónoma como corrector de la Editorial, lo que lo sumergió en la rutina y la previsibilidad.

Sus compañeros de trabajo lo trataban con consideración, y él devolvía silenciosamente esa solidaridad sincera y necesaria, amaba a esos desconocidos que no le preguntaban nada y tal vez lo admiraran o lo envidiaran, o ambas cosas a la vez.

Así, de a poco, comenzó a vivir como todos. Decidió, no sin dolor, ir apartando de su vida los testigos de la derrota.

Lo primero que hizo fue dejar de ver, gradualmente, a todos los ex compañeros de militancia, a sus mujeres, a sus amantes.

Esa parte era la fundamental y a la vez la más dura, porque su conciencia no lo dejaba tranquilo. Cuando menos lo esperaba hacía retumbar en su cabeza la palabra "traidor", que rápidamente se transformaba en la cara de Mónica enterrada en un cementerio blanco junto con su compromiso y su heroísmo. Ninguna traición de su conciencia sería suficiente para ocultar la realidad.

Ellos eran unos derrotados en tierra extraña, se habían ido de su país y la única forma de sobrevivir era comenzar una nueva vida, era pensar que una página se había llenado, pero había otras en blanco.

La razón le servía a veces para intentar algunas explicaciones, pero otras, sentía su corazón estallar de tristeza y llegaba fácilmente a las lágrimas por todo el resentimiento que eso le producía.

¡Puta madre!, decía cuando se hundía hasta el fondo, manejaban un millón de tipos, tenían la revolución a la vuelta de la esquina y ¿qué pasó, mierda, qué pasó? Cuando estaba así, tomaba un poco de tequila para que el tiempo pasara más rápido y no lo dejara anclado en el pasado.

La relación con sus compatriotas se fue enfriando, se fueron distanciando porque algunos seguían considerándolo un traidor, otros simplemente un fracasado o un posible denunciante del cual había que cuidarse.

Él no era nada de eso, al contrario, después del golpe quería que lo dejaran tranquilo, que nadie le recordara que había tenido un pasado en la Argentina, y que en ese pasado hubo mucha violencia y muerte.

Formó pareja con Paula, dos años mayor, una mujer que en otra época hubiera considerado del montón, pero saludablemente ignorante de sus rencores y frustraciones de revolucionario.

Con ella adquirió la tranquilidad de la rutina, la pasión en voz baja, el sosiego que parecía perdido. Después llegaron dos hijos morochos y flacos, Paul y José Esteban, hijos a los que les contó lo único que quería que supieran de su padre.

En los años siguientes volvió apenas una vez a la Argentina, en una visita familiar y anónima porque su proyecto del olvido había sido exitoso. Las nuevas raíces, los nuevos recuerdos dejaron en la zona más oscura de su memoria los años pasados allí.

Tres décadas después de su partida llegó una carta, fechada dos meses antes y dirigida a su domicilio anterior, donde su hermana le informaba que su madre había muerto.

Él se sorprendió un poco, porque no sabía que su madre estuviera enferma, por el escaso contacto con su familia, embarcado como estaba en borrar de su vida todas aquellas cosas que le habían hecho mal.

En ese momento tuvo una súbita sensación de compasión tardía y se dio cuenta de que sería imposible

evitar el regreso. Su hermana le pedía que volviera a ayudarla con la sucesión. Ella sola no podía. Él sabía el porqué. No era solamente por la ausencia de su padre, internado en un geriátrico y demasiado achacado como para poder decidir algo, sino también por la suya, el hermano mayor perdido en la distancia. Dobló la carta y la guardó en la caja de zapatos con un cartel que decía cartas. Habló con Paula. Ella se ofreció a acompañarlo, podía pedir días en el trabajo. Él le dijo que mejor no, que los chicos tenían que ir a la escuela, los pasajes eran caros, serían sólo unos días. Ella entendió que quería ir solo y lo abrazó. Le dijo que alguna vez tenían que sentarse a hablar. Él la miró en silencio y le dijo "sí, a la vuelta vamos a hablar de todo".

Esa misma noche comenzó a organizar el regreso para dar el último saludo a su madre, y de esa forma tal vez devolver a su conciencia una aparente calma que ahora se había quebrado.

No iba a ser el regreso del hijo pródigo, ni del nostálgico que se iba a ir a azotar mirando el Monumento o Humanidades, no, era el regreso de otra persona,

alguien que ya no era el que fue, alguien que era el producto de ese otro que se quedó en los lugares que iba a volver al ver.

También, sabía, iba a sacarse una curiosidad oculta y recurrente. Quería conocer el destino de los demás, pensaba que estaba entero como para enterarse de todo sin que nada pudiera afectarlo. Aun la tumba de Mónica.

Quería ver, al menos por una vez, qué se había hecho de los otros, cómo estaban los demás, de qué manera habían tratado los años a toda esa gente.

2

Llegó a Ezeiza y un moderno colectivo de Manuel Tienda León lo trajo a la realidad. Ahora recorría Rosario con un dejo de melancolía. Miraba los lugares de su juventud, cristalizados en su retina, donde alguna vez vivió días que ahora parecían fotos desteñidas. Esos lugares, cuántos años, cuánta gente, otro aire, otra ciudad.

Qué decía, cuál era su ritmo para caminar entre la gente, que ahora parecía la misma, que continuaba con su antigua indiferencia. Era una confirmación silenciosa de que estaba definitivamente afuera.

Todo había cambiado tanto, y sin embargo reconocía el aliento de la ciudad, los lugares tan potentes. Temía este momento, temía que en el fondo de su corazón hubiera quedado una brasa angustiada, una brasa insignificante y sin importancia, sin nombre, un olor a café, un grito, una canción, una brasa de la cotidianidad que, sin embargo, podía ser la que en definitiva iniciara los fuegos de la desazón ante el espectáculo de los años perdidos.

Afortunadamente no fue así, se dijo; de otra manera, se convenció, hubiera sido una tarea casi imposible la de haber vivido todos estos años donde los vivió y como los vivió.

Conocía bien a ex compañeros, ex compatriotas que nunca se dieron cuenta de lo que pasó, que todavía seguían con las mismas frases, la opción por los pobres, el castigo a los culpables, frases hechas, llenas de polvo,

frases de reconocimiento-repulsión, frases de persecución, discursos blindados que no podían procesar la súbita fortuna de ex compañeros devenidos prósperos empresarios.

Algunas personas seguían con el mismo dejo nostálgico y de macho abandonado, sólo que ahora la queja era distinta, pero en esencia era la misma desazón, la misma inconformidad malsana, destructiva, como si esa inconformidad permanente fuera constitutiva de toda su personalidad.

La soberbia del taxista que le dice "cómo nos robaron en el mundial" es la misma que tenía el general borracho cuando decidió invadir las Malvinas, y es la misma de sus compañeros que quisieron crear una sociedad más justa, pero desde la violencia.

Todo se mezclaba y se dio cuenta de que era imposible que ello no sucediera. Su conciencia había muerto hacía mucho tiempo, por eso sus pensamientos poco solidarios, cáusticos, irónicos no lo molestaban, no le molestaba cagarse un poco de risa de los tipos que todavía hablaban de la política como un instrumento en

pos del bienestar social, sabiendo que no era más que un trabajo como cualquier otro, sólo que los sueldos eran más altos.

Ya había pasado el día anterior por la amable recorrida turística que le había dado el Gordo Conde, en su Ford Escort, desde Pellegrini por el bajo hasta los shoppings nuevos, después de la cancha de Central, con todos esos edificios formando una pared frente al río. Luego otras vueltas por Echesortu para ver qué poco se conservaba, el parque Independencia, el parque Urquiza y de nuevo a casa, a comer el asado del primo Esteban.

Llegó hasta El Cairo y se sentó a una mesa frente a la gigantesca vidriera en la cual habían transformado el lugar.

Una moza jovencita y apurada lo atendió en actitud automática, y después se quedó tomando el cortado leyendo *La Capital*.

Quien lo viera allí no podría sospechar que era un extranjero, que estaba afuera, y la conciencia de esa soledad lo molestaba pero a la vez lo tranquilizaba.

Las noticias del diario eran buenas, todo parecía ir bien, o tal vez era la percepción del humor de la gente y el país seguía igual de mal pero a nadie parecía importarle, podrían anunciar para mañana un terremoto y los argentinos que sobrevivieran dirían que nadie acató la sugerencia de la evacuación porque pensaban que era una maniobra política del gobierno.

Terminó el cortado y se dio cuenta de que los días estaban pasando sin demasiados problemas, no había más lugar para conflictos en su familia porque su hermana era como un mueble y su padre no respondía, así que, después de encargar todo el tema de la sucesión de su madre a un abogado amigo de su hermana, olvidó el tema familiar y se dedicó a dejar pasar el tiempo hasta firmar las escrituras para volver.

Repasó lo que había hecho. El reencuentro con su hermana Elsa lo puso frente a una mujer avejentada a fuerza de un matrimonio basado en la infidelidad mutua y en el sadismo exacerbado de dos encamadas al mes.

Cuando se fue, Elsa estaba aún en la secundaria y su relación con ella era el recuerdo del tiempo que habían

compartido en la niñez, porque los últimos tres o cuatro años habían sido un torbellino que lo convirtió en un extraño para esa hermana que comenzaba a crecer.

Había vuelto de México para su casamiento, una semana idílica y extraña, fuera del tiempo, una semana familiar, en la que todos habían puesto lo mejor de sí para que, al menos durante tan pocos días, fueran una familia.

Él se sorprendió hablando con su padre de lo que había pasado sin discusiones explosivas, hablando con su madre de viejos conocidos, de hijos de parientes que se habían casado, de muertes y nacimientos. Hasta con Elsa tuvieron tiempo de contarse confidencias, de planear el futuro, de hacerse las promesas de seguir viéndose que se hacen los hermanos.

Elsa era una mujer enamorada, se veía en sus ojos. Su futuro marido era un tipo agradable, se conocían de la facultad y parecían formar una pareja a prueba de balas.

Además, la imagen que tenía desde siempre de ella era la de una persona a la que nada en la vida le podía ir

mal, una persona que tenía la suerte de hacer siempre lo que quería y que todo eso le fuera bien. Con esa imagen mental y su correlación con la realidad de esa pareja, sólo podía esperarse una familia feliz.

Y en ese momento ese entorno familiar había funcionado, habían abierto sus corazones como hacía años no ocurría, y eso había significado una vuelta al viejo hogar, tanto que se planteó volver. Entonces no habían hablado de política ni él había salido del círculo protector de su familia. Nadie de afuera supo que había regresado.

Volvió a México con la decisión casi a punto, pero luego el peso de las cosas ordinarias fue llevando esos deseos hacia los márgenes de su vida, hacia el rincón de los sueños incompletos. Se casó al final con Paula, en una ceremonia en la que no pudo venir nadie de la Argentina, y después fueron naciendo los hijos. Las cartas de Rosario no abundaban y así el tiempo pasó con el apuro suficiente como para atarlo definitivamente a su vida de medio mexicano.

Con este viaje se daba la última oportunidad, y ahora, después de días de recorrer la ciudad, de hablar con Elsa, y de sentirse fuera de todo había tomado una decisión. La familia idílica no existía y tal vez nunca existió. La guerra existió y se perdió. Su lugar no era éste, cualquier otro sí, pero no éste. Se dio cuenta de que había encontrado lo que había venido a buscar. Estaba, al fin, a salvo.

El llamado

Las discusiones habían comenzado hacía unos meses. Primero por la plata, después porque el negocio no andaba todo lo bien que él quería y ella prefería menos plata pero más tiempo juntos. Después por la intensidad de sus encuentros, por la medianía de su relación, por la laxitud de sus sentimientos. Lo que había comenzado como la consecuencia del cansancio lógico de tanto tiempo compartido, se había convertido en incomodidad y crispación, en el estado habitual de su pareja.

Ese día, la discusión había sido menos concreta que en otras ocasiones, pero igual de dolorosa. La sofisticación de los reproches era su especialidad y cuando a Fernando se le terminaban los argumentos, le nacía la intensa necesidad de irse, de poner tierra por medio de los dos, así que otra vez se había ido y la había dejado sola, desplazada y vulnerable.

Se estaban acostumbrando, malamente, a que la calidad de la relación se deteriorara lentamente como le ocurría a todo el mundo, a pesar de que ellos se consideraban

una pareja distinta a todo el mundo y se habían jurado que nunca se harían daño, que iban a separarse antes de hacerse sufrir.

Vera miraba por el balcón el tráfico lento de calle Rioja mientras escuchaba la radio. Fernando la había dejado sintonizada en un programa que le gustaba, conducido por un tipo que se hacía el canchero con los oyentes y que basaba su módico éxito en la aplicación indistinta de mala educación, desprecio por el prójimo y falta de humildad. En opinión de Vera, tenía lo peor de un típico porteño. Hijo de puta, soberbio y discriminador, pero Fernando le decía que no le importaba lo que era el tipo porque no era su amigo, pero que le divertía escuchar las boludeces que le decía a la gente.

El tipo de la radio sanateaba de cualquier tema, contaba anécdotas en las que siempre quedaba bien, daba consejos, se reía de los defectos ajenos, era misógino casi a los gritos, alardeaba de filosofía de la calle y no tenía escrúpulos en dejar al ridículo a cualquiera que se le cruzara en el teléfono.

En ese momento hablaba una chica que trataba de contar algo que le angustiaba con una voz que parecía a punto de quebrarse, mientras el tipo le decía que si no cambiaba esa voz de sometida todos los tipos la iban a cagar igual que el que se fue. Ella trató de decirle que las cosas no eran tan claras, que había amor, pero él la cortó diciendo "sos un bajón, nena, andá, andá para el fondo, date cuenta de que te merecés que te caguen. Amor, dijo la boluda".

La violencia de ese corte y las risas de la claque al comentario final, algo sobre que las minas sometidas que no se dan cuenta son las más felices, la indignó.

Escuchó el número al que había que llamar e intentó unas cuantas veces, hasta que la atendió una chica, que le tomó el teléfono y le dijo que tal vez no saliera hoy, porque tenían una hora de programa nomás, pero que esperara, que la iban a llamar, si no era hoy iba a ser mañana.

Ella colgó el teléfono y salió al balcón. Hacía calor y pensó en Fernando. Seguramente se había ido al ciber de la vuelta para jugar a alguno de esos juegos en línea

que le gustaban o a chatear con desconocidos, afición que ella conocía y que le parecía una banalidad, una pérdida de tiempo, tan ínfima que no le daba siquiera motivos para sentirse celosa.

Vera se quedó pensando en ellos, en Fernando, en su trabajo en la Municipalidad, en los hijos que le gustaría tener algún día, en el viaje a Gesell del verano pasado, en la fiesta de quince de su ahijada. Pensó en que la vida la había dejado al borde del camino, estaba sola a merced de los deseos de los demás, debía decidirse a volver a ser esa persona independiente que era cuando conoció a Fernando. Pensaba en esas cosas cuando sonó el teléfono.

Entró, sobresaltada, y atendió. Eran del programa. La chica le dijo que iba a salir con Baby. Ella se puso más nerviosa que lo normal, sus pensamientos andaban dispersos y el discurso que le hervía en la sangre cuando decidió llamar al programa se había extraviado en algún rincón perdido de su cabeza. Había sido tan claro lo que le iba a contestar, tan razonable, patente y tan hiriente como su comentario que, al no encontrar las palabras, su seguridad se desvaneció y comenzó a transpirar.

Escuchó la voz nasal de Baby que le dijo "Holaaaaa, ¿quién sos?"

–Hola, soy Vera.

–¿De dónde sossss?

–Te estoy llamando desde Rosario –contestó.

–De Rosario, mirá, Ferchu, una rosarina, dicen que todas las minas están buenas en Rosario, che, ¿es cierto eso, Vera?

–Sí, eso dicen, seguro que sí –contestó, sorprendida por la pregunta.

–¿Vos estás buena?

–Y, sí –contestó ella, sonriendo a su pesar.

–Dale, no te hagás la estrecha, con esa vocecita te debés tumbar muñecos a lo loco –el comentario provocó risas grabadas.

–Es que…

–Dale, igual no importa, no era por eso que llamaste, ¿no?, ¿qué querías contar?

–Nada, bueno, es que escuché que a una chica le dijiste que tenía voz de sometida y pensé…

–¿Y qué? Si la pobre mina tenía una voz de sometida bárbara, ¿no la escuchaste? Pobre mina, encima ahora viene otra que la sale a defender, parece que hoy avivamos a todas las sometidas, me van a denunciar los maridos, ja, ja, ja –las risas grabadas se volvieron a escuchar.

Vera se ruborizó. Intentó mantener la calma y responder coherentemente, pero no le salía la voz. Las palabras de su discurso estaban empañadas por la rabia de no poder decirlas.

–¿Y vos sos una mina sometida? Digo, pregunto, por la voz, tenés un tonito de no me grites más, por hoy es suficiente, mi amor, ¿no?

–Yo quería decirte que me pareció de muy mala educación como la trataste a la chica y que no tenés derecho…

–Andá, vos también, quién te manda a juntarte con un tipo que te basurea, al final los tipos tienen la culpa de que a las minas les guste que las sometan.

–No soy una sometida, no me podés decir eso si ni siquiera me conocés –articuló, buscando razonabilidad en su respuesta, Vera.

–Mirá, nena, no tengo que conocerte a vos, pero ¡sabés cómo conozco a las que son como vos!!! A quejarse a la Iglesiaaaaaaaa, chau, saludos a Rosarioooooo.

El tipo cortó y ella se quedó con el tubo en la mano. El tipo hizo un comentario sobre ella, que no llegó a distinguir, pero sí escuchó las mismas risas de fondo. Se reían de ella. Soltó el tubo y se levantó. La cara le ardía y las lágrimas caían sobre el piso.

Sintió la llave en la puerta. Fernando entró y ella corrió a abrazarlo. El llanto se hizo sonoro sobre su hombro. Él la abrazó fuerte y la llevó hasta el sofá. Se sentaron y le acarició la cabeza hasta que ella se quedó dormida.

Egresados 82

1

"Diecisiete años en Nueva Delhi cambian a cualquiera", dijo al aire Walter después de kilómetros de silencio y aturdimiento, mientras una Estación de Servicios desierta desaparecía a su derecha. Era la única respuesta que se le había ocurrido, después de muchos kilómetros de meditar, a las muchas preguntas sobre su vida, pasada o actual, que pudieran hacerle sus antiguos compañeros de curso.

Le parecía inadecuado ilustrar su pasado con anécdotas porque podría parecer soberbio o mitómano, y lo que menos quería era introducir una interferencia de ese tipo en la posible química del encuentro. No iba a decirles que era amigo de Naomi Campbell, que durmió con el baterista de INXS en Turín o que había pasado cuatro días de fiesta en Berna con Rod Stewart y dos de sus novias. Tampoco que en Vietnam, en unos de sus períodos oscuros, había aceptado pagar mil dólares por ver cómo mataban a una mujer a golpes en un sótano junto a cuatro turistas dinamarqueses o que ese mismo

día comió un menú hecho de carne humana como parte de una ceremonia que nunca entendió. Su vida estaba llena de episodios increíbles, oscuros y patéticos, muchos de los cuales ni recordaba y de los que no sentía orgulloso, y por eso nunca se los contó a nadie, aun en la más estrecha intimidad.

Viajaba hacia Oberá por la Ruta 14 en un Vectra alquilado en Hertz y mientras la música del unplugged de Nirvana se repetía en loop, formando una pared de sonido que se confundía con el zumbido del motor, él no podía dejar de imaginar, a veces ansioso, siempre a punto de arrepentirse, los posibles escenarios del reencuentro al cual se dirigía.

Había vuelto al país después de ocho años, por el cambio de gobierno y la obligación política de presentar las renuncias a cada nuevo Ministro.

Como era costumbre, su renuncia y la de todo el cuerpo diplomático en Asia iba a ser rechazada y podría volver a su puesto de Director de Protocolo en Nueva Delhi, con responsabilidades sobre el resto de los países de

Asia en los cuales el país tenía representación diplomática.

Mientras miraba los naranjos oscuros a los costados de la ruta, mientras recibía bocinazos y conducía como si fuera un extranjero, el motivo de su viaje no terminaba de encajar en su cabeza.

El impulso inicial se había desvanecido, la curiosidad casi malsana para ver cómo le iban las cosas a la gente con la que compartió la adolescencia era hipócrita y triste, porque él sabía que no tenía ningún interés genuino en la suerte de esas personas. Ignoraba si ellos lo recordaban de alguna manera también. Se preguntaba, entonces, si necesitaba ese reencuentro, si quería hacerlo, pero no encontraba la respuesta adecuada mientras seguía manejando por la extraña costumbre que tenía de no abandonar lo que había empezado.

Desde su llegada paraba en un hotel de Las Cañitas y se drogaba en un boliche de Palermo Soho que le había recomendado una amiga de la embajada. Estaba acostumbrado a la vida nocturna, y a hacer amistades de

cualquier género, su forma de llenar el espacio de la pareja que nunca tuvo. Hablaba solamente en inglés para pasar por turista. Le gustaba ese trato distinto, casi preferencial, que obtenía de algunas personas, salvo de aquellos que buscaban sacar ventajas frente a un extranjero al cual caracterizaban al instante como ignorante o demasiado ingenuo.

Buenos Aires estaba carísima para sus habitantes, como siempre, pero era un destino barato para cualquier turista. De todos modos, no dejaba de ser la misma ciudad poco amigable habitada por estúpidos y ventajeros, acaso orgullosos de su triste y banal identidad porteña.

Las primeras horas estuvo inmerso en un incómodo jet lag, esa sensación que, le gustaba repetirlo porque lo había leído y le parecía poético, se producía porque su cuerpo había viajado más rápido que su alma. Se imaginaba entonces que su cuerpo estaba aquí, pero su alma todavía viajaba a diez mil metros de altura, planeando por el Océano Pacífico, fijada a su corazón por un hilo invisible que, lentamente, se estaba enrollando.

Había venido por unos días y la primera noche sorprendió a su madre con una llamada. Ella no podía creer que él le prometiera ir, por fin, a visitarla. Después de la sorpresa y las cordialidades y lugares comunes que parecían no haber cambiado nunca, le dijo que había estado Rosana la semana pasada por ahí y le había dejado una tarjeta para una cena de aniversario por los 25 años de egresados del San Pablo.

Él dijo "ah, mirá vos", y se olvidó, porque las conversaciones con su madre tenían siempre la misma dinámica de una calesita, hablaban de los parientes vivos y muertos, los vecinos, la política municipal, los muertos y desastres y de vuelta a los parientes. A él le gustaba escucharla a la distancia, pero se sentía incapaz de actuar en su presencia. Le resultaba más fácil decirle te quiero y te extraño a una ventana con el teléfono en la oreja que a la cara de su madre. Por eso, si había alguna promesa que había cumplido en la vida era la de llamarla siempre. Creía que con eso mitigaba, al menos, su prolongada ausencia.

Rosana había sido su novia los últimos tres años de la secundaria; eran una de esas parejas que parecían

destinadas a casarse y tener hijos. Los dos eran atractivos, con un estilo de belleza más cercano a la sanidad que a la lujuria y por eso parecían las dos partes de un mismo cuerpo. Sus familias eran amigas, iban de vacaciones juntos y todo parecía encaminarse hacia ese destino, pero cuando terminaron la secundaria ella se fue a estudiar Odontología a Corrientes, como lo había venido sosteniendo todo el tiempo y él, en lugar de cumplir con su parte y mudarse a estudiar Ingeniería Civil en Resistencia, decidió a último momento inscribirse en un Instituto terciario de Buenos Aires para cursar la carrera de Relaciones Exteriores.

Ella tardó unos meses en darse cuenta del daño que esa decisión había provocado a su relación y tal vez evaluando una futura vida juntos le pareció que no era adecuado comenzarla de esa manera, para las vacaciones de invierno de ese año, cuando se volvieron a ver, decidió dejarlo. Él sintió un alivio que no fue capaz de compartir con nadie, pero fue como si las puertas del destino por fin se hubieran abierto. No había descubierto el peso negativo que las relaciones

absorbentes pueden producir a una edad tan temprana hasta que estuvo fuera de ella.

Esa fue la última vez que estuvo en Apóstoles. Se fue a Buenos Aires y comenzó otra vida. Se recibió y consiguió trabajo en la Cancillería. Comenzó a formar su personalidad, a tener gustos cosmopolitas y buscó prácticas y compañías que lo alejaran de su origen. No sintió culpa ni nostalgia. Lo destinaron a distintas representaciones diplomáticas y los siguientes veinte años se los pasó en el exterior.

Ahora, otra vez de vuelta, continuaba con su rutina de fiestas en embajadas y visitas a despachos oficiales para justificar su trabajo. También era parte de su rutina llenar las noches con gente y sustancias de moda para consumir.

Pero hoy se le había ocurrido una idea nueva y, le pareció, fantástica. Después de haber despedido a la chica rubia amiga de un patovica dueño de un gimnasio en Palermo, después de un baño y dos pastillas, se había tumbado en el sofá blanco con el control remoto del televisor para ver si le venía sueño, pero era imposible,

estaba pasado de vueltas y sentía una leve taquicardia que lo espoleaba a hacer algo.

Entonces llamó a la Conserjería y pidió que le alquilaran un coche. Había recordado la invitación a la cena de aniversario de egresados y le pareció buena idea, en ese momento, hacer algo inesperado e instintivo, algo a lo que no estuviera acostumbrado. Y el contacto social sano y desinteresado era algo a lo que no estaba acostumbrado.

Cargó ropa en una bolsa de residuos del hotel, porque la valija era demasiado incómoda, y la filmadora, Ipod y celular en la mochila. La fiesta era esa misma noche, así que iba a ir y tal vez volver al día siguiente o el otro, pero seguramente iba a ser poco tiempo. Iba a sorprender a todos, especialmente a su madre. Su promesa al fin se iba a cumplir.

Se dejó llevar por el impulso y comenzó el viaje a ese lugar donde había nacido y al cual no había regresado más. Ni la muerte de su padre había podido traerlo. Se había enterado en Hong Kong, pero estaba del otro lado del mundo y del otro lado de la vida, perdiendo los días

entre coreanos desconocidos y el dinero fácil que salía de la valija diplomática. Llamó, sí, a su madre y escuchó su llanto, escuchó en silencio todo lo que pudo antes de cortar, porque en ese momento no estaba en condiciones de responder a ningún estímulo afectivo.

Era la época en la que ya estaba consiguiendo ser esa otra persona que había dejado atrás las costumbres provincianas como una maldición. Dejó atrás prejuicios y creencias y se convirtió en un vividor, una alimaña, un cínico resentido necesitado de novedades permanentes. Todo lo que no quería ser, todos los destinos prefijados, la vida comprada, las novias elegidas, los parientes omnipresentes, todo eso lo había dejado atrás, en ese pueblo perdido de Misiones al que no volvería más. No era resentimiento se decía, pero se parecía demasiado.

Salió de la ciudad escuchando radios con conductores haciéndose los cantantes, locutoras haciéndose las sensuales y oyentes despachando su odio en mensajes al aire. El acostumbrado conjunto urbano deprimente.

En la autopista, el sol del este era un puñal en sus ojos y le entró pánico a morir en una ruta, un accidente

anónimo en una ruta de mierda por una romántica idea de mierda de ir a ver qué pasó con la vida de otra gente a la que ni recordaba y que había dejado veinticinco años atrás.

El impulso que lo había sacado de la inercia en el hotel se fue agotando y apenas logró llegar a Santo Tomé con la cabeza latiendo al compás de la música. Paró a cargar nafta bajo el sol de las cuatro de la tarde y se hidrató con un litro de agua mineral que tomó casi sin respirar. Escupió sangre y no supo por qué, aunque no se preocupó porque estaba acostumbrado a las reacciones adversas de su cuerpo.

Fue al baño y miró en el espejo su cara demacrada. Su cráneo pelado, la piedra negra que brillaba en el lóbulo de su oreja izquierda, el marco de oro de sus anteojos mojados por la transpiración. Se preguntó otra vez qué mierda hacía allí, en el baño mugriento de una estación de servicio en el medio de la ruta. Hubiera sido una buena escena para una road movie, pero esto no era una película, era su vida y él estaba solo con ella.

Se sintió como el protagonista de ese poema que había escrito Benicio: *A los amigos que se mueren en la infancia nunca los encontraremos en el cielo, barbudos o con ojeras./ Tampoco habrá lugar para ellos en el infierno, un calor sofocante que nunca tendrán que soportar/ Sospecho que los encontraremos, sí, en el patio de alguna escuela, con los dedos sucios de barro jugando algún juego cuyo nombre olvidamos hace mucho tiempo atrás,* aunque sabía que no lo era, que el del poema era Pablo, el que se había muerto de sida a los 23, Pablo, una foto en su billetera, amigo y hermano, siempre joven, siempre feliz.

Salió y en el comedor compró pastillas DRF, otra botella de agua mineral y un cd de Tránsito Cocomarola. Vio que había dos computadoras en un rincón y le preguntó a la chica que atendía si estaban conectadas. Le dijo que sí, entonces se sentó un rato a bajar mails y a googlear los nombres de algunos de los ex compañeros que recordaba, pero la vaguedad de su mente no le permitió ir más allá de las primeras páginas. Los datos eran miles, los nombres se repetían y no estaba seguro de recordarlos del todo, así que lo dejó y volvió al auto.

Sacó el CD de Nirvana del equipo y colocó el de Cocomarola. Comenzó con Kilómetro 11 y después siguió con otros chamamés que sabía de memoria, pero desconocía su nombre. Sacudió tristemente la cabeza porque esa música lo deprimía, le traía huecos recuerdos de su infancia, pero las radios se escuchaban peor y estaba demasiado cansado para mover el dial. El viaje se había transformado en una carga incómoda y el ansia por llegar le hizo olvidar por una vez sus cuidados de conductor extranjero y apretó el acelerador hasta donde pudo.

En un momento, distraído por el reflejo del atardecer y por el acordeón de Cocomarola no advirtió a dos camiones que se venían pasando y tuvo que tirarse a la banquina. Cuando por fin logró frenar, unos cincuenta metros más adelante, creyó morir. Se bajó del auto con el corazón a punto de explotar y vomitó todo lo que había comido en las últimas horas. El charco oscuro lo atraía como un remolino y el mareo no se iba. Se obligó a levantar la vista para salir de esa atracción que lo iba a paralizar. Una fila de pinos oscuros se recortaba sobre el horizonte como una embarcación a punto de partir. La

hondonada en la que se encontraba refulgía de pequeñas piedras ocultas entre la tierra roja. No sabía bien en dónde estaba, pero el color de la tierra le avisaba que estaba cerca de su destino.

Se reprochó otra vez, a los gritos, haber venido para encontrarse con un grupo de pelados, panzones y aburridos ex compañeros de escuela, compañeros que ni siquiera recordaba, chicas que seguramente se transformaron en mujeres tristes y consumidas por hijos ingratos y maridos apáticos.

Se sentó en la banquina, pero el silencio era demasiado profundo para hacerle bien. Los camiones pasaban levantando remolinos de polvo de la banquina y eso le hacía toser. Así no iba a resolver nada. Se subió al auto y siguió manejando hasta que se hizo de noche. Recorría con cuidado la ruta desconocida, llena de curvas y contracurvas y con pendientes pronunciadas que le hacían doler los oídos, hasta que en el horizonte comenzó a ver el resplandor de las luces de la ciudad distante.

Recordaba apenas la disposición de la ruta para ingresar, y tuvo que adivinar las referencias porque era poco lo que estaba igual. El Club de Cazadores a la derecha, le informó un cartel, pero no se distinguía nada. Había casas y más casas alumbradas con el reflejo azul de los televisores a los dos lados de las polvorientas calles de tierra roja.

Sabía que la cena iba a ser en el Parque Municipal, en la parrilla "La Argentina". Miró los números verdes del reloj del auto. Eran casi las nueve. Por fin estaba llegando.

La ruta pasaba prácticamente por el medio del Parque y por eso hizo un desvío en la rotonda para ingresar. Era un amplio predio arbolado, con calles internas y casas típicas de las distintas colectividades que conviven en la ciudad escondidas entre el verde oscuro de la vegetación.

Lo elevado del terreno le permitía ver al resto de la ciudad como una alfombra irregular que se desenrollaba hasta el horizonte esfumado por el calor.

Dio un par de vueltas hasta que encontró la parrilla. Pasó por el frente con temor, temor a que alguien lo reconociera y debiera bajarse de pronto, sin preparación, y ponerse a hablar, a saludar, a sonreír, pero nadie lo hizo.

Decidió esperar un poco, mirar el lugar, acostumbrarse a la situación y estacionó el auto a unos treinta metros bajo unos pinos. Parecía haber poco movimiento en general, solamente algunos autos dando vueltas y un grupo de chicas trotando detrás de una profesora de educación física. Entonces reparó que al costado de la parrilla, en una amplia galería, había un grupo de gente sentada a una mesa larga y concluyó que debían ser ellos, sus ex compañeros, los egresados del San Pablo, Promoción ‘82.

Intentó reconocer caras, actitudes, posturas corporales, pero era inútil. La distancia, la noche, los años habían hecho desaparecer partes enteras de sus recuerdos. Era mucho esfuerzo recordar el nombre de todos. No eran muchos y estaban, seguro, Rosana, y también Gladys, Rubén, Rodolfo, Héctor, Víctor. No continuó, el resto

no eran más que una mancha borrosa a toda velocidad en su memoria.

Ahora que estaba allí, no sabía qué hacer, qué decir. Ellos seguramente no lo esperaban, nadie lo esperaba, él era el dueño de uno de los lugares que siempre quedan vacíos en la foto, era el amigo que se fue al otro lado del mundo y nunca volvió. Sería una verdadera sorpresa que apareciera en el medio de la noche sin avisar a nadie, eso le aseguraría el papel estelar en el encuentro, pero no se sentía en condiciones de establecer conversaciones reales, de sacarse la costumbre del hipócrita profesional y abrir su alma para que en esta situación tan desacostumbrada y casi inverosímil pudiera ser por una vez, de vuelta, el tipo que alguna vez fue. Tampoco supo si quería intentarlo.

La casa de su madre estaba al otro lado del pueblo, podía dejarlo todo así, sacudírselo de la cabeza como un mal sueño y pasar a saludarla para volver mañana a su vida.

De pronto se vio atravesado, otra vez, por esa mirada que lo perseguía desde que se había ido. Esa mirada

hacia atrás, esa constante mirada en busca de la persona que iba a ser, del hombre mejor que iba a tomar su lugar. Esa mirada que nunca terminaba de encontrar el foco ni el destino y, menos aún, el sentido de sus desplazamientos, de su irritante complacencia, como si la autocompasión que sentía no fuera un elemento más de su carácter.

Encendió un porro aplastado que tenía guardado en la billetera y apagó la música que casi no escuchaba. Sus músculos parecieron caerse todos a la vez.

Dio una calada mientras escuchaba a los grillos y los modestos ruidos urbanos de la ciudad a lo lejos. Unas chicas cantaban, una madre llamaba a un tal Joaquín, las campanas de alguna iglesia anunciaban algo mientras que los camiones se desplazaban rítmicamente por la rotonda hacia el Brasil.

El cielo se había cubierto de estrellas, las mismas que recordaba de su infancia y una brisa leve hacía sonar las hojas duras de los eucaliptos. Estaba ahí pero no sabía qué hacer, solo sentía la tierra, la brisa, los sonidos. Sobre todo eso le llegaban, como fragancias, fragmentos

de las conversaciones de los Egresados ’82, que lo arrullaban mientras se iba quedando lentamente dormido.

La encomienda

Berenice llegó a su casa de la escuela unos minutos después de la una. Su mamá había preparado arroz con pollo, el mismo menú que habían comido tres veces en los últimos cinco días, aunque esta vez estaba un poco menos condimentado y no era tan abundante.

El menú se explicaba porque habían recibido de regalo tres pollos de un cliente del banco donde antes trabajaba su papá al que habían encontrado por casualidad frente al edificio cuando descargaba pollos desde una Kangoo.

Ella no entendió bien el motivo del regalo, pero el hombre parecía encantado de darle algo a su papá, como si conociera algún secreto que le estaba vedado mencionar en su presencia o tal vez fuera solamente una persona agradecida. Era un hombre bajito y muy amable, de ese tipo de personas que parece tener siempre algún asunto pendiente y por eso su lenguaje corporal transmitía urgencia. Ella recuerda que le acarició la cabeza antes de irse y dedicarle a su padre una mirada extraña, que a ella le pareció de preocupación.

A ella no le gustaba mucho el arroz con pollo, pero lo comía. Para ser precisos, tampoco le gustaban los fideos con aceite y queso rallado, ni las milanesas de soja, esas esponjas insulsas y faltas de atractivo culinario que su madre compraba en bolsas de cinco kilos en la dietética de la otra cuadra.

Es que ella estaba acostumbrada, como le decía su madre, a comer bien. Antes, cuando era más chica, los menúes eran diferentes, no mejores, solo diferentes. Comían milanesas de carne y pollo y a veces napolitanas, su papá hacía asados todos los domingos si no llovía y después salían a dar unas vueltas por el Parque Independencia o a caminar por la costa del Río, donde le compraban pororó o espuma de azúcar rosada. Cuando ella quería o su mamá lo indicaba, podía comer postrecitos Serenito, Actimel, yogur, galletitas dulces y saladas, alfajores Terrabusi negros, y era por todo eso que ella no podía acostumbrarse al cambio.

Aunque tenía 10 años y su única preocupación en este momento era que para su cumpleaños de 11, para el que faltaban apenas tres meses, le compraran una computadora para poder chatear con las chicas de la

escuela. Las vagas promesas de esa compra y las charlas en voz baja que mantenían sus padres cuando creían que ella no escuchaba le daban la impresión de que algo extraño pasaba, que como ella era chica todavía no lo podía comprender. Su madre le había enseñado que no se metiera en conversaciones de adultos ni opinara sobre cosas que no sabía, y eso, lo que estaba pasando, lo consideraba algo de adultos.

Recuerda que hacía un tiempo sus padres le habían dicho, como al pasar, que papá había dejado el banco para estar más tiempo con ellas y poner un negocio donde iban a atender él y mamá. Ella era más chica, tenía ocho, y creyó que su papá se había cansado del trabajo como ella a veces se cansaba de hacer las tareas de la escuela o de jugar con Verónica. Tiempo más tarde sus padres abrieron el negocio que habían anunciado. Era un pequeño bazar lleno de regalos y pequeñas imitaciones importadas que quedaba por Sarmiento al 1400. Todas las tardes, como no tenían con quien dejarla en casa, se iba a atender el negocio con su mamá o con su papá. El local tenía un pequeño privado en el fondo y allí ella hacía su tarea. A ella le gustaba porque

se entretenía con las cosas que vendían y se había hecho amiga de la chica que atendía con su mamá y del chico del garage de al lado.

El negocio no había sido un acierto y eso ponía nerviosos a sus padres. Las discusiones no eran visibles, pero el trato entre ellos había comenzado a cambiar. Escuchaba a veces a su madre hablar sola en el baño, o veía a su padre fumando en el balcón negando con la cabeza. Escuchó a su padre reprochar a su madre que el alquiler del local era alto, que había sido un capricho suyo, que nunca había tenido un negocio. Habían contratado a dos empleadas y para poder continuar tuvieron que despedir a una de ellas. La chica, que era la que mejor la trataba, se portó bien y aceptó cobrar una indemnización menor a la que le correspondía y le dijo a su madre que lo había hecho porque la quería a Berenice.

Pero eso no fue una solución, vendían poco y al final decidieron cerrar. Pagaron una multa en la inmobiliaria por rescindir el contrato antes del vencimiento, y le pagaron a la otra empleada una indemnización. Esa noche, mientras comían puchero, su padre dijo que

había sido un error, pero que no se preocupara, la gente se equivoca todo el tiempo y sin embargo sigue viviendo, todos aprendemos algo todos los días, le dijo con una sonrisa que no podía disimular su desazón.

Sus padres volvieron a estar todo el día en la casa, porque su mamá había renunciado a las horas de Inglés que daba en el Colegio Cristo Rey para dedicarse al negocio, y su papá comenzó a comprar *La Capital* para ver si salía algo interesante. "De mi perfil", decía.

A ella le gustaba que ellos estuvieran en casa para atenderla, no como le pasaba a la mayoría de sus amigas, que solo veían a sus padres a la noche. Aunque también era cierto que le parecía una situación desacostumbrada. Se consolaba pensando que eran sus padres y eran grandes, seguramente sabían lo que hacían.

En esos días tuvo que dejar el club, porque la cuota de Gimnasia y Esgrima era demasiado alta, y además, cuando vendieran el auto, le iba a ser difícil llegar hasta el Parque Independencia para las prácticas de hockey.

Le explicaron que era chica todavía y que podía comenzar el año siguiente o el otro.

Los días pasaban y las cosas seguían estancadas. Sus padres ya no se cuidaban de discutir en su presencia y una noche tuvieron una discusión tan fuerte que su papá al día siguiente se fue a Las Parejas a ver si podía hacer un negocio con el abuelo. El abuelo tenía una tornería industrial, aunque, por lo que ella sabía, estaba jubilado y se dedicaba a tomar mate con la abuela y jugar a las bochas en el Boching Club con sus amigos. Su papá le acarició la cabeza y le dijo que no se preocupara, que se le había ocurrido una idea fantástica que iba a hacer que las cosas comenzaran a mejorar.

–Ah, y cuando me enderece lo primero que te voy a comprar va a ser la compu –le dijo, y ella le sonrió. Le gustaba ver a su papá animado y feliz. Él la llevó a la escuela y se fue para Las Parejas.

Lo que encontró su padre en Las Parejas no era lo que su desesperación necesitaba. La tornería que recordaba, un amplio galpón ruidoso con un polvillo permanente que le secaba la garganta, ya no estaba. Las espadas de

luz que salían de los agujeros en las chapas del techo le mostraban las mismas viejas máquinas viejas, tal vez obsoletas y, si bien el abuelo conocía a gente que le podía traer trabajo, un primer inconveniente era que su padre no era tornero. Se había ido, justamente, de Las Parejas para no seguir el oficio familiar. Su padre se quedó inmóvil, en silencio, tratando de leer en esas máquinas carcomidas un atisbo de su futuro, pero le resultaba casi imposible.

El abuelo, al verlo así, propuso ir a verlo a Rolando, un amigo que tenía un taller de rectificaciones industriales y al que le iba muy bien. Al taller lo dirigían los dos hijos de Rolando. El menor, Juan Carlos, había ido a la escuela con su papá y se puso muy contento de verlo otra vez. Se pusieron al día con las noticias de conocidos comunes y después recorrieron la planta. Su papá miraba todo con entusiasmo y hacía cálculos mentales sobre el éxito de su tornería. Cuando volvían con su abuelo, no paraba de repetir datos y detalles que le había dicho el hijo de Rolando. Se había encandilado con el futuro y confiado en su voluntad, como si con el

solo hecho de querer algo con toda su voluntad tuviera la fuerza suficiente como para convertirlo en realidad.

Al día siguiente se levantó temprano y con su abuelo se dedicaron a intentar poner en funcionamiento las máquinas, pero el torno, la amoladora, la fresadora, incluso el serrucho industrial cuyo ruido se había quedado clavado en su mente desde pequeño, estaban sucios, oxidados, fuera de escuadra. Podía pasar el día entero intentando encontrar la forma de utilizarlo pero algo le decía que esas máquinas no iban a funcionar.

Su abuelo después del mediodía se fue y su padre, solo en el galpón, siguió golpeando, lijando, cepillando, pero lo hacía más por rabia que por esperanza.

A la tarde se fue hasta el taller de Rolando y consiguió traer a Juan Carlos para que le diera una opinión. Juan Carlos le hizo la gauchada y le confirmó lo que ya sospechaba. Que iba a necesitar rectificar todas las máquinas y que eso le iba a costar un montón de plata.

Su padre se despidió de Juan Carlos con un leve temblor en los labios y cuando volvían a casa se enfureció con el

abuelo y le reprochó haber dejado a las máquinas caer en el abandono. Su abuelo le contestó, con razón, que él le había dejado en claro, cuando ingresó al banco, que nunca iba a ser un tornero, que el lugar de aprendiz se lo diera al Mencho Zabala. Su abuela quiso intervenir pero el rencor y el resentimiento eran demasiado intensos entre ellos como para entender sus razones.

–Encima que te doy una mano, venís a putearme a mi casa –le dijo el abuelo.

Siguió una discusión a los gritos, compuesta por una larga serie de reproches guardados durante años y que aparecieron todos de una vez. Su abuela los escuchaba, lagrimeando, con el mate en la mano, sin poder tomar partido por ninguno de los dos, porque a ambos los amaba por igual y le parecía injusto tener que elegir uno de ellos.

Su padre se fue haciendo una escena, con un portazo y, ya dentro del auto, comenzó a llorar sintiéndose vacío, inútil, incapaz de llevar adelante su vida y la de su familia.

Esa noche le costó volver, pero lo hizo y lo único que les dijo fue que los abuelos les mandaban saludos y que un día de estos iban a viajar a visitarlos. Le entregó un peluche que había comprado en una estación de servicios antes de llegar, y le dijo que se lo mandaban ellos. Berenice se alegró, porque sus abuelos no eran muy comunicativos con ella y el regalo le hizo bien, así que esa noche rezó por ellos antes de dormirse.

Cuando las clases terminaron le dijeron que la iban a cambiar de escuela, que iba a pasar del Misericordia a la Mariano Moreno y trataron de convencerla de que no iba a sentir la diferencia, aunque también le explicaron que por ahora no había opciones. La matrícula y la cuota habían aumentado mucho y ya no iban a poder pagarla. Ella aceptó el cambio sin problemas, iba a extrañar a sus amigas, pero igual las iba a seguir viendo en los cumpleaños o en el shopping. Su padre le dijo, además, que estaba averiguando precios de la compu así iba a poder chatear con sus amigas aunque se cambiara de escuela. “No me olvidé, ¿viste?”, le dijo y le acarició la mejilla.

Ella los quería y nunca se quejaba. Sabía que trabajaban y que las cosas iban a mejorar, pero las palabras de su padre comenzaron a parecerle un resignado sinónimo de la eternidad.

Su cumpleaños pasó y la computadora no estuvo entre los regalos, pero sí una remera rosada y unas chatitas doradas. Además, su mamá le dijo que le iba a comprar un chip nuevo para su celular y así ella lo podía usar para mandarse mensajes con sus amigas.

Pasaron las vacaciones en una especie de embotamiento familiar agravado por el calor y la falta de proyectos, hasta que al fin comenzaron las clases y ella comenzó en la escuela nueva. El cambio fue traumático y su madre se sintió culpable por haberla puesto en esa situación. Ella no quería sentirse mal, pero extrañaba a sus amigas, extrañaba la forma en la que la trataban en la escuela y se sentía sola y sin fuerzas. Los días fueron pasando y una extraña fortaleza la ayudaba a terminar el día y llegar a su casa con mejor ánimo, para evitar que su madre se sintiera peor. Se sentía obligada a sentirse bien, a no sumar problemas ni preocupaciones.

Así llegó a ese día, el del arroz con pollo, el día en que fue a su habitación y se encontró con la encomienda abierta sobre la cama. Lo que había adentro de la encomienda y ahora estaba esparcido sobre su cama era ropa. Ropa de sus primas mayores de Paraná, para ser más precisos.

Su tía Chela había juntado lo que Micaela y Franca no usarían más y se lo había enviado. No podía saber si su madre se lo había pedido o ella lo había hecho de propia voluntad. Era ropa muy linda y de marca pero usada.

Su madre estaba encantada y mientras miraba la ropa decía que la tía Chela siempre había tenido gusto para comprarles ropa a las chicas, que las tenía como unas princesitas. No sabía por dónde comenzar, era mucha ropa y estaba radiante, como si la destinataria del regalo fuera ella y no Berenice. Le pidió que se sacara el guardapolvo y se probara la ropa a ver cómo le quedaba.

–Seguro me queda todo bien –le contestó–, las chicas son más grandes que yo, así que seguro que me quedan bien.

–¿Qué, no te gusta? Mirá que lindo este jean –dijo.

–Bueno, mamá, está bien, ahora me pruebo –dijo, tratando de sonreír.

Se sentó en el suelo para sacarse los zapatos mientras miraba por la ventana. Afuera había comenzado a llover y la encomienda en la cama y esa ropa que con tanto entusiasmo su madre hacía flamear frente a su cara la llenaron de una extraña desazón.

Tuvo que aceptar lo que no había querido aceptar. Las cosas habían cambiado en forma acelerada y eso la hacía sospechar que estaban llegando hacia un estado cercano a la pobreza. Era chica para saber lo que era la verdadera pobreza, pero ella se sentía así. La computadora no se la iban a comprar ni para su próximo cumpleaños ni para otro, comerían asado cuando algún amigo los invitara y ella se vestiría con la ropa usada por sus primas de Paraná. Serían pobres ahora. Iban a ser pobres mañana, y más adelante. Iban a tener que aprender a vivir así, salteándose comidas, usando ropa regalada, pidiendo prestado.

No sentía tristeza, sino resignación por lo que sabía que iba a pasar y por fin pasó. Era demasiado chica para comprender el tremendo esfuerzo que hacían sus padres para levantarse y seguir adelante, con la carga brutal de pelear cada día de sus vidas anónimas contra los recurrentes sueños de huida y desesperación.

Dejó el guardapolvo sobre la cama y estiró las manos para que su madre le probara un vestido estampado con flores anaranjadas. Sonrieron y su madre le acarició la mejilla.

Estuve

El accidente había salido en la tapa de *Clarín* un sábado de febrero. "El accidente nuestro de cada día", decían en la televisión. Fue espantoso y espectacular. Tres autos transformados en un montón de hierros sobre la ruta 41.

Se habló de imprudencia, de mala suerte, del mal estado del tiempo, se hicieron las mismas recomendaciones de siempre y los periodistas hicieron las preguntas y comentarios de siempre.

Como era un fin de semana de recambio de temporada, al día siguiente la noticia no desapareció de los medios solamente por la cantidad de muertos, pero fue acompañada por otro choque en cadena, ahora cerca de San Francisco, en Córdoba, con otros cinco muertos y uno en la ruta 14, donde un camión se cruzó de carril y destrozó un Fiat Duna con cinco amigos que volvían de pescar desde Paso de la Patria.

Jorge no tuvo que sufrir las noticias porque estuvo tres días en coma en el hospital de Baradero. Doce personas habían muerto, cuatro chicos y ocho adultos. Cuando estuvo fuera de peligro y lo llevaron de terapia intensiva

a la sala común, vino a verlo el director del Hospital, el doctor Héctor Macías y le informó, con la voz monocorde de una persona acostumbrada a dar malas noticias, que Marilú y los chicos habían fallecido.

Le tocó el hombro y le dio el pésame, le dijo que era algo terrible para él tener que informárselo pero era su deber profesional. Él no supo cómo contestar. La cara de Macías se borroneaba por los reflejos del sol que traspasaba la bolsa de suero a su lado. Tenía dolores desconocidos más urgentes. Macías estaba acompañado por una monja que le hizo rezar un rosario y repetir el nombre de su mujer y sus hijos cada tanto para que tuvieran una buena vida eterna. Él rezó como lo hacen los chicos, con las dos manos juntas pero no sintió nada especial, no mientras rezaba. Estaba vacío, sin reacción, sin lágrimas y adormecido por los calmantes.

Estuvo casi un mes en el hospital, hasta que le dieron el alta. La monja que había acompañado a Macías ese día, la Hermana Celia, venía a verlo, al principio para rezar pero después sólo para charlar. Ella también era de Santa Fe, y prima de una compañera del secundario de Jorge, por lo que descubrieron que tenían conocidos comunes de los cuales hablar. La hermana Celia era una

persona inteligente y atractiva a pesar del hábito gris y los zapatos acordonados. Sus charlas eran laxas y a veces inconexas, pero ella lo ayudaba a enfocar su presente, lo instaba a evocar su pasado como un regalo y al accidente como una prueba, pero flaqueaba al momento de justificarla. No podía encontrar la palabra justa para consolarlo y cuando llegaban a ese punto, la charla se desviaba a temas menos lacerantes.

Los días del hospital eran casi iguales, porque él no recibía visitas y cuando no dormitaba miraba la televisión del fondo hasta que una enfermera lo venía a buscar y recorrían los pasillos del brazo, para ejercitar las piernas. Ella le decía que iba a ser difícil, pero sus mismas piernas tenían la suficiente memoria física para ayudarlo a caminar. Le pareció que era un tipo de comentario que le podría haber dicho la Hermana Celia. Cuando al fin salió, lo hizo sin su familia y algunas partes internas de su cuerpo.

Su hermano Adrián lo había venido a buscar en la camioneta para llevarlo a Gálvez. Un intenso desasosiego lo embargó cuando la Hermana Celia le besó la mejilla y lo bendijo. Las lágrimas seguían sin

aparecer y cuando salía saludó al pasar a algunas personas que le parecieron conocidas.

En el camino no supieron de qué hablar. Si en condiciones normales con su hermano casi no hablaban, en estas excepcionales no se podía esperar demasiado.

Jorge miraba hacia fuera y trataba de pensar en algo, pero solamente le venían a la cabeza canciones de la radio que se repetían y él no las podía controlar.

Esa noche Adrián se quedó a dormir para hacerle compañía y lo hizo en la cama del Pitu, bajo el póster de "Piratas del Caribe". No sabía cómo tratar a su hermano, nunca habían tenido una tragedia en la familia, así que se limitó a contarle un poco de la gente que le mandaba saludos, que se condolía con él, de que todo el pueblo había ido al entierro de Marilú y los chicos. Había sido algo nunca visto, dijo, y al instante se arrepintió. Jorge se dio cuenta y le dijo "no es nada, al menos tuve la suerte de no verlo".

Jorge no era de agradecer, pero cuando se fue a dormir le dijo gracias a Adrián. Se lo dijo casi al aire, caminando hacia la habitación, pero él lo escuchó igual. Sabía que él tenía sus cosas, sus problemas con el campo y la cosecha. Los problemas respiratorios de su hijo lo

agobiaban, le parecía estar solo frente a los problemas y su mujer, bueno, Elida no lo ayudaba demasiado porque se habían acostumbrado a vivir así y esa relación no cambiaría nunca. Habían sido novios desde los 14 años y ningún cambio parecía posible en el porvenir. Adrián le dijo desde la cama que se quedaría unos días si él quería, y Jorge le volvió a agradecer.

Al día siguiente se levantaron a las seis y cuarto y tomaron unos mates. Afuera estaba apenas oscuro. Se despidieron y prometieron verse a la noche. Jorge escuchó el motor de la camioneta hasta que desapareció y entonces encendió la radio para sentir voces a su alrededor. Se quedó sentado hasta cerca de las nueve, con el mate ya frío en la mano y cuando se dio cuenta de la hora le pareció haber estado soñando.

Se levantó y comenzó a recorrer la casa. Miró las habitaciones de los chicos apoyado en el marco de la puerta. Adrián había armado la cama en la que había dormido. La pelota de Boca y los botines del Pitu estaban bajo la otra cama. Los dinosaurios de Lito en su cajón de madera. Se quedó en el umbral y cerró la puerta despacio, como hacía cuando los chicos estaban por dormir.

Pasó por la habitación de Oriana. Las revistas de High School Music ordenadas por número. Los libros de Harry Potter en la repisa. El pequeño espejo y sus primeras pinturas. Su guitarra sobre la cama y los cancioneros fotocopiados desparramados. Cerró también despacio esa puerta y se quedó un momento en el pasillo, mudo.

Nada de lo que veía lo conmovía. Era apenas la memorabilia de su vida pero no podían consolarlo, no lo ayudaban, eran objetos con conexiones afectivas tan profundas que se volvían opacos y opresivos al encontrarlos solos, sin sus dueños.

Cruzó el patio hasta el galpón. Alguien había guardado una camioneta en el lugar de la suya. Adrián tal vez. Ahí estaban sus herramientas. Las acarició y se sintió un poco mejor. Tenía que ir al cementerio a llevarle flores a su familia, a ver el panteón. Se acostó en el piso mirando el techo y cerró los ojos. Los ruidos de su casa eran los mismos pero faltaban sus voces. Dos lágrimas le corrieron por las mejillas. Se quedó otra vez soñando. Cuando se dio cuenta ya era de noche. Iría al cementerio al día siguiente Adrián volvió un rato más tarde con unas empanadas y comieron mirando la

televisión. Hablaron de la cosechadora que habían comprado los Rutger en Firmat y de un viaje a Rosario que debía hacer para firmar unos papeles que le pedía el Banco. Después fueron al living y se quedaron dormidos mirando un partido de fútbol italiano.

El verano terminó y comenzaron las clases. Los compañeros de la escuela de los chicos vinieron a visitarlo una tarde acompañados por sus maestras, setenta chicos vestidos con guardapolvos blancos amontonados en el patio de su casa. Él se preguntó quién podría haber tenido una idea tan desafortunada, pero no pudo negarse a dejarlos pasar. Las maestras lo saludaron, llorosas, como si su ausencia en el velorio las hubiera dejado con lágrimas guardadas sólo para él. Los chicos habían preparado una canción y tuvo que escucharlos cantar "Color Esperanza" y, aunque quiso, no pudo emocionarse. A la noche tuvo que ir a la misa que había sido convocada por la Escuela y se encontró con los guardapolvos blancos otra vez cubriendo todos los bancos. La directora lo llevó del brazo hasta el primer banco y durante toda la ceremonia sintió las miradas en su espalda como dardos. Cuando al fin pudo

volver a su casa, se acostó vestido. Había sido demasiado y esperaba que no se repitiera.

Adrián, que venía a dormir de vez en cuando, un día se quedó. Llegó con dos bolsos y le dijo que se había separado de Elida. Dejó los bolsos en el piso de la habitación y le dijo que no se preocupara por los placares, que él se acomodaba. Esa noche hicieron un asado y estuvieron de buen humor. Cuando se fueron a dormir a Jorge le pareció estar de vuelta en la casa paterna y casi esperó la caricia de su madre en la cabeza antes de dormir.

Tato, su sobrino, venía todas las tardes a la vuelta del club y jugaban a la escoba del quince mientras hacían tiempo para que llegara Adrián del campo y al final cenaban juntos los tres. Después Adrián llevaba a Tato a la casa de su madre y cuando volvía se quedaban mirando televisión.

Su hermano había resultado una compañía inesperada y agradable. Ninguno de los dos era de hablar mucho y se toleraban sus pequeñas mañas.

El campo no andaba de lo mejor, pero él trabajaba más que antes. Conseguía llegar casi todos los días extenuado a su casa y el cansancio y la presencia de

Tato le dejaban poco tiempo para pensar en lo que tenía que hacer con su vida.

Todas las mañanas se daba una vuelta por el cementerio, pero pocas veces entraba al panteón, prefería dar una vuelta por adentro, pasar por el frente, escuchar a los pájaros hacer barullo en los paraísos y el ruido de algún tractor en la lejanía.

La casa seguía casi igual y nunca tenía la suficiente voluntad para comenzar a cambiarla. Era demasiado poderosa la fuerza de las cosas y no se sentía capaz de decidir qué hacer con ellas. Eran recuerdos de otra vida y en algún momento, suponía, iba a descubrir qué hacer.

La habitación de los chicos seguía decorada como si ellos hubieran salido el día anterior a dar una vuelta. Adrián no tenía pretensiones de propiedad ni de comodidad y no le molestaba dormir entre sábanas impresas con los colores de Boca. La de Oriana seguía cerrada, y él a veces la abría para ventilar, pero se quedaba en la puerta sin animarse a entrar.

El invierno no fue tan frío como otros años y Jorge comenzó a acompañar a Julio, un amigo de su hermano, a las ferias de remate, para conocer otra gente, para salir un poco.

Un sábado había un remate especial en Esperanza, así que también viajó Adrián y después se quedaron para un baile que se hacía en el salón de la Mutual.

Allí conoció a Liliana, que era de Felicia y estaba con un grupo de gente amable y alegre. No se animó a bailar, pero sí charlaron de política y música y de algunas otras cosas hasta que se hizo tarde. Se dieron los números de celular y un beso en la mejilla. Quedaron en hablarse.

Cuando volvían le preguntó a Adrián si hubiera debido besarla o invitarla a ir a un hotel. Adrián se encogió de hombros. Él tampoco estaba acostumbrado a salir solo.

Jorge la llamó unas cuantas veces pero se hacía difícil verse y no insistió más. Dejó correr su suerte, convencido de que su vida había comenzado a regirse por un destino inmutable y ominoso. Así que, con un amargo fatalismo, esperó resignado los actos que enderezaran su camino.

Para los primeros días de septiembre, Adrián organizó un fin de semana de caza en Vera junto con los primos del norte. Era un viaje que solían hacer de adolescentes y le pareció una buena idea. Jorge, a quien se le estaba

dando mejor adherir a decisiones ajenas que tomar las propias, estuvo de acuerdo.

Cuando los primos de Vera se enteraron de que iba a ir, lo llamaron por teléfono y le dijeron lo que lo extrañaban y lo esperaban. Antes de dormirse pensó que tal vez había sido una buena idea juntarse de nuevo.

El viernes trabajaron medio día y prepararon las cosas para el viaje. No iba a ser necesaria la carpa, porque iban a parar en la casa de los primos, pero la cargaron igual. El equipo de pesca se había caído detrás de unos cajones en el galpón y tardaron en encontrarlo. Eran las dos de la tarde, pensaban llegar para la cena así que cargaron los bolsos y la conservadora, comida, dos cajones de vino y el equipo de mate. Adrián se fue a la casa de su ex mujer a buscar la escopeta y despedirse de Tato. Se fue en la camioneta y Jorge se quedó escuchando el ruido del motor hasta que desapareció.

Fue al galpón y buscó la suya. Cargó cartuchos en la bolsa que usaba siempre, se puso la gorra verde con el logo de Massey Ferguson que tanto le gustaba y se quedó parado, esperando.

El aire pareció detenerse y escuchó por sobre el zumbido de los insectos, la voz de Marilú llamando al

Pitu a comer. Sabía que Oriana no iba a venir porque se había quedado a comer en la casa de Julieta después de la escuela, y tal vez se quedara toda la tarde haciendo la tarea como acostumbraba. Lito había faltado a la escuela y estaba en cama con anginas así que hoy le tocaba sopa. Él, mientras tanto, estaba terminando de acomodar en la camioneta las bolsas de abono que le había pedido Julián el día anterior. Tenía que hablar con su primo de unos cheques, pero no sabía cómo plantearle el tema. Cuando escuchó la voz de Marilú recordó que tenía hambre, dejó lo que estaba haciendo y se fue a lavar las manos al baño de afuera, porque ella no quería que entrara sucio a la casa. No era un buen ejemplo para los chicos.

En ese momento una ráfaga hizo vibrar las chapas del galpón y él abrió los ojos. Se encontró con la escopeta en las manos y las voces todavía retumbando en su cabeza. No entendía por qué tenía las manos secas si recién se las había lavado. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, como un movimiento reflejo pero fatal, puso el caño en su boca y disparó. Los perdigones le destrozaron la cabeza y cayó hacia atrás, entre las bolsas de abono y la leña.

Cuando Adrián regresó, lo encontró en medio de un charco oscuro. No pudo gritar ni quiso pedir ayuda. Era tarde para todo.

Indice.

1. Pelo corto
2. San Bernardo
3. Mandarinas
4. Silvia y Manuel
5. Aguas abiertas
6. Gordos
7. Hijos
8. Post-It
9. Ella no quería ser mamá
10. She´s leaving home
11. Monedas

12. Paternidad

13. Inevitable

14. El traidor

15. El llamado

16. Egresados ’82

17. La encomienda

18. Estuve

Miguel Sedoff

Estuve

La narrativa de Sedoff no es la ficción que irrumpe con hechos extraordinarios o sobrenaturales en lo cotidiano. La ficción de Sedoff no pretende asombrar, manipular o conducir al lector en un tren fantasma. Fiel a la tradición de nuestros grandes narradores, la ficción de estos relatos está en el borde de lo real, un matiz fantástico en la misma cotidianeidad, desde Cortazar a Heker o Fogwill. Con esa premisa está escrito *Estuve*. Una enorme delicadeza, un cuidado trabajo formal, hacen que no se pueda distinguir lo imaginado, lo subjetivo, lo deseado, de lo real. A veces, la mejor literatura asoma como una crónica simple y las armas secretas del narrador están allí, pero discretas, a punto, en ristre. Sedoff hace fluir el lenguaje de modo que el lector parece acompañar y completar lo que sucede. Porque hay una intencionada sencillez que lo exige y lo permite y, sin embargo, a la epifanía (*Mandarinas*, *Estuve*) le acecha el horror; al amor más dulce (*Silvina y Manuel*, *Inevitable*), el olvido; y a toda ternura, el sexo (*Gordos*). *¿A vos a veces también te parece que no tenés todo lo que te merecés, sino apenas lo único que no pudiste evitar?* Esa pregunta de uno de los cuentos parece darnos una clave, pero también nos interroga. Todo lo que pasa en los cuentos de Sedoff está construido con los artificios formales de afuera para que sucedan cosas adentro del lector: como otra conciencia paralela cuando uno lee, pero más discreta, ambigua e íntima. Sedoff sabe muy bien lo que significa el placer del texto.

Marcelo Scalona

Colección \ Ciudad y orilla

ISBN 978-950-808-611-2

9 789508 086112

HomoSapiens EDICIONES